



Alf Manz



HAMPA DE FRAC



OBRAS
DE
ALF MANZ
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLAN

— : —

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

- Núm. 1.—Tiger, el Solitario. (Agotado.)
» 2.—El Espía Fantasma. (Agotado.)
» 3.—Corazón de Puma. (Agotado.)
» 26.—Eran dos amigos.
» 28.—El Tahur. (Agotado.)
» 30.—Yo fui esclavo. (Agotado.)

Selecciones NEVADA

- Núm. 18.—Black, el Fugitivo.
» 21.—Caravana maldita.

Selecciones LOTO

- Núm. 5.—Tristeza de amor.
» 7.—Amor en Hollywood.
» 10.—Lucha en el alma.

Colección F. B. I.

- Núm. 1.—¡O culpable! (8.ª edición.)
» 2.—La hora gris. (4.ª edición.)
» 4.—El Cobarde. (4.ª edición.)
» 6.—Contra Scotland Yard. (3.ª edición.)
» 11.—Shanghai (3.ª edición.)
» 16.—Tánger. (3.ª edición.)
» 20.—Terror en la Academia de Quantico.
(2.ª edición.)
» 23.—Destinos cruzados.
» 28.—Doctor X.
» 33.—Entre rejas.
» 43.—Tinieblas.
» 49.—La Maffia.
» 65.—¡Odio!
» 77.—El vengador negro.
» 85.—Jack, el invencible.
» 91.—Crimen y Justicia.

PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Tráidori! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (5).
25. Una ciudad abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro. (6).
30. Trampas mortales. (5).
31. Contrabando funesto. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (2).
40. La ley del terror. (5).
41. A la desesperada. (6).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (2).
45. Fidelidad. (6).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varko. (3).
49. La Mafia. (1).
50. Alaska, final de ruta. (8).
51. Tras el telón de acero. (6).
52. Gangsters de guante blanco (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena. (5).
55. El genio del mal. (6).
56. Hombres armados. (10).
57. Pavorosa elección. (6).
58. La bestia escarlata. (3).
59. Huellas de ultratumba. (11).
60. S. O. S. (8).

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 61. Billetes malditos. (3). | 79. Sentenciado. (6). |
| 62. Camino de perdición. (12). | 80. Secreto de Estado. (4). |
| 63. Camaradas enemigos. (3). | 81. Alias «Lugger». (5). |
| 64. A la deriva. (6). | 82. Hora «D». (3). |
| 65. ¡Odio! (1). | 83. Carne de horca. (4). |
| 66. Cita de madrugada (3). | 84. Tráfico mortal. (8). |
| 67. «Killer» a sueldo. (5). | 85. Jack el Invencible. (8). |
| 68. Muerte en el atardecer (4). | 86. Rastros perdidos. (6). |
| 69. Loup-Garou. (3). | 87. Contrato siniestro. (3). |
| 70. Punto final. (5). | 88. Traición sangrienta. (14). |
| 71. ¡Mirad a las sombras! (3). | 89. Al borde del abismo. (5). |
| 72. Entre esas brumas... (5). | 90. Crimen y justicia. (1). |
| 73. Tortura. (13). | 91. Hombres sin alma. (3). |
| 74. El confidente. (3). | 92. ¡Sabotaje! (8). |
| 75. ¡Terror! (5). | 93. La marca trágica. (5). |
| 76. El final de Rocco. (5). | 94. Misión sucida. (4). |
| 77. El vengador negro. (1). | 95. Lucha a muerte. (6). |
| 78. ¡Codicia! (8). | 96. Rebelión. (3). |

En preparación:

CAZA MAYOR

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (6) Alar Benet. | (11) Thomas Settee |
| (2) Fred Barter. | (7) A. G. Murphy. | (12) John Nebot. |
| (3) Frank McFair. | (8) Lewis Haroc. | (13) Thomas Wan- |
| (4) Eddie Thorny. | (9) J. L. Martin. | ton. |
| (5) O. C. Tavin. | (10) Jack Brooklyn. | (14) F. N. Graw. |

I

LA EVASIÓN



L largo y feo coche celular describió un arco en el gran patio de la prisión de la Santé, rozando los muros, altos, viejos y horadados por ventanucos enrejados. Fue a detenerse junto a una puerta metálica.

Apeóse el guardián uniformado que acompañaba al chófer en el «baquet».

—Que no se entretengan demasiado —recomendó el conductor, mientras se llevaba un cigarrillo a los labios—. No me agrada la idea de que se nos eche encima la noche antes de llegar a Fresnes.

—¡Bah! No hay miedo. El cargamento de hoy se compone de peces chicos, según tengo entendido.

Resonaron duramente las botas herradas en las piedras, al acercarse el guardián a la puerta. La golpeó por dos veces y dijo al individuo que asomó parte del rostro por la rejilla:

—Ya estamos aquí. No tardéis, que van a dar las seis.

Luego, silbando, con la indiferencia debida a la rutina de su oficio, el guardián abrió con llave la puerta trasera del coche y se encaramó al estrecho pasillo central, flanqueado de cinco portezuelas a cada lado. Inspeccionó uno a uno, los diez compartimientos que albergarían, durante algo más de media hora, a los presos destinados a la prisión de la ciudad de Fresnes. Techo, suelo, paredes y asiento eran de hierro; podía calificarse de excelente cárcel rodante al coche celular.

Pocos minutos después, se alteró la tranquilidad en el patio. Se abrió la puerta metálica y del interior salieron, en primer lugar, tres guardianes con la mano diestra apoyada en la culata de la pistola de reglamento. Se situaron junto al vehículo.

—¡Venga! ¡Afuera con ellos!

Fueron saliendo los presos, en columna, esposados por parejas. Parpadeaban a la luz del sol en el ocaso y respiraban ansiosos el aire puro. Eran tipos de distintas categorías. El «rata» descuidero, con ropa deshilachada y sucia, acompañaba al orondo estraperlista, de traje caro aunque desplanchado. El rufián, de avieso gesto, se apareaba con el estafador de expresión astuta. El jovenzuelo, ingenuo atracador, iba esposado al delincuente profesional, capaz de rajar a un hombre por un billete de los grandes. Fauna heterogénea que había perdido, o lo aparentaba, su osadía tras unas semanas de estancia en la rígida Santé. Todos ellos obedecían, disciplinados, las órdenes de los vigilantes.

El guardián encargado del coche comenzó a leer, en alta voz, la lista de nombres que acababa de serle entregada.

—¡Abel Moreau!

—¡Presente! —contestó un individuo joven.

Vestía traje gris, «Príncipe de Gales», de buen corte. Por su mirar inteligente e inquieto, podía calificársele de hombre culto; la media calvicie y los lentes, cabalgándole sobre una nariz de corte judío, acentuaban su aspecto de estudiante «empollón», como se dice, vulgarmente.

—¡Philip Courtois!

—¡Servidor de usted! —replicó balbuciente el hombre que estaba esposado a Abel Moreau. Su aire de pájaro alicaído y su exigua humanidad, contrastaban con el gesto desafiante y la esbeltez de Moreau.

—¡Arriba los dos!

Empujados por los guardianes, subieron al vehículo y fueron metidos en la celda primera de la izquierda, tabique por medio con el «baquet». Cuando les cerraron la puerta, los dos presos se quedaron casi a oscuras; solamente penetraban unos rayos de luz por las estrechas y paralelas aberturas abiertas junto al techo.

Permanecieron callados, sentados en el duro banco. Del exterior llegaban las voces del guardián, pronunciando los nombres, y las respuestas de los presos. A intervalos, se oía el ruido de los cerrojos de las celdas.

Poco a poco, la oscuridad se convertía en penumbra, a los ojos de Courtois y Moreau. Este último, al darse cuenta de que su compañero sollozaba, le preguntó:

—¿Por qué lloras? Si no te van a «liquidar», hombre. Mientras hay vida, hay esperanza.

—Sí; pero yo estoy perdido. ¿Qué me importa vivir? Cuando salga, dentro de diez años, ya seré viejo, y ella se habrá cansado de esperarme.

—¿Quién es ella? ¿Por qué estás aquí?

Suspirando hondamente, el hombrecillo relató tembloroso:

—Ella es mi novia. Le gusta coquetear hasta con su sombra. Se me cruzó un «gigolo», que le hacía la corte, y tuve que quitármelo de en medio, de tres balazos.

—¿A tus años, jugándote el pellejo por una mujer? —Era de mofa el tono del joven, mientras se llevaba la mano libre a la montura de las gafas, en un movimiento mecánico.

—Sí, a mis años, estoy enamorado de ella como un rapaz. Sé que es coqueta, bastante egoísta, pero me quiere. La prueba está en que ha venido a verme más de una vez. Lo que me da miedo es pensar que ella no aguantará diez años. Buscará a otro, porque necesita dinero para sus trapos. ¡Diez años! —exclamó el hombrecillo, con desesperación—. Tendré cerca de los sesenta cuando me pongan en libertad; seré un viejo que no servirá para nada. ¡No, no lo resistiré!

Cortó su retahíla de lamentaciones una sacudida del vehículo al

ponerse en marcha. El ronroneo del motor ahogó las palabras, que se filtraban a través de la puerta de la celda, de la conversación mantenida por los dos vigilantes situados en el pasillo central del coche.

A los pocos momentos, el vehículo se detuvo —sin duda alguna, ante la salida de la prisión—, y, de nuevo, el molesto traqueteo y el rugido del motor funcionando a mayor velocidad.

Abel Moreau preguntó, entonces, al infeliz Courtois, hablándole casi al oído:

—¿Cuánto darías por la libertad?

—Mi vida entera —repuso, excitado, el aludido—. Aunque, ¿para qué pensar en un imposible?

—No es tan imposible, si tú me ayudas. Podemos escaparnos de esta maldita furgoneta, antes de llegar a Fresnes.

—¿Cómo? —interrogó trémulo el hombrecillo.

—Escúchame, Courtois; el tiempo nos vendrá corto. Hay que operar enseguida. Júrame que estás dispuesto a escapar conmigo.

La respuesta se hizo esperar unos momentos.

—Si hay que matar a alguien, yo no...

—No hay por qué derramar sangre. ¡Venga! ¿Estás decidido o no? —insistió rudamente Moreau, sacudiendo la muñeca que tenía unida a la de su compañero.

—¡Sí! Pero ¿cómo?

—¡Ahora lo verás! Échate para allá. Necesito sitio.

En la penumbra, Courtois observó que el otro se llevaba la mano libre a la espalda y se levantaba la chaqueta. A continuación, oyó que una tela era rasgada. No pudo contener un silbido de asombro al ver entre los dedos de Moreau una sierra para metal, de unas cuatro pulgadas de longitud.

—¿Dónde la has conseguido?

—Yo tengo amigos de categoría —fue la contestación evasiva. No la he escondido debajo del forro hasta después del último cacheo. Tengo el asunto estupendamente planeado. ¡Anda! ¡Alarga el brazo y ten la cadena bien tirante!

En tanto que el joven aserraba un eslabón, Courtois murmuraba aturdido, mirando a la puerta de la celda a cada segundo, como si temiese la entrada repentina de los vigilantes del pasillo.

—Sí... ¡claro!... Pero ¿qué haremos ahora?... ¿De qué nos

servirá tener las manos sueltas? Aunque consigamos atraer y acogotar a esos dos, por el ventanillo nos verán los de delante, y ellos son los que llevan la llave de la portezuela del coche... Creo que es una locura...

—¡Cállate o te saltaré las narices de un puñetazo! ¡Me estás poniendo nervioso! ¿Quieres o no quieres fugarte? —Interrogó, entre dientes, Moreau, mientras se empleaba con ardor en aserrar. La pequeña sierra era, indudablemente, de temple excepcional. A sus dentelladas, el acero de las esposas cedía con blandura.

—Pues, claro que quiero largarme. Lo que pasa es que no veo la manera de fugarnos de este cacharro. Ellos van armados y nos tirarán a dar... Pero, si yo lograra poner los pies en tierra...

Su brazo dio una sacudida en el aire, al quedar partida en dos la cadena. Quedaron inmóviles ambos presos. Ya tenían libres las manos, aunque en una de sus muñecas siguieran notando la pulsera acerada. Los dos sentían la emoción de haber cubierto la primera etapa de su evasión. La libertad de movimientos conquistada les animaba a proseguir.

Fue Moreau el primero en reaccionar. Se arrodilló en el suelo, a la vez que decía al otro:

—Sube los pies al asiento; necesito espacio.

—¿Qué vas a hacer?

—Un boquete lo bastante grande para que podamos pasar.

Palpando el suelo, el joven encontró una ranura, la junta de las dos planchas metálicas, e introdujo la sierra. Obraba con rapidez y precisión, como de estar bien informado sobre lo que debía hacer.

Los chirridos del metal se perdían con el ruido del motor y el traqueo del vehículo. Courtois, abrazado a sus piernas encogidas sobre el asiento, observaba a Moreau, que cesaba únicamente en su apresurada tarea para echar una ojeada a su reloj de esfera fosforescente.

Habrían transcurrido unos diez minutos, cuando el joven, incorporándose en la reducida celda, ordenó a su compañero:

—Sigue cortando tú por dónde está puesta la sierra. Y aprieta de firme. Nos queda muy poco tiempo.

Cambiaron de posición. El hombrecillo, de naturaleza débil, comenzó a sudar y a sentir cansados los pulsos, pero no se interrumpía, alentado por el ansia de liberarse.

Poco después, Moreau le relevaba, con recobradas energías. Solamente le restaba por aserrar uno de los lados largos del rectángulo.

Al fin, cuando había transcurrido casi media hora desde que el vehículo atravesó el portalón de salida de la Santé, estuvo completamente cortado un pedazo de la plancha del suelo, de unas doce pulgadas de anchura y veinticinco de longitud. Por el hueco vieron cómo huía vertiginoso el adoquinado de una calle. Divisaban parte del árbol de transmisión de la máquina.

—¡Tú descenderás antes! —indicó Moreau al otro.

Asomado al hueco, Courtois se echó a temblar. No le seducía la idea de tener que tirarse por allí, a tan endiablada velocidad.

—¡No, no puedo! Me da miedo. Yo no soy joven, y me estrellaría.

Subiéndose el pantalón derecho, Moreau puso al descubierto una cuerda gruesa liada a su pierna. Desenrollada, tendría cerca de una yarda. Ató un extremo al asiento de hierro.

—¡Cógete, y ve descendiendo!

Vacilaba el hombrecillo, pese a asir con alguna confianza la sogá. Su atención se centraba en aquel desfile cinematográfico del suelo, que llegaba hasta causarle vértigo.

—¡Me da miedo! ¡Escapa tú! ¡Yo... yo...!

—¡Cobarde! Mereces que te ahorquen. ¿No asegurabas que darías todo por conseguir la libertad? ¡Ahora tienes una ocasión inmejorable! ¡Abajo, miedoso!

Pero el pánico se había adueñado del infeliz Courtois y los insultos de su compañero no le hacían mella. En un momento de arrebató, de locura, Courtois había sido capaz de matar, mas, no era hombre decidido, sino apocado e irresoluto.

—Yo me quedo. ¡Sálvate tú!

—Tú bajarás primero —aseguró Moreau, echándole la mano izquierda al hombro y colocándole la sierra ante sus ojos espantados. O te juro que te rebano la nuez.

Deshecho en súplicas, lamentos y temores, Courtois se resistía a la mano que fatalmente le iba empujando al boquete.

—¡Abajo! ¡No tengas miedo! —le repetía el joven, aproximándole la lámina dentada a la garganta—. Sólo nos restan unos minutos para llegar a la cárcel. Ya estamos en Fresnes. ¿Tan

cobarde eres que no quieres arriesgar nada por volver con tu novia? ¿Crees que ella esperará diez años a un viejo chocho? Si es guapa, encontrará enseguida a alguno que la consuele bien. Ella estará divirtiéndose, sin acordarse siquiera de que a ti te roerán las ratas hasta las tripas. Sólo conservarás a esa mujer, si tú no faltas a su lado, si la vigilas a cada instante, porque, de lo contrario, ella no tardará en cansarse de ser fiel a un carcamal de tu especie. El muerto al hoyo y el vivo al bollo, ya lo sabes. Y estar diez años en presidio es igual que morir, peor aún. Ahí abajo tienes la libertad, la ocasión de volver junto a tu novia. Mis amigos os conseguirán pasaportes y podréis vivir felices en el extranjero. ¡Anda! ¡Descuélgate! ¡Te arrastrará un poco, tú te sueltas, y te quedarás tan estupidamente en el suelo, como si estuvieses acostado! ¡Esto es un juego de niños!

Las estudiadas palabras de Moreau consiguieron, paulatinamente, desmoronar la resistencia de su compañero. Éste, situado ante el dilema de morir de tedio en el presidio o vivir con su novia en un país lejano, optó por lo último.

Asiéndose a la soga, fue descolgándose por el hueco abierto en el suelo de la celda. Conforme iba descendiendo, su mirada se clavaba aterrorizada en los ojos de Moreau, que lo contemplaba con interés creciente. En su aturullamiento, el hombrecillo no supo encoger las piernas y buscar un punto de apoyo en alguna parte fija del chasis del vehículo. Las suelas de sus zapatos fueron arrancadas de golpe por el adoquinado y, a continuación, se desarrolló en un santiamén una escena horrible. Del golpetazo, su cuerpo fue a chocar contra los bordes de la chapa recién cortada, soltó la soga y desapareció absorbido por el boquete.

El coche celular dio una sacudida; alguna de sus ruedas había atropellado el cuerpo del infeliz Courtois.

Denotando una serenidad premeditada, Moreau no siguió a su compañero, pese a saber que el final del viaje estaba próximo y que no podía desaprovechar aquellos preciados minutos. El aguardó, fríamente, a que se produjesen los acontecimientos calculados.

También habría notado el chófer la sacudida del vehículo, la elevación brusca, como de haber pasado por encima de un obstáculo voluminoso, pues, a los pocos momentos, disminuía la velocidad del coche.

Era la ocasión buscada, Moreau comenzó a descolgarse, cogido a la cuerda. Lo realizaba con relativa tranquilidad, estudiando cada uno de sus movimientos, procurando, sin duda, que no le sucediese a él lo que a Courtois.

Se encontró al fin en posición horizontal, con la espalda a escasas pulgadas del suelo. Apoyaba la punta de los pies en el chasis. Temblándole los brazos, por la forzada postura del cuerpo, esperó unos instantes más.

Y en cuanto notó que el ruido del motor se extinguía, soltó la soga y se dejó caer de plano, totalmente estirado, no sin antes haberse situado lo más centrado posible entre la rueda trasera de aquel lado y el árbol de transmisión. Sus movimientos, precisos y medidos, demostraban lo mucho que había meditado sobre tal manera de fugarse y, como un relámpago, dejó de tener por techo el piso del vehículo, que pasó sin atropellarlo, aunque rozándole la cara uno de los neumáticos.

Recobrándose del choquetazo con el suelo, se puso en pie. La luz cenicienta del anochecer favorecía su evasión. Vio al coche celular deteniéndose en medio de la estrecha calle. Al volver la cabeza, observó que un grupo de personas formaba corro. No cabía duda de que estaban prestando auxilio al destrozado Courtois. El astuto Moreau ya contaba con todas estas circunstancias. Era inteligente, aunque de mentalidad puesta al servicio del crimen, y había adivinado que los transeúntes dejarían libre la calle, para aglomerarse alrededor del accidentado.

El conocía la topografía de la ciudad de Fresnes, por un plano que le habían pasado en la cárcel sus amigos. Como igualmente conocía el itinerario que recorría el coche celular desde la Santé.

Por lo pronto, y sin perder tiempo en orientarse, le urgía alejarse y evitar ser apresado por los guardianes. A buen paso, más sin correr, se dirigió a la transversal más próxima. Al parecer, nadie había notado su fuga. Le habría sido fatal una persecución encarnizada, pues no portaba arma alguna.

Al andar, empezó a dolerle la cadera izquierda, de resultas de la caída. Miró atrás al oír unos gritos de mujer. Una jovenzuela, en la puerta de una tienda, llamaba la atención de los dependientes sobre el otro que se ha tirado también de la camioneta. Ella, al ir a salir del establecimiento, era la única que había presenciado su fuga.

Experimentó deseos de volver para cerrarle la boca de un puñetazo, pero no era la ocasión propicia. Optó por apresurar el paso.

Renqueando, dobló la primera esquina, y se introdujo por otra calleja mal alumbrada. Aunque todavía no parecía haberse producido la alarma general, Moreau aceleró la marcha. La placa le reveló el nombre de la calle y ya supo con certeza dónde se hallaba. A la izquierda, no a mucha distancia, debía de quedar la casa que él buscaba, el refugio que le habían preparado sus amigos.

Unos minutos más tarde, recorría la acera de derecha la calle Gobitell, compuesta de edificios antiguos y medio derruidos. El número veinticuatro lo ostentaba en su fachada un edificio ruinoso de dos plantas.

Moreau empujó la puerta, la cual cedió con suavidad, y se encontró en un lugar a oscuras. Se detuvo un instante, sobrecoído inconscientemente, pues en el interior reinaba un silencio absoluto. Le hizo saltar, una voz a su espalda, mientras oía cerrarse la puerta y el chirrido de un cerrojo:

—¿Quién es usted?

—Abel Moreau —repuso el fugitivo, girando sobre sus talones, y cerrando los puños instintivamente.

—No tema nada. Me ha enviado Arnold. ¿Todo fue bien?

—Sí; tal como se pensaba. Escuche: una muchacha me ha visto huir. Me temo que den una batida por este barrio.

—Suba conmigo. Estamos solos. Hasta que descubran este refugio, tendremos tiempo más que suficiente para desaparecer.

Funcionó un encendedor, y, a su vacilante luz, Abel Moreau contempló un rostro de facciones bestiales, infrahumanas. Sobre unos hombros amplios, de gorila, se levantaba un cuello grueso y corto, al que coronaba una cabeza pequeña y melenuda. Los ojillos de mirar maligno, la nariz aplastada y torcida, y la boca dilatada en una mueca que pretendía ser amistosa, hacían de aquel hombre un monstruo capaz de aterrorizar al más templado de los mortales.

—¿Quién es usted? —interrogó, a su vez, Moreau—. Nunca le he visto en la banda.

—Yo hago trabajos especiales, y recibo solamente las órdenes directas del jefe.

—¿De Arnold?

—No, del jefe grande. Yo me llamo Ramlot. El jefe grande sólo

me llama Ram; le gusta ahorrarse saliva —el hombre se echó a reír, conmoviendo con sus carcajadas las paredes de la casa—. ¡Sígame! Tengo preparado otro traje para usted.

Mientras el joven Moreau seguía al gorila humano por la escalera, no pensaba el buen resultado de su fuga, sino en el «jefe grande». Él no había visto nunca al «big boss», y tampoco sabía quién era. Nadie de la banda lo sabía, a excepción de Arnold y, por lo que afirmaba, de aquel individuo de facciones bestiales. «El jefe grande» sólo se dedicaba a planear los golpes. Arnold ultimaba los detalles y los demás eran los ejecutantes. Al principio, los miembros de la banda habían sospechado que el «big boss» era el propio Arnold, quien con éste mito pretendía tener intimidados a todos. Luego se convencieron, por diversos detalles, que, efectivamente, existía un cerebro oculto, un guía maquiavélico que habitaba en la sombra del misterio.

Se estremeció Moreau, y no de frío, al recordar que, en cierta ocasión, uno de sus mejores amigos, dentro de la banda, cometió la torpeza de espiar a Arnold para descubrir la verdadera identidad del «jefe grande». Los diarios dieron la noticia de que su amigo había aparecido muerto en el bosque de Vicennes. En el cuello tenía unas manchas. El periodista relataba que la autopsia había revelado la fractura total de las vértebras cervicales. Los peritos de la Prefectura aseguraban que el asesinato había sido obra de alguien que poseía una fuerza gigantesca. No descubrieron en la piel del cadáver las huellas de los dedos estranguladores; el asesino había tomado la precaución de usar guantes.

El llamado Ramlot o Ram debía de tener fuerzas de gigante, y, además, parecía estar al servicio directo del «jefe grande». Moreau tembló a la idea de que su última hora había llegado de verdad. ¿Por qué, si no, le enviaban a Ramlot? El «gorila» no formaba parte de la banda.

—¡Adelante, Moreau! ¡«Par ici»!

Habían subido a la planta alta y recorrido un pasillo. Ram indicaba al fugitivo que pasase el primero a una habitación. Moreau sintió que la sangre se le paralizaba en las venas al fijarse en que las manos del hércules estaban enguantadas, unos guantes de cuero negro y fino.

No deseaba entrar en aquella habitación, sino huir de la casa,

volver sobre sus pasos hasta la puerta de salida.

—«Allons» —insistió Ram, sonriendo extrañamente.

Abel Moreau no tuvo el suficiente valor para negarse. Le empavorecía el pensamiento de ser perseguido por la escalera; las piernas le habrían fallado sólo de sentir detrás de sí al «gorila». Sí hubiese tenido siquiera un arma de fuego...

Desechado el pensamiento de huir, se aferró mentalmente a la deducción de que él no había hecho motivos para merecer la condena del «jefe grande». Orden recibida de Arnold, orden cumplida, y nunca se le ocurrió cometer la locura de investigar sobre la personalidad del «big boss». A él le habían pagado bien, y jamás le interesó investigar lo que no le interesaba.

Se animó a pasar. La llamita del encendedor alumbró el interior de una estancia desnuda de muebles y con polvo formando capa en el suelo.

—¿Dónde está la ropa que me he de poner? —Interrogó Moreau, al percatarse de que allí no existía ningún bulto o lío.

—Venga —le indicó Ram, llevándole de un brazo, suavemente, hasta la única ventana—. ¡Mire allá! Ésa es otra calle, paralela a la Gobitell. ¿Ve el coche? Pues saldré por esta ventana, y siguiendo ese tejadillo me será fácil saltar a la calle.

—¿Y yo?... —Hubo un trémolo en la voz del joven.

—Usted se quedará aquí, aunque no podrá dar la bienvenida a la Policía. Usted ha sido...

Moreau adivinó el resto de la frase. Su desesperación, al comprobar que eran ciertas sus sospechas, le impulsó a rebelarse contra la sentencia de muerte. De una sacudida se zafó de la zarpa que aún le apretaba fuertemente el brazo, y de un salto retrocedió.

—¿Por qué? —preguntó, más que asustado, aturdido, ansiando descubrir que en aquello había un error grave.

El «gorila» sonrió bestialmente. Sus ojillos relucían con un brillo que reflejaba su condición de salvaje.

—Yo nunca sé nada. El «jefe grande» manda, y yo obedezco.

Cuando daba un paso adelante y sus enormes brazos se levantaban al frente, buscando el cuello de Moreau, éste, volviéndose, echó a correr por el pasillo, gritando de terror. Una risa demoníaca y unas pisadas rectas le perseguían.

Al llegar a la escalera, el pavor terminaba de atenazar al

fugitivo. Éste resbaló en el primer escalón y, perdiendo el equilibrio, cayó por encima de la baja barandilla a la primera planta.

Se dio en la espalda contra el pavimento, por suerte para él. El golpetazo tuvo la virtud de hacerle reaccionar. El dolor físico se impuso y fue como un latigazo. El miedo se batía en retirada ante el instinto de conservación.

En la oscuridad, tumbado, permaneció durante unos segundos. Escuchó los pesados pasos del hércules bajando la escalera, menos apresurados que anteriormente; Ram habría creído que su futura víctima estaba inutilizada para huir. Hasta se entretuvo en encender de nuevo el mechero.

Moreau se arrastró con sigilo, apartándose del pie de la escalera. No conocía la casa, pero él se alejaba en dirección opuesta a la puerta de la calle, adivinando que, en cuanto Ram no lo viese, sospecharía que estaba en el pasillo, tratando de desechar el cerrojo.

Descubrió abierta la puerta de una habitación. Con la máxima cautela, consiguió incorporarse. Asomando media cara, espiaba los movimientos del «gorila».

En efecto, Ram, hombre de ideas simples, apenas comprobó, asombrado, que Moreau no se hallaba donde él había pensado encontrarlo inerte, se lanzó por el pasillo, hacia la salida.

De puntillas, conteniendo la respiración y maldiciendo de los fuertes latidos de su corazón, que a él le parecían escandalosos, volvió a subir a la primera planta. Sus nervios, se desataron y ya perdió la serenidad.

Penetró en la habitación que había visitado anteriormente y se encaramó al alféizar de la ventana. Abajo, el automóvil de Ram se le ofrecía como única salvación. Sí conseguía ponerlo en marcha, se libraría de las garras del simiesco asesino y de la Policía de Fresnes.

Saltó el tejadillo. Estuvo en un tris de que sus zapatos no resbalasen sobre las tejas. Avanzaba lo más aprisa que podía. A su derecha, se levantaba el muro de un edificio; a su izquierda, había como un patio o corral.

Llegaba al mismo borde del tejado, sobre la calle, cuando, un rugido a su espalda le anunció que Ram se había percatado de la treta, después de registrar todas las habitaciones. Volvió la cabeza.

El gigante saltaba en aquel momento, en su persecución.

Moreau, sin aliento y tembloroso, se dejó caer. Las rodillas le fallaron, dada la relativa altura; pero las manos le sirvieron de amortiguadores. Corrió alocado hasta el automóvil, sin importarle la presencia de los transeúntes. Su meta era el coche y lo alcanzó antes de que Ram saltase, a su vez, desde el tejado.

Por fortuna para el fugitivo, la portezuela no estaba cerrada y la llave del contacto estaba puesta. El «gorila» tenía preparado todo por si hubiese necesitado huir con precipitación.

Justamente cuando el vehículo comenzaba a rodar, Moreau notó un golpe en la parte posterior de la carrocería. Al mismo tiempo que pisaba a fondo el acelerador, miró atrás: las zarpas de Ram se desprendieron del portaequipajes a causa del brusco avance. El gigante quedó tendido en el arroyo, moviendo piernas y brazos con la torpeza de un oso.

A toda velocidad, Abel Moreau dobló la esquina, a la izquierda, y emprendió el regreso a París. Era lo bastante listo para suponer que aquella carretera estaría vigiladísima por patrullas de la Policía encargadas de cazar al fugado del coche celular. Pero él sabría tomar otro camino y entraría en la capital por el lugar opuesto.

No le convenía en absoluto presentarse a Arnold, el jefe visible de la banda, pues sería como meterse de cabeza en la boca del lobo. No obstante, él, Moreau, exigiría explicaciones sobre aquella sentencia de muerte a que había sido condenado tan injustamente. Nunca tuvieron que reprocharle ninguna falta de disciplina ni un fracaso. Durante su encarcelamiento, los de la Prefectura no consiguieron arrancarle ni una sola confesión comprometedora; él no había delatado a la banda, pese a haber sufrido interrogatorios severísimos. Nadie podría tacharle de cobarde o delator. En consecuencia, él estaba decidido a pedir cuentas al propio «jefe grande» si fuere necesario y si conseguía entrevistarse con él.

Confiaba en que su visita a Arnold, en el hotel donde éste se alojaba, aclararía la situación. En todo aquello existía un malentendido. No había faltado a las reglas de la banda. Sí cayó en manos de una pareja de gendarmes, cuando acababa de entregar un fajo de billetes falsos a uno de los intermediarios, él no había tenido la culpa. Podía demostrarlo. La traición era del intermediario, que resultó ser un confidente de la Policía.

Moreau pensó en su novia. Ella, no había ido a visitarle a la prisión de la Santé. Él no sabía a qué achacarlo. En cuanto arreglase sus asuntos con Arnold, iría a verla. Si le había engañado con otro...



¡ATENCIÓN, LECTOR!

Si su librero no tiene el número que
usted desee de nuestras publicaciones

E S C R I B A N O S

y lo recibirá a REEMBOLSO, libre de gastos.

EDITORIAL ROLLAN - S. Bernardo, 68 - MADRID

II

EL ASTUTO Y CÍNICO « M'SIEUR » ARNOLD



BEL Moreau condujo el automóvil por el «*boulevard*» Sebastopol abajo y torció por la Rivoli, en dirección al Louvre. Pisó el freno ante la gran puerta del Mennechet Hotel, casi esquina a la calle Bourdonnais.

Como un ciclón atravesó el magnífico «*hall*» alfombrado, sin fijarse en nadie y sin importarle la mirada iracunda del portero, metido en su cabina. Varios de los clientes que conversaban sentados en los amplios butacones o de los que cruzaban hacia el

comedor, se fijaron en el joven de aspecto de intelectual que tomaba uno de los ascensores con evidente prisa.

—¡Al segundo! —ordenó, secamente, Moreau al «botones».

Apretó sin cesar el timbre de la puerta 37. La camarera de servicio en aquel piso, le vigiló desde lo último del ala izquierda del amplio corredor, atraída por las ruidosas zancadas del visitante.

La puerta del apartamento 37 se entreabrió. El cuerpo de un hombre obstruyó el hueco.

—¡Déjame pasar, Chollier! Necesito hablar urgentemente con «*m'sieur*» Arnold.

—No sé si está, Moreau. ¡Espera ahí! Voy a ver —repuso el cancerbero, individuo de extremada corpulencia y de facciones macizas.

No permitió el joven que le cerrasen la puerta en las narices. Tomándole la delantera, empujó la hoja y, por sorpresa, consiguió hacer tambalearse al otro. De un segundo empujón, logró abrirse paso y, hurtando el cuerpo a la mano que pretendía agarrarle de un brazo, atravesó de un salto el pequeño saloncito y penetró en otro mucho mayor y soberbiamente decorado y amueblado.

A su impetuosa entrada, dos personas se levantaron del tresillo, situado a la izquierda. Eran hombre y mujer. Ambos mostraron gran extrañeza al ver a Moreau, y éste no reveló menor sorpresa al observar la presencia de la mujer, una joven que aún no tendría los veinticuatro años, de cabellera rubio platino natural, bella como una flor, pese a su aire de «vamp», ataviado su cuerpo, esbelto y bien formado, por un vestido de noche.

—¡Lisette! —exclamó Moreau—. ¿Qué haces tú aquí?

Ella, que estaba paralizada por el asombro, no tuvo tiempo a responder. Su acompañante, hombre de figura apuesta, de pelo plateado por las canas y bigote negro, que vestía de «*smoking*», preguntó:

—¿A qué has venido tú aquí? ¿Cómo es que...?

—Que Ramlot no me ha estrangulado, ¿verdad, Arnold?

El elegante individuo desprendió con el meñique la ceniza de su cigarrillo antes de volver a hablar. Por un instante, sus finas facciones se habían crispado, acusando el golpe verbal del fugitivo. En tono sereno, pero de sonoridad metálica que hería los tímpanos,

dijo:

—Sí, eso me pregunto. Me gustaría saber qué ha pasado, ya que estás aquí. Has cometido la torpeza de venir, cuando, seguramente, toda la Policía estará tras de tu pista. Sólo se te puede disculpar por una cosa. En fin, habla, explícate.

—Habrá tiempo para todo —aseguró, sombríamente, Moreau, que interpelló, a continuación, a la joven, haciendo caso omiso de la presencia del «jefe visible de la banda»—: ¿Qué pintas tú en todo esto, Lisette? ¿Por qué no fuiste a verme a la cárcel y ni siquiera me escribiste? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás tan pálida y tan nerviosa? ¿Me creías ya muerto? —Y como ella no le contestase, en su evidente desconcierto, el fugitivo adelantó unos pasos y fue a cogerla de un brazo. La sacudió igual que a un pelele, a la vez que la interrogaba: ¿Qué ha sucedido mientras yo estaba en «chirona»? ¡Dímelo! ¿Qué planes habéis fraguado entre todos para perderme? De los demás, no tengo esperanzas; pero jamás podría haber pensado de ti que me traicionases. ¡Habla, maldita! ¡No estés callada como un cadáver!

Iba el excitado Moreau a darle una bofetada, cuando, por detrás, una mano firme le sujetó el brazo levantado. Sintió, al mismo tiempo, un objeto duro aplicado en su columna vertebral. El hombre que había sido materialmente arrollado en la entrada se acababa de acercar sigilosamente, empuñando un revólver de gran calibre. No llegó a apretar el gatillo del arma, gracias a un gesto significativo de su «boss». Éste, Arnold, recomendó con frialdad al fugitivo:

—¡Deja a Lisette, porque ya no es tuya! ¡Suéltala! Bastará una indicación mía para que de un balazo te rompan el alma.

El contacto del revólver obligó a Moreau a desistir de su interrogatorio. Se hallaba en situación de inferioridad. Además, de siempre, la voz metálica de Arnold le había intimidado; el «jefe» era un hombre incapaz de inmutarse aunque estuviese ordenando el asesinato de veinte inocentes. Arnold, bajo su apariencia de hombre pulcro y refinado, escondía los sentimientos de una hiena. Todos los miembros de la banda le temían; una de sus sonrisas frías equivalía a una sentencia de muerte.

—¡Está bien! —admitió el fugitivo, desprendiéndose de los dedos que le asían la muñeca—: Pero es necesario que se aclare mi

situación. Todos están confabulados contra mí, no sé por qué.

—¡Cachéale! —ordenó Arnold a su guardaespaldas.

Este último, tras un registro hecho con habilidad y prontitud, dijo a su jefe que Moreau no llevaba ningún arma encima. El joven estaba realmente desesperado. La presencia de su novia le excitaba sobremedida. En su cerebro sólo reinaba el caos; no comprendía nada de lo que había sucedido.

—¡Basta ya de tonterías, Arnold! —estalló, colérico—. ¿Quién te ha puesto contra mí? Llevo trabajando contigo un montón de tiempo; no creo que nunca hayas tenido queja. Tú sabes muy bien que durante estos meses últimos he sido tu mano derecha... ¿Por qué has consentido que Ramlot fuese a matarme en aquella casucha de Fresnes, después de ayudarme tú en la fuga? ¿Quién te ha contado alguna mentira de mí, pues otra cosa no puede ser? Te habrás enterado de que la «bofia» no consiguió arrancarme ni una sílaba, y eso que me apretaron de firme los tornillos. Dime el nombre del canalla que ha mentido sobre mí, y te juro que lo desharré después de haberle hecho escupir la verdad. ¿Quién ha sido?

Había tanta indignación en el tono empleado por Moreau al argumentar, que Arnold aparecía callado, como dubitativo, envueltas sus angulosas facciones entre el humo azulado de su cigarrillo egipcio. El fugitivo volvió a hablar:

—Sé que la orden partió del «jefe grande»; me lo dijo el gorila de Ramlot. Hay aquí un equívoco, que yo he de deshacer, porque me juego en ello la vida. Una prueba palpable de que no soy culpable de nada es que me deshice de Ramlot, le birlé el automóvil y, en vez de largarme a otro barrio y desaparecer, he venido a verte, a meterme desarmado en esta ratonera y a ponerme a tu disposición. Sé que eres duro, Arnold, pero nunca se te ha tachado de injusto con nosotros.

Resultaba grotesco y repugnante oír a Moreau pedir justicia, cuando él mismo habría ocupado durante meses a todos los tribunales de Justicia de Francia si se hubiesen conocido sus numerosos y sangrientos delitos. El último, el crimen cometido a conciencia y con premeditación en la persona de Courtois, el infeliz preso arrollado por el coche celular, al que obligó a descender por el boquete abierto en la plancha, sin otro objeto que alarmar al

conductor y hacerle disminuir la marcha.

Arnold, otro de su ralea, y aún peor, dio muestras de haber sido convencido por los argumentos de Moreau. Pareció reflexionar, diciendo al fin:

—Ya hablaré de ti con el «big boss». Ahora, vete a esconder en casa de Frelet. Y no se te ocurra salir de allí hasta que yo no te avise de que la Policía ha dejado de buscarte.

—No, Arnold. Por lo que ha hecho conmigo, exijo que hables ahora mismo con el «jefe grande». Ramlot anda suelto por ahí, y esta vez no tendría tanta suerte para escapar de sus manos. Es una fiera. ¡Compréndelo! ¡Hazme ese favor!

—Arnold clavó su acerada mirada en el irritado Moreau y, por último, se aproximó al teléfono. Se notó con demasiada evidencia que se ponía de espaldas a todos para marcar unas cifras, luego de haber esperado unos instantes a que le dieran comunicación desde la centralilla del hotel. Preguntó:

—¿Jefe? Soy Arnold.

—...

—Está aquí, en mi habitación, el amigo nuestro que esta tarde logró despedirse de los que le llevaban y, también, del que le aguardaba. Ha venido a pedir explicaciones. Se defiende diciendo que él no ha faltado en nada. Yo estoy de su parte, en el sentido de que sería una injusticia palpable. Respetando la opinión de usted, creo que todo podría arreglarse si obrásemos razonablemente. Estoy seguro de que, hablándole, le convenceré. Todavía nuestro amigo puede hacernos buenos servicios. Sería estúpido destituirlo.

Arnold había hablado casi en clave, eludiendo toda palabra que pudiera revelar algo o levantar sospechas en alguien que estuviese escuchando la comunicación telefónica. Calló durante unos momentos. Del micro brotaban unos sonidos metálicos ininteligibles. Tornó a insistir Arnold:

—No, no; no es mal muchacho. Lo conozco a fondo y es lo bastante listo como para saber que ha de jugar limpio, pese a todo.

—...

—Bien, jefe. Me alegro. Nunca me he equivocado en mis apreciaciones y esta vez tampoco me sucederá. ¡Hasta luego!

Colgó Arnold el aparato, y se volvió hacia Moreau. Con cierta complacencia, le comunicó:

—El «big boss» ha accedido a mi petición. Ya no habrás de temer nada, si después de que yo charle contigo te muestras razonable. ¡Anda, ven conmigo!

En pos del jefe, Moreau entró en una de las dos alcobas de que constaba el apartamento. Era una «suite» de lujo. Unas costosas y bordadas cortinas ocultaban el cuarto de baño adyacente. Un gran balcón daba a la transitada calle Rivoli, en la que lucían los multicolores rótulos de los establecimientos. Subía de la calzada el rumor estruendoso del tráfico rodado y un murmullo de la vida bulliciosa del alegre y hermoso París.

—Siéntate en esa butaca, Moreau, y toma un cigarrillo. ¡Cálmate! —le aconsejó Arnold, que había tomado asiento en el borde del lecho.

Cuando hubieron encendido los cigarrillos, el jefe comenzó a referir, muy despacio, sin entonación alguna:

—Desde que entraste en la cárcel, han ocurrido ciertas cosas que ignoras. El «big boss» tenía, y lo tiene, interés en captar para nuestra banda a un comisario de la Prefectura de Policía, un pez gordo que, de no ponerse de parte nuestra, nos daría mucha guerra. Este comisario principal se llama Govain y vive aquí, en este mismo hotel, en el piso de arriba. Yo logré hacerme amigo suyo. Claro, él me cree dedicado a la importación y a la exportación. Es un pobre hombre, rutinario; pero que, por su misma rutina, se sabe al dedillo los trucos para descubrir a negociantes como nosotros. Yo no sabía cómo ir trabajándolo. Su sueldo no es nada comparado con el capital particular que posee, heredado de sus padres. El dinero no le hace flaquear. Y fue el «big boss» quién se enteró de que Govain tenía un punto flaco, y no el talón precisamente. Las mujeres lo trastornan. Y aquí entras tú en lid, amigo mío.

Moreau aún no se había dado cuenta de que él se hallaba relacionado de una curiosa manera con el comisario Govain. Justamente se estaba preguntando qué tenía él que ver con todo aquello, cuando Arnold, que seguía hablando, se lo aclaró:

—Un día, tu novia vino a visitarme, a pedirme que hiciésemos todo lo posible por sacarte de la cárcel cuanto antes. Se lo prometí, y al salir, porque la invité a tomar una copa abajo, nos tropezamos con Govain. Tuve que presentarla. Tu novia no es fea, tiene atractivo, y al comisario se le fueron los ojos tras de ella. Reconozco

que cometí el error, error en lo que te perjudica a ti, de referirle esto al «big boss», entre otras cosas, sin darle importancia. El «big boss» me mandó que convenciese a Lisette de que ella nos podía hacer un buen servicio. En correspondencia, te sacaríamos a ti de la cárcel. Y, mi querido amigo, lo que empezó siendo el engranaje simple de una colosal jugada, se ha transformado en una pieza fundamental. Tu novia se ha metido en un bolsillo al comisario principal de la Prefectura de Policía. Govain está a punto de ensuciarse las manos en un asunto feo, por amor a Lisette, y en cuanto lo haga, lo extorsionaremos, y ya será un pelele en nuestro poder. Él puede servirnos de mucho por el puesto oficial que ocupa.

—Eso es una canallada, Arnold —manifestó Moreau, con acento dolorido—. Vosotros sabéis muy bien cómo quiero yo a Lisette.

—Por eso mismo, el «big boss» decidió libertarte enseguida y ordenó a Ram que te matase. El «jefe grande» deseaba evitar que cometieses una torpeza por no perder a tu novia. Si te dejaba encerrado en la cárcel, más tarde o más temprano, tú, extrañado de no recibir noticias de Lisette, podías haber hablado más de la cuenta, en revancha. En la cárcel se enteran de todo, y tú no hubieses dejado de saber que Lisette estaba coqueteando con un comisario de Policía. Para vengarte, habría sido capaz de contar todo lo que conoces de la banda, solicitando una disminución de la pena. El «big boss» pensó bien. Ahora, tú me dirás si se ha equivocado o no. Ya estás enterado de la historia.

Moreau, excitadísimo, se había puesto en pie y se restregaba furioso una mano contra otra. Sentía reseca la garganta y la sangre le golpeaba en las sienes a una frecuencia insoportable. En un momento, su amor se le presentaba destrozado por el egoísmo del «jefe grande», que no reparaba en dañar a uno de sus mejores servidores con tal de colmar sus propósitos.

—Podías haberle echado otra mujer cualquiera, tan guapa o más que Lisette.

—Indudablemente. Tu novia es guapa, pero no es la única. Lo peor del caso es que Govain tropezó con ella, sin yo quererlo. Y ya sabes que cuando los hombres se encaprichan de una mujer no miran si es bonita o fea, si es esbelta o jorobada. ¡Estupideces de los hombres!

—¿Qué sabes tú lo que es el amor? ¡Nunca se te ha visto con una

mujer, porque no te gustan! No hables de cosas que no puedes entender, por listo que seas.

Sonrió Arnold mefistofélicamente, si cabe esta palabra. Era cierto. A él no le atraían las mujeres. Nunca intimaba con ellas. Las requebraba, galanteaba e invitaba, pero jamás se declaró a ninguna. Su única obsesión era el dinero, aumentar su riqueza, y más que el dinero aún, su deseo de dominar, una ambición desmesurada por convertirse en tirano de los seres humanos, a los que odiaba como se odiaba a sí mismo por el simple hecho de haber nacido de una mujer que no fue decente.

—«Chut! Tú vas diré des bêtises, mon ami» —y como Arnold observase que su interlocutor se disponía a seguir atacándole por su indiferencia al amor, repitió—: No vayas a decir más idioteces, terminarías enfadándome. Volvamos al punto interesante: tu vida. ¿Te interesa vivir?

—Pues claro que me interesa vivir. ¿A quién no? —admitió Moreau.

—Entonces sigue mis consejos. Hazte a la idea de que has perdido a Lisette para siempre, al menos por una temporada. No la molestes, olvídate de ella, y, a cambio, el «jefe grande» revocará la orden de matarte. ¿Trato hecho?

—Podéis matarme —vociferó Moreau—, pero no estoy dispuesto a que se me pisotee de esta manera. No tenéis en cuenta mis sentimientos. Quiero a Lisette de verdad. Y como la quiero, no consentiré que os sirva de gancho.

—«Tú es fou»?

—No, no estoy loco, Arnold. Me hiere que no tengáis consideración conmigo. Para ti, una mujer no es nada, menos que un mueble, ¿verdad? Para mí, Lisette lo es todo. Si ahora la dejo, la perderé; ya nunca volverá a mí. Y antes de que eso ocurra soy capaz de destrozaros a todos vosotros, por canallas asquerosos...

No llegó Moreau a alcanzar con sus manos el cuello de Arnold. Éste le cortó en seco el avance, con el cañón de una pistola acabada de sacar velozmente de la sobaquera. El jefe no se había movido de su sitio y conservaba su siniestra serenidad, aun cuando en sus pupilas aceradas brillaba una expresión de homicida. Se le alargaron los labios en una línea fina, en un rictus de crueldad que amedrentaba.

—Da un paso más y te acribillo aquí mismo. Moreau. Sólo me contiene el recuerdo de tu buen comportamiento anterior y saber que los hombres perdéis la cabeza en cuanto median faldas. No eres tú el único. Y todos me hacéis reír. ¿Adónde puede llegar un individuo que es incapaz de rebelarse contra el amor? Muchas bravatas, mucho dárseles de hombres, y, luego, como corderos, seguís babeantes a la primera mujer que dice amaros. ¡Bah! «Vous me dégoûtez»!

—Te repugnemos o no, la vida está hecha así. Tú eres un anormal y no puedes comprender que...

Moreau no llegó a terminar la frase. Le frenó la lengua la visión del rostro de Arnold, que se había transformado en una máscara imposible de describir fielmente por la ferocidad que en ella se retrataba. Su índice se estaba contrayendo sobre el gatillo de la pistola. Como la atribuida a los seres fantasmales, así sonaba la voz de Arnold al replicar:

—Anormal, ¿eh? ¿Yo soy un anormal? Voy a matarte, Moreau, por insultarme de esa manera. Pero antes has de enterarte de que no soy un anormal, que soy tan hombre como todos vosotros, con la diferencia de que yo sé dominar mis pasiones y dar al barro lo que es del barro. ¿Me entiendes? Barro, cieno, podredumbre, todo eso se esconde bajo la rosada piel de esas muñecas que han de perfumarse, porque hieden. En vez de emplear vuestra imaginación en trazar planes ambiciosos de dominio, las gastáis en adornar a las mujeres con cualidades que no poseen. Es vuestra imaginación la que las hace atractivas. Háblame del arte, de la política, del poder; pero no me hables del amor. Aprende a pensar con el cerebro y no con otra cosa.

Y Arnold disertó exaltado, crudamente, sobre lo que, a su parecer, era el amor. Moreau había cometido la grave torpeza de herirle en lo más esencial de sus convicciones, y cuando éste último se dio cuenta de que él mismo acababa de hacerse el ataúd, intentó calmar al otro:

—No, Arnold; perdona, pero no me has entendido o yo no me he explicado bien. Date cuenta de que, en mi situación, la cabeza no está en su sitio. Lo de Lisette me tiene trastornado. Sí, sí, ya sé que no debíamos ser así, pero... soy uno de tantos y no puedo salirme del carril.

Mientras se defendía, rebajándose hasta lo inverosímil, Moreau no perdía de vista el negro orificio del arma que tenía enfrente. De un instante a otro esperaba el disparo. Bien el reconocimiento de sus errores o bien una muestra del autodomínio que poseía Arnold, hizo que éste se fuese calmando; sus facciones recobraron la expresión habitual, zorruna y aguileña a la vez.

—No sigas, Moreau. No hace falta que ahora te arrastres por el suelo. Antepongo la conveniencia a todos los demás sentimientos, y, por ahora, a mí me conviene tenerte a mi lado. Pero nunca olvides que me debes la vida, que yo te he defendido del «jefe grande». Espero que jamás lo olvidarás.

—Nunca olvidaré esto, Arnold, y te lo agradezco de veras —aseguró el fugitivo, con un suspiro de alivio, viendo que el cañón del arma se inclinaba hacia el suelo—. Oye: como sé que me aprecias y que eres justo, voy a pedirte el último favor. Te propongo una buena operación. Escucha: tengo ahorrados algunos miles de francos, pasan del millón. Te los daré si consigues que Lisette se venga conmigo. A ti te será fácil convencer al «big boss» de que Lisette no es lo bastante lista para enredar a ese comisario Govain. Podrás sustituirla por otra; las conseguirás a montones por poco dinero.

—Pero ninguna será de nuestra confianza. En cuanto se enterasen de que trataban con un comisario principal de la Prefectura, le contarían toda la trama. No. Lisette es de confianza.

—¿Tú crees, Arnold? Ten presente que Lisette me quiere, y si se prestó a este juego fue a cambio de que me libraseis pronto de la cárcel. Ahora que ya he regresado se resistirá a representar esta farsa. Tenlo por seguro.

—¿Tú crees, Moreau? —interrogó, a su vez, el jefe, en tono sarcástico, mientras se llevaba un cigarrillo a los labios—. Me parece que estás muy equivocado. Lisette está arrepentida de que hayas salido vivo.

—Mientes. Lisette siempre será mía. Llámala, si quieres, y te convencerás de que es verdad lo que digo.

—Veremos quién convence a quién —manifestó Arnold, bailoteándole una sonrisa irónica en la cara. Acercándose a la puerta, llamó en voz alta a la joven, que esperaba en el salón—: ¡Lisette! ¡Ven un momento!

Entró la bella muchacha en el dormitorio y se quedó quieta, mirando, alternativamente, a los dos hombres. El vestido de noche, de tenue tejido negro con bordados en plata, ceñía la escultura perfecta de su cuerpo.

—Lisette —inició Arnold, en tono suave—: Moreau se piensa que estás dispuesta a abandonar la partida que tenemos empezada, porque él ha venido. ¿Qué...?

Le interrumpió Moreau, dirigiéndose a la joven y poniendo en sus palabras toda la angustia amorosa que le consumía:

—Tú me quieres, ¿verdad, Lisette? Has de saber que el «big boss» me condenó a muerte para que te prestases a sus manejos con respecto a ese Govain. Agradezco tu sacrificio, para sacarme de la cárcel, pero ya estoy aquí, y podemos marcharnos juntos. Durante algún tiempo habré de estar oculto; la Policía se cansará de buscarme y, después, de nuevo volveremos a vivir como antes. Arnold encontrará otra muchacha que te suplante. Dile que estás de acuerdo en todo conmigo —y como viese que ella bajaba la cabeza y no contestaba, insistió, balbuciente—: ¡Habla! ¡Responde! ¿Qué decides?

Entonces, Lisette, mirando a Arnold, repuso:

—Si ustedes me necesitan para engañar a Govain, seguiré con ustedes, siempre que se me pague bien, como hasta ahora.

Abel Moreau se quedó sin respiración. Inmóvil, petrificado como una estatua, le parecía estar soñando, preso de una pesadilla horrible. Su Lisette, la que tantas veces le había jurado amor eterno, renegaba de él por un puñado de francos. No pudo encontrar la mirada de ella y sí se tropezó con la burlona de Arnold.

Insensible, con pasos de somnámbulo, Abel Moreau salió del dormitorio. Semejaba un espantapájaros falto de relleno de paja. Con los hombros caídos, las piernas dobladas y la cabeza inclinada, era la viva estampa del hombre derrotado y arruinado totalmente. En su pecho hervía un sufrimiento tan agudo, que algún día se convertiría en rencor o en desesperación si no se le amortiguaba.

Cuando los tres hubieron salido de la alcoba, en el salón encontraron a un individuo que, al levantarse del sillón, puso de relieve su elevada estatura y fortaleza. Era rubio, y el bigote no llegaba a sombrearle el labio superior. Los ojos le relucían, traviosos, en la faz redonda y de piel lechosa. Tenía aspecto de bebé

bien alimentado. Sin embargo, su voz era ronca y muy nasal, al saludar a Arnold:

—Buenas noches, jefe. ¡Caramba, Moreau! ¿Qué te pasa? ¿Te ha dado un ataque de ictericia en la prisión? ¿Qué hay, Lisette? ¡Estás cada día más bonita! —Y aproximándose a la muchacha, con una sonrisa empalagosa, le dijo casi al oído—: Oye, nena: cuando tengas la bandera levantada, avísame.

—Déjate de tonterías, King. ¿Qué cuentas de nuevo?

—Poca cosa, jefe —replicó el rubio, soltando la mano de Lisette—. La Sanga ésa, que continúa negándose a comer, y el aviso desde El Havre de que el cargamento llegará mañana por la tarde. Los muchachos están cansados de divertirse. Ya se han gastado los cuartos de la última operación y revientan de no hacer nada.

King, Alexander King, era el capitán de los desalmados que formaban la parte combativa de la banda. De nacionalidad norteamericana, llevaba un par de años en París, dedicado, al principio, a visitar a distintos industriales franceses, como representante legal de una firma de los Estados Unidos. Hacía un año que había sido captado por. Arnold, y pronto, por su arrojo y afición a emplear sin reparo las ametralladoras ligeras, tomó ascendiente entre sus compañeros. No habían transcurrido dos meses desde que fue ascendido a jefe de las fuerzas de choque, al morir violentamente el que las venía mandando. Alexander King, bajo su aspecto de bebé rollizo, guardaba un alma encanallada, sentimientos de tigre y una afición desmedida por las mujeres. Se las daba de Don Juan, de conquistador irresistible de las fortalezas femeninas.

—Que, salgan para El Havre mañana al amanecer, una docena de ellos. Tú los acompañarás. Allí, donde de costumbre, estará esperándote el inspector Delzanne. Haceos cargo de la mercancía que él os aparte y llevadla al depósito. En cuanto hayáis terminado, me telefoneas aquí. Te diré adónde has de transportarla. Procura que no haya disturbios; no dejes que los muchachos abusen de la bebida. Y, ahora, llévate a Moreau. Hay que ocultarlo a la Policía, por algún tiempo. Bajo ningún pretexto se le ha de permitir que salga.

Alexander King dio un respingo. Conocía ya lo suficiente a Arnold para ignorar que aquella reclusión de Moreau, aunque

motivada por la persecución de la Policía, significaba tenerlo prisionero. Él no estaba enterado de la caída en desgracia de Moreau dentro de la banda, y no se explicaba la decisión del jefe.

—Se le atenderá debidamente. Lo pondremos en conserva, en la habitación contigua a la ocupada por esa muchacha. Espero que éste será más alegre y comerá algo. Alégrate, Moreau; allá lo pasarás muy bien. No te faltará con quien echar una partidita de póker. ¿Algo más, jefe?

—No.

Abel Moreau salió del departamento 37 del Mennechet Hotel, cabizbajo, con un pliegue profundo en el entrecejo. No se despidió de Lisette, ni siquiera con una mirada. La muchacha, por su parte, aparentó estar muy entretenida en curiosear a través de los cristales del balcón. Entre ellos dos acababa de romperse definitivamente la alianza amorosa.

Toda la culpa era de Lisette. Había sido sacada del arroyo por Moreau, que se enamoró de ella con pasión. La transformó en una mujer presentable, gastándose casi todos sus ahorros. No la consideraba como capricho pasajero, sino que pensaba poder casarse con ella algún día, en cuanto tuviese el dinero necesario para marcharse a algún país sudamericano, lejos de la justicia francesa. Cuando el encarcelamiento de Moreau, ella había conocido a «

m'sieur

» Arnold. Éste, hábil intrigante, que veía en la hermosa joven un satélite de valía, la fascinó con la promesa de riquezas incontables. Y ella, pensando que Moreau solo era uno de tantos, prefirió obedecer las órdenes directas del jefe, con la esperanza de que alguna vez se le ofrecería la ocasión de conquistar al «big boss». De ideas cortas, su ambición era desmedida; creía que su hermosura le permitiría ir magnetizando a todos, por importantes que fuesen.

Quedaron a solas, en el salón grande, Lisette y Arnold, pues Chollier acostumbraba, cuando no lo necesitaba su jefe, a pasar el tiempo en la habitación de la entrada, fumando y haciendo solitarios con las cartas.

—No te has portado con mucha entereza —criticó Arnold a la muchacha.

—Es desagradable romper así... Al fin y al cabo, él fue quien

me... —Y Lisette, cambiando de tono, se acercó a Arnold, para decirle mimosamente, mientras le cogía por los hombros—: Tú me has abierto los ojos. Antes, yo era una chiquilla idiota, que no conocía la verdadera vida. Sólo en ti reconozco al hombre capaz de enamorarme. Eres tan elegante... y tan listo...

Con suavidad, pero con firmeza, Arnold apartó a la mujer. Y sonriendo como él solía hacerlo, únicamente de dientes para afuera, replicó:

—No malgastes conmigo tus halagos. Está bien que te entrenes con otros; conmigo no lo hagas, no ganarías nada. Entre tú y yo no podrá haber nunca nada más que una alianza comercial, llamémosla así, porque suena mejor a los oídos. Yo te pagaré y tú obedecerás. De esta manera, siempre sabremos a qué atenernos. Recuerda que si alguna vez cometes el error de traicionarme, de traicionar mis planes, el pago te lo daré en plomo.

—¿Serías capaz de matarme, Arnold, si yo hiciese una falta? —preguntó, mimosa, ella, que, en su estupidez, aún no se había dado cuenta de la clase de hombre que era el «jefe visible» de la banda.

—Te daría a elegir entre el tiro o las manos enguantadas de un asesino; a tu elección.

Lisette empalideció visiblemente bajo la capa de maquillaje. Leía en los ojos grises de Arnold que no se trataba de una broma. La muchacha empezaba a percatarse de que la mala obtención del dinero acarrea, indefectiblemente, riesgos mortales. Quien juega con fuego, termina abrasándose, antes o después.

Cortó el diálogo el sonido del timbre de la entrada. A los pocos instantes entraba en el salón un individuo de mediana estatura. El «*smoking*» no conseguía disimular su tipo vulgar, provinciano enriquecido de la noche a la mañana, al que el abuso de los placeres bastardos han hecho engordar, en una gordura fofa, de cerdo cebado por vida en la cochinería.

Al ver a Lisette se llevó a la cabeza la mano derecha, la única que poseía, velluda y cuajados de anillos sus dedos, como si pretendiese aplastarse el ralo cabello sobre la calva de la coronilla. Por la bocamanga del brazo izquierdo, extremadamente rígido, le asomaba un aparato niquelado, terminado en dos garfios articulados.

—¡Buenas noches, Lisette! ¡Hola, Arnold! —saludó, haciendo

una leve reverencia que intentaba ser cortés. Pronunciaba el francés sin la gracia especial de los parisienses.

—¡Hola, Lesbros! —Correspondió el jefe—. ¿Qué tal va eso?

—Bien. Esta tarde estuve...

—Luego hablaremos —le interrumpió Arnold, lanzando una ojeada significativa hacia la joven—. ¿Listos para cenar? Pues bajemos; se nos está haciendo tarde.

—Está usted muy elegante, coronel —manifestó, coqueta, Lisette, agarrándose del brazo sano del recién llegado.

—Gracias, tesoro. Tú estás más hechicera que nunca. El negro del vestido te va muy bien al rubio del pelo.

Juntos los tres, la muchacha en medio, descendieron por la suntuosa escalera de mármol al «hall» del hotel. Les seguía, a prudente distancia, Chollier, el guardaespaldas del jefe, también con traje de etiqueta. Los huéspedes que ya habían cenado se encaminaban presurosos hacia la salida, tal vez, en busca de las múltiples diversiones que ofrecen las noches de París; otros adquirían periódicos y cigarrillos en el quiosco de cristal, servido por una linda empleada; los menos se hallaban sentados en los sillones y en postura cómoda, pareciendo hacer la digestión o rumiar los planes de trabajo para el día siguiente. Del comedor llegaba al olfato el olor a manteca de los asados, y a los oídos, las notas tenues de una pieza musical.

Entraron en el comedor, que hervía de comensales y de camareros y ayudantes. Entre los albos manteles, los dorados y el damasco amarillento de las paredes, destacaba la policromía de los vestidos de noche de las damas y los «smokings» de los caballeros. Refulgían al resplandor de las grandes lámparas, la loza fina y ribeteada en oro, los vinos de las copas, las gemas y las perlas adornando hombros desnudos y dedos estilizados por la falta de ejercicio. En el rincón más apartado, un biombo ocultaba a los músicos.

Tomaron asiento a la misma mesa Lisette, Arnold y Lesbros. Otra, a corta distancia de la primera, fue ocupada por Chollier. Con el gusto de un «gourmet», Arnold encargó los platos y los vinos. Mientras aguardaban a ser servidos, pasó su pitillera a sus dos acompañantes. Lesbros preguntó, después de haber hablado del espectáculo que ofrecían en El Moulin Rouge:

—Por cierto que entre las del coro creí ver a la muchacha que teníais... recluida, aquella que... ¿Es que la habéis soltado?

—¿Quién? ¿Sanga Droysk? ¡No! Sigue encerrada —contestó Arnold.

Lisette preguntó, muy sorprendida:

—¿Es que tenéis una mujer encerrada? ¿Por qué?

—Por no obedecerme —aseguró el jefe, aprovechando la ocasión para demostrar a la joven que él no reparaba en el sexo si se trataba de castigar.

—¿En qué no te obedeció?

—¿Quién es? —preguntó, a su vez, Lesbros—. Yo la vi por casualidad, cuando estuve en aquella casa, y no me atreví a curiosear demasiado. La pobrecilla estaba deshecha.

—Es muy largo de contar. Pero os diré que se encuentra así por negarse a hablar. Hace más de dos meses que ayudó a escapar a un agente norteamericano, uno del

F. B. I.

que vino en nuestra busca. Aunque tú no lo viste, tienes que haberme oído contar algo de él. Es el que mató a Dupont y a Nugent y a otros cuantos más de los muchachos. Le había echado el guante y se me escapó. Todavía me acuerdo de aquella noche. Fue una persecución en la que yo también intervine, porque se trataba de un adversario de valía. No he conocido en mi vida a otro hombre más audaz y más resistente. Después de cinco días de tenerlo encerrado, hambriento y sediento, machacado a latigazos, se resistía a decir quién era y, por último, terminó huyendo. Una noche entera estuvimos tras él, nosotros y la Policía, pues avisé al inspector Delzanne y éste ordenó a los agentes que buscasen al americano, acusándolo de espía. Casi lo volvimos a coger, pero nos burló de nuevo; aunque herido, nos trajo de cabeza, arriba y abajo. A última hora le salvó esa individua llamada Sanga Droysk.

—¿Ella se atrevió a enfrentarse con vosotros? —preguntó Lisette, aparentando, o sintiendo realmente, un gran asombro.

—Nos hemos enterado después de lo que hizo en el resto de la noche, a partir del momento en que le perdimos la pista. Nos lo ha contado ella.

—¿No decías que la tienes todavía encerrada por negarse a hablar?

—Le arrancamos parte de la historia, gracias a una doble dosis del suero de la verdad. Es de las pocas mujeres duras que he tratado. A medias nos ha contado que ella se apiadó de él al oír que le pedía protección. Lo llevó a su casa, lo curó y, por último, lo condujo, en mi propio coche nada menos, al aeródromo, donde un avión norteamericano estaba aguardando al del

F. B. I.

—¿Cómo es que ella lo socorrió? ¿Se conocían?

—No. Se había metido él en el Metro, pretendiendo burlarnos. Vio que no lo había conseguido y, entonces, se acercó a la tal Sanga. Ella es una cualquiera. No sé qué le contaría él; el caso es que lo salvó.

—Muy romántico, ¿verdad? —comentó el mutilado, intentando ser chistoso.

—Parece de una novela —confirmó Lisette.

—Una novela que nos costó bien cara. Alexander King sustituyó a Dupont, pero no acaba de gustarme. King es demasiado pretencioso y siente debilidad por las mujeres; eso será su perdición.

—¡Muy natural! ¿A qué hombre no le gustan las mujeres, siendo bonitas? —Y al decir esto, Lesbros dirigió una mirada obsequiosa a Lisette.

La aproximación del camarero, portando el consomé, cortó la charla. Arnold parecía haber cambiado desde que comenzó a referirse al agente especial del

F. B. I.

Serio, cejijunto, como si el recuerdo le preocupase, vaciaba sin cesar el contenido de su copa. Lesbros mantenía una conversación trivial con la joven, y alardeaba de su destreza con los garfios que sustituían a la mano izquierda perdida. En efecto, poseía tal habilidad con el aparato, manejando el pan y los cubiertos, que podía calificársele de malabarista.

Al terminar la cena, los tres, escoltados a prudente distancia por el guardaespaldas, pasaron al jardín de invierno, donde un cuarteto de violines tocaba un vals. Lesbros y Lisette solicitaron café. Arnold pidió un par de «flips». La mezcla de los vinos que habían tomado con los distintos platos, y el «*champagne*», parecía haber saturado de alcohol al elegante jefe. Fumaba sin descanso, como nervioso, y

cuando rompía su mutismo, lo hacía para criticar sarcásticamente alguna opinión de sus amigos.

—¡Buenas noches a todos!

Los tres levantaron la cabeza. A su lado había un hombre de avanzada edad —tendría más de los cincuenta—, que se quedó contemplando absorto a la joven, a través de los gruesos cristales de sus gafas. Arnold fue el primero en levantarse, deferentemente.

—¿Cómo está, comisario?

—Bien. ¡Estás encantadora, Lisette! ¿Qué tal, coronel Lesbros?

—No mal del todo, comisario Govain. ¿No quiere sentarse con nosotros?

—¿Me perdonarán si les robo a esta preciosa muchachita? ¿Me acompañas, Lisette? ¿Te apetece bailar un poco? Juro que no te pisaré mucho —manifestó el comisario, en tono que resultaba ridículo a su edad. La luz de un farolillo se le reflejaba en la calva, y su expresión, de cretino cien por cien, le hacía repugnante.

La joven, con un gesto, pidió el asentimiento de Arnold, y éste, por igual medio, se lo concedió. Con un saludo de despedida, Govain, comisario principal de la Prefectura de París, se llevó colgada del brazo a la bella Lisette.

—¡Valiente sátiro está hecho! —comentó, malhumorado, Lesbros—. A sus años, le convendría más estar metido en cama y con una botella de agua caliente a los pies.

—Mejor es que sea así. Caerá en nuestras redes —manifestó Arnold, secamente, como dando a entender que no se debía hablar más de aquel asunto—. Ya que nos hemos quedado solos, cuéntame el resultado de tu visita de esta tarde. ¿Qué te ha contestado Guillemard?

—Se ha tragado el cebo con anzuelo y todo.

«J'accepte!»,

me ha dicho. Pasado mañana tendrá preparados dos millones de francos, según ha prometido.

—¿No se huele el timo? ¿Está interesado en el asunto?

—¡Naturalmente! Él se acoge a la cosa de patriotismo, pero, en el fondo, piensa jugárnosla. Seguro que está soñando en estos momentos con millones y millones de ganancia.

—Hay que sacarle, en partes, más de diez millones. Es muy rico. Pero no olvides que es un pájaro listo. Me han contado algunas de

sus operaciones, y ha desbancado a financieros y especuladores que se vanagloriaban de su astucia. ¿Estás seguro de que te cree? ¿No has notado nada, algún detalle sospechoso?

—Nada, hombre. Cuando vio mi documentación de militar, le desaparecieron todos los recelos. Eso es negocio hecho. ¿Qué haremos pasado mañana?

—He de pensarlo despacio. Llámame por teléfono, mañana, a mediodía. Te daré instrucciones. Y cuídate de que lo sigan, vaya donde vaya. Sería peligroso que nos tendieran una emboscada. Guillemard ha hecho el dinero a pulso y no lo soltará a la ligera. Se cuenta de él que...

De súbito, Arnold enmudeció. Se le agrandaron los ojos y en sus pupilas se retrató el estupor que se había apoderado de él. Miraba fijamente a una de las entradas al jardín de invierno.

—¿Qué te pasa, Arnold? ¿Te encuentras mal? —le preguntó el mutilado.

—Allí, Lesbros. En aquella puerta... acabo de ver a... ese agente del

F. B. I.

de que...

—En esa puerta no hay nadie, Arnold. ¡El alcohol te ha hecho ver visiones! Has bebido con exceso.

—Te digo que era él —insistió el jefe, pasándose la mano por la frente, sudorosa—. ¡Chollier! ¡Chollier! ¡Ven aquí!

El guardaespaldas, al oírse llamar en tono tan apremiante, se aproximó a su jefe con la presteza de un perro fiel.

—¡No seas tonto, Arnold! —le recomendó el mutilado coronel. ¿Cómo vas a ver a ese agente norteamericano, si tú mismo has dicho, hace un rato, que se largó herido a su tierra? Después de lo que le pasó, ¿cómo quieres que haya vuelto?

Arnold se levantó de la butaca y se aproximó a la puerta. Había empuñado la pistola debajo de la chaqueta. En su semblante, pálido y con manchas rojizas, se leía el desconcierto que le embargaba. Regresó a la mesa, tras dar un vistazo por la puerta, diciendo más sosegadamente:

—Sí, llevas razón, Lesbros. Tiene que haber sido una ofuscación. He bebido demasiado y, posiblemente, por haber estado hablando de él, la imaginación me ha engañado. ¡Vuelve a tu sitio, Chollier!

Se disponía a sentarse, cuando de nuevo se le envaró el cuerpo. Ahora miraba a otra de las puertas.

—¡Chollier! ¡Chollier! ¡Aquél es! ¡Míralo!

Lesbros y el guardaespaldas vieron a un joven de unos treinta años, de constitución robusta, y de rostro enjuto. Vestía un terno azul marino, amplio, de corte que no parecía francés. Estaba muy interesado en examinar el cigarrillo encendido que sostenía entre los dedos.

—¡Ése es! ¡Es él! —repitió Arnold, en voz baja—. Chollier: Síguelo a dónde sea. Necesito saber dónde se aloja. Como sea aquí, esta misma noche lo voy a... Ten cuidado con él, que no te coja desprevenido. Se sabe todos los trucos. ¿Habéis visto cómo ha vuelto a mirarme disimuladamente? Está espiándome; lo juraría. Dime cualquier cosa, Lesbros, lo que se te ocurra, hay que disimular. ¡Sepárate de nosotros, Chollier! ¡Y no lo pierdas de vista, porque te costaría caro!

Cuando Chollier salía por la otra puerta, para dar un rodeo y vigilar por detrás al hombre señalado por el jefe, se tropezó de manos a boca con el individuo en cuestión. No supo Chollier reaccionar a tiempo y permitió que el otro se alejase, en dirección al «*hall*».

Al principio, el «gángster» se temió haber sido reconocido como compañero de Arnold y extremó las precauciones en el seguimiento. Le vio atravesar la gran puerta de salida a la calle. Él también salió, en su persecución.

A paso normal, el individuo cruzó la calle del Louvre. Caminaba sin volver la cabeza. De vez en vez, se detenía unos instantes frente a algunos de los iluminados escaparates que exhibían joyas o preciada bisutería. En cuanto penetró bajo los soportales, a Chollier le fue fácil acercarse más sin temor a ser descubierto.

Perseguido y perseguidor pasaron la plaza del Palacio Real. El primero torció a la derecha por l'Echelle.

El «gángster» creyó que en aquella calle, muchísimo menos transitada y de menor importancia, le sería fácil reducir al americano.

Cruzando a la otra acera, lo adelantó y en cuanto le sacó unas yardas de ventaja, penetró en el primer portal que estuvo a su

alcance. En la penumbra, se puso al acecho, con el revólver asido debajo de la chaqueta.

A los pocos momentos, asomaba a su campo visual el extranjero. De un tirón lo cogió y lo metió en el portal, al mismo tiempo que sacaba el arma y le aplicaba el cañón en el vientre.

—¡Dé un grito y le llenaré la barriga de plomo!

El amenazado, aunque cogido de improviso, no parecía asustado. Con voz firme, preguntó:

—¿A qué viene todo eso? Si quiere usted mi cartera, cójala y llévesela en paz.

—No me interesa su dinero —negó Chollier, satisfecho de comprobar que el individuo no osaba mover siquiera un dedo—. Usted se vendrá conmigo. Llevaré el cacharro en el bolsillo, y como se le ocurra echar a correr o llamar la atención, cuéntese entre los muertos. ¡A ver! ¡Separe los brazos del cuerpo!

Obedeció el norteamericano, dejándose cachear pacientemente. No llevaba ningún arma en la sobaquera ni en el bolsillo trasero del pantalón. El «gángster» saboreaba por anticipado el éxito que tendría, y las alabanzas que recibiría de su jefe, apenas le avisase de que tenía encerrado al del

F. B. I.

en el refugio de la banda.

—¿Adónde quiere llevarme? ¿Para qué?

—Dese la vuelta y yo le iré indicando por dónde ha de ir —mandó, bravucón, Chollier, haciéndole girar de un manotazo.

No había terminado aún el movimiento forzado del norteamericano, cuando éste, encogiéndose, dio un salto de costado y en el aire se retorció como una anguila. De su mano derecha brotaron un par de fogonazos. El «gángster» sintió que dos barrenas le taladraban de súbito el pecho. Quiso apretar el gatillo de su descomunal revólver, más no pudo disparar. Cayó inerte, herido mortalmente. El agente del

F. B. I.

salió a la calle y, a zancadas, se alejó del lugar, luego de guardarse entre el cinturón y la camisa el «Colt» que había usado para salvarse de caer en poder de sus enemigos.

El grave error de Chollier había consistido en no pensar que muchos agentes americanos tienen la costumbre de esconder el

arma en el citado sitio, presta para ser empuñada a la menor contingencia de peligro. Chollier, asesino profesional, ya no podría jamás vanagloriarse de su captura delante de «

m'sieur

» Arnold. Un poco más tarde, un vecino hallaría su cadáver. La Morgue sería su último alojamiento antes de ser enterrado.



Por 1,25 pesetas

LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:

Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.

III

TRES ENVIADOS ESPECIALES DEL

F. B. I.



N una casa, de vecinos situada al comienzo de la calle Cardinet, penetró el hombre que acababa de matar al guardaespaldas del «jefe visible» de la banda. Saludó con una amable sonrisa al portero, en el momento de tomar el ascensor.

Se apeó en el tercer piso. Con llave abrió la puerta de uno de los cuartos. Dos jóvenes, en mangas de camisa, salieron a recibirle. Uno de ellos, moreno como un gitano, y de miembros macizos, le preguntó en un inglés que recordaba a los moradores de Brooklyn:

—¿Algo nuevo, Rodman? Nosotros no hemos descubierto nada.

Llevamos aquí un rato.

—Sí, Bugs; lo encontré —replicó Rodman Slatter, entrando en la estancia próxima, un «*living-room*», y tomando asiento en una butaca de orejeras—. Al fin he topado con él.

—¿Dónde? ¿Cómo ha sido? —le interrogó, interesado, el otro individuo, un muchacho que no pasaría de los veinticuatro años de edad, de piel pecosa y pelo rubio, más delgado que una espátula y con tal aire vivaz en su rostro que se asemejaba al de una ardilla.

—Espera a que recobre el aliento, Mains. Ha habido sus más y sus menos, pero, afortunadamente, ya me tenéis aquí sano y salvo, dispuesto a meteros en un gran lío. Tal vez hubiese sido mejor para vosotros que yo no hubiese regresado, porque desde esta noche mismo empezaréis a jugaros el pellejo.

—Estás bromeando, Rodman. Tú danos instrucciones y nosotros haremos lo que podamos. Para eso eres inspector, y cuando aceptamos venir a París ya sabíamos a qué nos exponíamos —manifestó calurosamente el moreno, el llamado Bugs.

—Medio mes aquí, sin dar con nuestro hombre, estaba empezando a ponerme nervioso. Llegué a pensar que durante mi ausencia, dos meses, la banda se habría disuelto después de repartirse las ganancias. Como todos estos días, al igual que vosotros, empecé esta mañana a recorrer uno por uno los hoteles del cuadrilátero formado por la plaza de la Concordia, la Opera, la plaza de la República y la de Châtelet. Desesperaba ya, cuando esta noche, hace un rato, entré en un hotel de la calle Rivoli, el Mennechet, un hotel de los más lujosos que haya. Di un vistazo al comedor y luego se me ocurrió entrar al jardín de invierno. Me quedé helado. Allí, en una mesa, sentado con otro individuo, estaba nada menos que nuestro hombre.

—¿Era él? No te habrás confundido. Según nos contaste, hace ya más de dos meses y medio que lo viste por última vez.

—¿Cómo se me va a olvidar nunca la cara del canalla que me ha hecho pasar los mayores apuros de mi vida? Su cara de cínico la tenía clavada en la memoria. Como os decía, nada más descubrirlo estuve seguro de que era él. Muy peripuesto de «*smoking*», hecho un «*dandy*». Yo estaba en pie, en una de las puertas. Me recreé en observarlo. Necesitaba saborear el encuentro por lo mucho que significa. Y éste fue mi error. Él también me divisó a mí. Se quedó

como quien ha visto a un fantasma. Me retiré enseguida y fui a asomarme por la otra de las puertas, en mi interés por catalogar al que le acompañaba. Esta vez, además del que estaba sentado junto a él, se había acercado a la mesa otro individuo, en él que yo no me fijé anteriormente. El que estaba primero con él es un tipo la mar de curioso. Parecía un patán vestido de gala. Le faltaba el brazo izquierdo, y en su lugar, lleva un aparato ortopédico, terminado en dos ganchos.

—Entonces, ya no se nos podrá despistar —aseguró Mains, restregándose, nervioso, las manos.

—Volví a descubrirme el tal Arnold, y de nuevo se puso pálido. Me señaló. Indudablemente estaba diciéndoles a sus amigos quién era yo. Me retiré enseguida y salí del hotel. Yo estaba seguro, aunque no volvía la cabeza, de que me seguían. En efecto, fingiendo mirar los escaparates, observé que el tercer tipo, uno con cara de perro mastín, me iba pisando los talones. Yo continué, buscando algún sitio propicio para atraparlo. Torcí por una transversal, que consideré adecuada por su poco tráfico. El tipo aquel me adelantó por la otra acera y después cruzó de nuevo, metiéndose en un portal. Estuve tentado de retroceder, por si me aguardaba para dispararme a boca de jarro, pero pensé que ellos no querrían eliminarme, sino apoderarse de mí. El resto es bien simple. Tiró de mí, y con un revólver me amenazó de muerte si no le acompañaba. Al cachearme, no descubrió el mío. Le ha costado morir de dos balazos. Nuestro querido «

m'sieur

» Arnold no se enterará de lo ocurrido hasta más tarde.

—¿Estás seguro de que sólo te perseguía uno? —interrogó Bugs, excitado por el relato, masticando la punta de su cigarrillo.

—Eso creo. De todas maneras, he dado varios rodeos antes de entrar aquí.

—¿Intentará esta vez, ese Arnold, valerse de su amistad con algunos de la Prefectura de Policía?

—Claro que lo intentará, pero ahora no le servirá de nada. El Gobierno de los Estados Unidos nos ha destinado a la Interpol^[1] y el Gobierno francés nos ha dado su «placet». Estamos en Francia legalmente y con autoridad. Y, además, en cualquier circunstancia grave, podremos pedir ayuda a nuestra Embajada. Los informes que

yo llevé a Washington, de mi viaje anterior, han levantado ronchas a nuestro Gobierno. Según me informaron los Jefes, al Gobierno de Francia se le ha echado una buena filípica por no saber cuidar y administrar los regalos que estamos haciéndole por el plan Marshall.

—¿Cuándo iremos a los puertos a vigilar los desembarques?

—Nos conviene más cortar la cabeza de la organización. Una vez conseguido esto, nos será fácil destruir a los satélites, porque el pánico se apoderará de todos ellos. Y tú, Mains, ¿no has conseguido averiguar nada más de Sanga Droysk? —preguntó Rodman Slatter al imberbe y vivaz agente.

—Poco más de lo que ya sabíamos. Estuve de nuevo con la portera de la casa donde habitaba. La mujer repite que en los últimos tiempos Sanga había cambiado totalmente de vida, colocándose en una editorial. Volví a la editorial, y me dijeron que la traductora de húngaro y rumano no había regresado desde el día en que desapareció, ni llamado siquiera por teléfono para justificar su ausencia repentina. Uno de los «botones», porque he mareado con mis interrogatorios a todos los empleados, me ha referido algo que pudiera ser interesante, si fuese verdad la noticia o estuviese bien interpretada.

—¿Qué es ello? ¡Habla! —le animó el inspector Slatter, con visibles muestras en su faz viril de sentir una gran emoción.

—El «botones» asegura que en el día anterior a la falta de Sanga Droysk él estaba en la puerta. La vio salir, terminado el horario de trabajo, y un par de individuos se acercaron a la traductora, hablaron con ella y los tres subieron a un coche allí estacionado.

—Pero ¿en qué forma conversaron? ¿La hicieron subir a la fuerza? ¿Notó algo raro el «botones»?

—El rapaz asegura que no vio nada extraño. No hubo voces, ni actitudes violentas ni nada anormal. Mi opinión es que se trataba de algunos amigos de ella. De ser enemigos, ¿cómo habría ella subido voluntariamente al automóvil?

—Tus deducciones están equivocadas, sin duda alguna, Mains. No sé cómo pudieron engañarla, pero lo concreto es que ella, desde aquel día, no ha vuelto más por su casa ni por la editorial. Aquellos individuos la raptaron, empleando la amenaza de sus pistolas escondidas en el bolsillo, o algún ardid.

Como Bugs observase en el inspector un evidente desasosiego, preguntó:

—¿Tanto te interesas por esa mujer?

—He venido dispuesto a casarme con ella, Bugs. Comprenderás por qué estoy tan interesado en hallarla. Ella me salvó de Arnold cuando estuve aquí, la vez anterior. Se portó conmigo de una manera tan noble que, después, mientras estuve en el hospital, en Washington, curándome de las heridas, sólo he pensado en ella. Estoy enamorado de Sanga Droysk y la encontraré a toda costa. Si la encuentro muerta, Arnold y sus compinches sabrán de lo que soy capaz.

Se calló el inspector del

F. B. I.,

transfigurado su rostro por la inquietud que le corroía el corazón, y sus dos ayudantes no se atrevieron a hablarle. Lo hizo él mismo, al rato, paseándose por la habitación, con la cabeza inclinada y las manos a la espalda, monologando:

—Ella es una gran muchacha. La guerra le mató el novio, y Sanga perdió el control. Se descarrió. Pero en el fondo siempre ha sido buena; lo demostró conmigo, con un desconocido, a trueque de ser asesinada por unos «gángsters». Todavía recuerdo su expresión cuando nos despedimos en el aeródromo. La pobre lloraba de verdad. Se le iba para siempre, según pensaba ella, el hombre que hubiese podido redimirla de sus pecados. Recibí, en el hospital, una carta suya. Le contesté, y como ella no me respondiese, le escribí varias veces más. Ya sabéis que la portera nos ha contado que aquellas cartas de América las guardaba por ausencia de Sanga y que, un día, un par de agentes se las pidió. No eran policías, sino miembros de la banda de Arnold; apostarí la cabeza a que eran «gángsters».

Tras una pausa larga, lo que tardó en abrir un paquete de cigarrillos y encender uno, prosiguió hablando, en igual tono dolorido:

—En su primera carta, la única, me comunicaba que había encontrado trabajo en una editorial, para hacer traducciones, y que estaba decidida a emprender un nuevo rumbo, limpio y honroso, aunque yo no volviese más por París. Si aún vive, la pobrecilla creerá que no le he contestado porque la había olvidado, pensará

que ni siquiera recuerdo mi deuda con ella. ¡Tenéis que ayudarme, muchachos! El tal Arnold es el responsable de los robos de las mercancías norteamericanas arribadas a los puertos franceses, del secuestro de Ranga, de la traición de Amos Nugent, el agente americano que fue de la Interpol, como nosotros ahora, y al que yo tuve que matar porque él iba a asesinarme traidoramente cuando, engañado yo, pensaba salvarlo. También Arnold es el verdugo de nuestro camarada Royce.

—Yo lo conocía bien; éramos muy amigos —aseguró el corpulento Bugs, golpeando repetidamente su abultado puño derecho contra la palma de la otra mano—. Sí algún día le echo el guante a ese tiparraco, le voy a machacar los huesos hasta dejárselos hechos pulpa. ¡Pobre Royce! ¡Era un gran muchacho!

—Yo no le conocía, porque soy de una promoción siguiente —comentó Mains, abandonando de momento su habitual sonrisa de chiquillo travieso.

—Lo mataron de una manera infame —notificó el inspector—. Cuando me lo enseñaron los propios asesinos, envuelto en un saco, creí volverme loco. Lo habían descuartizado a puñaladas. Era horrible ver su cuerpo. Jamás podrá imaginarse mayor sadismo. Y el culpable de todo es ese Arnold. Hay que cazarlo con todos sus secuaces, antes de que levante el vuelo por haberme visto.

—¿Cuándo empezamos? ¿Qué planes tienes?

—Empezaréis inmediatamente, ahora mismo. Os presentaréis en el Mennechet Hotel, como viajeros que acaban de llegar a París, cada uno a distinta hora. No os deis a conocer en vuestra condición de agentes de la Interpol; haceos pasar por hombres de negocios, representantes o simples provincianos venidos a la capital para divertirse unos días. Hablad el francés con todo el mundo, y para nada uséis el inglés. Vosotros aparentad no conoceros; así tendréis más libertad de movimientos, y si uno fracasa o despierta sospechas en los de la banda, el otro podrá seguir actuando.

—¿Cuál será nuestra tarea?

—Vigilar todos los pasos de Arnold y del mutilado que le acompaña. Ahora después os daré los detalles suficientes para que los identifiquéis nada más verlos. En cuanto os sea posible, y sepáis con qué nombre figura Arnold en el registro del hotel y el apartamento que ocupa, mudaos a su piso.

—¿Dónde estarás tú?

—Me quedaré aquí. Sí me alojase en el Mennechet no tardarían en localizarme y todo se habría perdido. Estaréis en contacto conmigo, por teléfono, pero no uséis la centralilla a no ser en un caso muy urgente. No reparéis en gastos. Fingid tener mucho dinero; tal vez intenten atraparos en sus redes para robaros por medio del juego. Anotad cuidadosamente en vuestra memoria los sitios que visita, con quién alterna y a quién recibe en su habitación. Pero, por Dios, extremad al máximo las precauciones.

—¿Comportamiento nuestro si alguno de nosotros somos identificados? —preguntó el moreno Bugs, mientras hacía su maleta.

—A no ser que peligre vuestra vida, no hagáis uso de las armas de fuego. No deis escándalo ni alarméis a la banda. Ojalá hiciesen prisionero a alguno de vosotros. El otro lo seguiría y así descubriríamos el refugio o los refugios que tengan. Nos sería de gran ayuda lograr apresar a uno de los «gángsters». Le haríamos cantar por las buenas o las malas. No dejéis de tenerme al corriente de todo, por teléfono; no vengáis por aquí, para nada en absoluto.

Y a continuación, Rodman Slatter, el inspector especial del «Federal Bureau of Investigation» —encargado por el Gobierno de los Estados Unidos de descubrir el enigma de las mercancías robadas de los envíos hechos a Francia en virtud del plan Marshall —, detalló minuciosamente a sus ayudantes las características físicas de Arnold y de su compañero el mutilado.

Pocos minutos más tarde partía primeramente Bugs, cargado con su maleta, en dirección al Mennechet Hotel. Una hora después, le seguiría el jovial y simpático Mains.

Rodman Slatter quedaría a solas en el piso que tenían alquilado, a solas con el recuerdo doloroso de Sanga Droysk y la inquietud por la suerte que correrían sus amigos. A él le mortificaba en sumo grado no poder actuar directamente. Su temperamento era de batallador; se consumiría de impaciencia, aguardando los avisos telefónicos[2].

¿SABES QUIEN ES **BILL BOY**?

BILL BOY es hijo de un «gangster» protegido
de un valeroso Agente Especial del **F. B. I.**

BILL BOY es un muchacho valiente, ejemplo
de la juventud.

Conócelo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

IV

EL TIMO



NO de los más veloces automóviles de la banda avanzaba por la hermosa avenida de los Campos Elíseos, iluminada esplendorosamente. Conducía Abel Moreau, el fugado del coche celular; le acompañaba Lesbros, el coronel mutilado. Este último, acariciando con su única mano una caja de grandes proporciones que llevaba sobre las rodillas, aconsejó al primero:

—Procura hacer bien la comedia. Sí engañamos a Guillemard, no cabe duda de que el «jefe grande» te perdonará definitivamente

y arreglará tu asunto con la Policía. Si sale bien este golpe, ya no tendrás que estar más días encerrado; así me lo aseguró Arnold.

—Eso quisiera yo. En cinco días que llevo en casa de Frelet me he estado consumiendo. Fumar, beber, jugar a las cartas, escuchar las novelas que radian y dormir; no he hecho otra cosa. Ni siquiera estoy de humor para leer.

—Lisette no se te va de la cabeza, ¿verdad?

—¡Maldita pécora! —refunfuñó Moreau, aupándose las gafas sobre su nariz aguileña—. No se puede uno fiar de las mujeres. ¿Qué hace ahora?

—Parece ser que ya tiene a Govain derretido —notificó Lesbros con mala intención, para irritar al otro.

—¡Ojalá la parta un rayo! Si lo de esta noche sale como esperamos, voy a darle celos con veinticinco mujeres en fila.

—¡Nada, chico, no lo pienses más! Lo que ahora interesa es poner nuestros cinco sentidos en esta operación. Vengo trabajando al viejo desde hace tiempo; ya está maduro.

—¿Qué viejo?

—Me refiero a Guillemard, aunque ése no sea su nombre verdadero. Es ruso. Lo conocí en la guerra. Huyendo de los alemanes vino a parar al grupo que yo mandaba. Hizo la Resistencia con nosotros, y se portó medianamente. El confía en mí; para él no he dejado de ser el coronel, el que le guardaba de las misiones peligrosas. Es y ha sido siempre un viejo zorro. Recuerdo que negociaba con el tabaco, la ropa... con todo. Siempre tenía dinero y lo prestaba a buen rédito. En cuanto llegó la liberación se puso a traficar con chatarra y al año ya era multimillonario. Ése sabe más de lo que le han enseñado. Por eso estoy algo preocupado. No nos será tan fácil engañarlo. ¿Te has enterado bien de lo que has de contar? Como tú eres un intelectual el jefe te eligió a ti —el mutilado recalcó lo de «intelectual» con ironía—. Habla con la seguridad de un científico, ¿eh?

—No te preocupes, Lesbros. Me he pasado toda la vida estudiando, y de Física se bastante.

—El muy sinvergüenza jura y perjura para obtener una rebaja en el precio, que su compra la enviará a Rusia, por su ardor patriótico. La realidad es que quiere negociar y embolsarse unos cuantos millones. Cuando descubra la verdad se va a tirar de los pelos. —

Lesbros se rió a carcajadas, pensando en el engaño de que iban a hacer víctima al tal Guillemard.

El coche había dejado atrás la plaza de la Estrella y entraba en aquellos momentos por la calle de las Acacias. El mutilado, riéndose aún, indicó a Moreau que parase ante un edificio de tres pisos, cuyas ventanas estaban todas apagadas, a excepción de una, en la última planta.

—Ya ha despedido a sus empleados. Estará impaciente; nos hemos retrasado unos minutos a la cita y creerá que nos hemos vuelto atrás. ¡Abajo! ¡Coge tú la caja!

Lesbros y Moreau se apearon del vehículo. En la puerta del edificio relucían, al resplandor de un farol aplicado a la fachada, varias placas de metal bruñido... expresando las actividades comerciales de Guillemard. Utilizó el mutilado el brazo ortopédico para apretar el botón.

Al cabo de un rato alguien preguntó, desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Su amigo Lesbros, señor Guillemard, y quién usted sabe.

Les fue franqueada la entrada. La luz del pasillo en que penetraron permitió que Moreau conociese enseguida al traficante. Éste era viejo, con abundante y revuelto pelo blanco cayéndole sobre la frente arrugada. Andaba algo encorvado, su mirada era de zorro y resbaladiza la piel de su mano.

—¡Pasen, señores! Será mejor que subamos arriba; estaremos más a gusto para tratar del negocio. ¿Es esto? —preguntó, guiñando un ojo picarescamente y dando con los nudillos en la caja que portaba Moreau.

Lesbros, fingiendo un optimismo arrebatador, repuso:

—Eso es, amigo mío. Aunque no lo aparente, muchas naciones darían millones y millones por hacerse con ello.

—Menos millones, menos —comentó con voz cascada el viejo, mientras subía torpemente los escalones, apoyándose en la barandilla—. No les importará que vaya apagando las luces, ¿verdad?; esta última subida del precio del fluido nos va a arruinar a todos.

El coronel mutilado, con un guiño a espaldas de Guillemard, llamó la atención de su acompañante sobre la tacañería desorbitada

del viejo.

Llegaron, por fin, al tercer piso. A diferencia de los dos primeros, destinados únicamente a oficinas, este último era habitado por el traficante.

—¿No está la criada? —interrogó Lesbros.

—No, coronel. Le dije esta tarde que se fuese al cine. Es muy curiosa y le gusta meter en todo las narices. Este asunto hay que llevarlo con el mayor de los secretos. Como usted bien me advirtió el otro día, los servicios de espionaje darían cualquier cosa por husmear aquí.

Detrás de Guillemard pasaron los dos «gángsters» al despacho particular. Los muebles parecían adquiridos en distintas almonedas y no debían haber costado mucho. Sin embargo, podía calificarse de monumento la caja de caudales situada tras de la mesa; era voluminosa y su aspecto macizo daba impresión de solidez y de inexpugnabilidad.

—Siéntense, señores, y vamos al grano —invitó el viejo, tomando asiento en su sillón y observando fijamente a Moreau, a quién conocía entonces. Se apretaba una mano con la otra y las articulaciones de sus huesudos dedos sonaban con chasquidos escalofrantes. Uno a uno se pasaba los dedos, como si pasase las cuentas de un rosario. Debía ser una manía suya.

—Abre la caja, Moreau —indicó Lesbros a su amigo.

El joven obedeció. Entre un almohadillado de pajas largas aparecieron dos grandes botellas de vidrio verde oscuro, casi negro. Cerraba cada gollete una cápsula metálica. Con especial cuidado, dando la mayor solemnidad posible a sus movimientos, las puso sobre el tablero de la mesa de despacho. La lámpara del «flexo» arrancaba brillos al cristal, y las botellas parecieron adquirir personalidad, tal era la atención con que las observaban los tres hombres, singularmente el viejo.

—¿Por esas dos botellitas ustedes me piden nada menos que veinticinco millones de francos? ¿No es mucho dinero para tan poca cosa?

—No soy yo, amigo Guillemard —aclaró Lesbros, muy amable—. Ya sabe que únicamente soy el mediador, al que se me habrá de dar, como hemos ajustado, medio millón. Este señor es el que pide esa cantidad. Discútalos con él.

Moreau tomó la palabra:

—Ni un franco menos, señor Guillemard. Si a usted le interesa adquirir este «agua pesada», tendrá que pagar ese precio. Vale mucho más, pero, claro, es un artículo que no puede ofrecerse en un escaparate. Le pido una cantidad razonable. Con presentarme en la Embajada británica me darían mucho más.

—Se la darían o no se lo darían. El «Intelligence Service» acostumbra a pagar lo menos posible; prefiere apoderarse de las cosas a la fuerza. Lo que deseo hacerle comprender es que no se trata de un negocio corriente. No quiero lucrarme con esta operación, muy al contrario. Si compro este artículo es para regalarlo al Gobierno de mi país. Y va a resultar un regalo principesco; yo no poseo tanto dinero como el coronel imagina.

—Entonces lo lamento mucho —manifestó Moreau, que seguía al pie de la letra las instrucciones recibidas. Y echó mano a las botellas en ademán de volverlas a la caja.

—Aguarde, amigo, aguarde. No sea tan impulsivo. En los negocios hay que tener un estira y afloja. Nadie acepta la primera petición. Además, sí, ahí hay dos botellas y parecen tener algo dentro, pero ¿quién me dice a mí que es «agua pesada»? —Y como el viejo notase el gesto agrio del mutilado, se apresuró a rectificar, sonriendo con una mueca repelente—: No, no se ofenda, coronel Lesbros. Nos conocemos desde hace tiempo y confío en su palabra. No hay duda sobre su honor, pero... sin embargo, creo tener derecho a hacer algunas preguntas a este señor.

—Yo le responderé en lo que sea prudente —replicó Moreau, adoptando una expresión de dignidad.

—Sé poquísimo de estas cosas. Desearía que tuviese usted la bondad de explicarme cómo consiguió usted apoderarse de tan valioso producto. Nuestro buen amigo, el coronel, me contó algo, pero me gustaría oírlo de sus labios.

—Soy francés, señor Guillemard. Cuando los alemanes invadieron Francia, yo, que tengo los estudios de físico, me ofrecí a ellos, porque... porque, bueno, yo simpatizaba con sus ideas. Me tuvieron trabajando en distintos laboratorios en Alemania, hasta que me enviaron a Noruega, una vez que se convencieron plenamente de mi fidelidad a su régimen y de la valía de mis conocimientos. Esto era a mediados del año cuarenta y uno. En

aquellos laboratorios de Noruega producíamos diariamente varios kilos de agua pesada, destinados a fabricar el retardador de parafina necesario para conseguir el plutonio. Los alemanes estuvieron a punto de ser los primeros en fabricar la bomba atómica. Recuerde que Hitler habló de una terrible arma secreta. Diversos acontecimientos de otra índole impidieron el triunfo alemán. Fueron derrotados, se generalizó el desconcierto y yo me apoderé de varias botellas de «agua pesada». Las he tenido escondidas durante mucho tiempo, por temor a ser espiado, y cuando estuve seguro de que ninguno de los servicios secretos aliados tenían gente suya sobre mi pista, fui al escondite. No es del caso contarle cómo conocí al coronel. ¿Le interesa saber algo más?

Moreau había hablado con inmejorable acento de sinceridad. Su aspecto de intelectual, la mirada profunda, la acentuada calvicie despejándole la frente, y las gafas, era un tanto a su favor. Restregándose las descamadas manos, el viejo preguntó:

—Pero ¿para qué sirve esto en realidad? Discúlpeme. El caso es que yo no sé nada de lo atómico. Soy un comerciante regular y nada más. He leído, en los periódicos, que si el agua pesada, que si el uranio, que si no sé qué...

—Necesitaría muchas horas para dar una conferencia amplia sobre estas cuestiones. De todas maneras, si se empeña, le revelaré lo más fundamental y le demostraré que el agua pesada juega un papel importantísimo en investigaciones sobre el átomo.

El coronel Lesbros se arrellanó en su silla y, displicente, encendió un cigarrillo, manejando con suma habilidad los garfios del aparato. Estaba seguro de que Moreau repetiría fielmente lo escrito en las instrucciones técnicas preparadas por Arnold. En efecto, el joven, procurando no dar la impresión de lección aprendida a modo de papagayo, comenzó a explicar:

—Desde hace muchos años los físicos han estudiado la posibilidad de arrancarle a la masa la energía que había formado esa misma masa. Merced a métodos experimentales delicadísimos, descubrieron que los átomos no son simples, sino que están compuestos por la agregación de ciertas partículas elementales. La parte esencial del átomo es el núcleo, formado por neutrones, que no están cargados de electricidad, y de protones, que tienen electricidad positiva, neutralizada por la atmósfera que los rodea,

de electrones de carga negativa. Se llama número másico, porque expresa la masa del átomo, a la suma de los neutrones y protones que forman el núcleo. Por ejemplo, el núcleo del hidrógeno posee un solo protón y el del uranio tiene ciento sesenta y cuatro neutrones y noventa y dos protones. Hasta hace poco, el núcleo era invulnerable. Las reacciones químicas más violentas y el calor, aun poniendo el cuerpo al rojo blanco, y obligarle a que emita rayos X, todo eso no llega a conseguir más que una ligera perturbación en la atmósfera electrónica, el núcleo sigue igual. Y en cuanto la acción perturbadora pasa, el átomo recobra los electrones perdidos y queda en estado normal. El núcleo es un castillo rodeado de zanjas y parapetos que son los electrones. El ataque del enemigo nunca consigue llegar a las murallas del castillo, porque se desgasta en salvar las innumerables defensas. Sólo últimamente se ha descubierto que los neutrones, por carecer de carga eléctrica, atraviesan con facilidad la barrera electrónica. Como son neutros se deslizan entre sus filas sin ser atraídos por los electrones.

—Muy interesante y muy bien explicado, amigo mío —manifestó Guillemard, brillándole los ojillos astutamente—. Con su ejemplo lo comprendería hasta un niño de diez años. Siga, por favor; a los ignorantes nos gusta aprender.

Moreau y Lesbros se miraron de reojo. No sabían de seguro si el viejo estaba riéndose de ellos o no. Moreau continuó, resignándose a llegar hasta la última línea de lo que en aquella misma tarde había aprendido:

—La masa y la energía son transformables una en otra, han demostrado los físicos. La materia es un grado enorme de condensación de la energía. Pero también se descubrió, que dichas transformaciones necesitaban consumir grandes cantidades de energía, tanto para la síntesis como para la desintegración. Y, sin embargo, el notable caso de la bomba atómica es que los átomos de uranio liberan cantidades enormes de energía, por ser justamente el más pesado de los existentes en la Naturaleza, es decir, que los nucleones de uranio han perdido menos masa y, por tanto, conservan más energía que los contenidos en núcleos de peso medio. Al partir en dos el núcleo de un átomo de uranio queda en libertad el exceso de energía, aunque es menor que la empleada anteriormente para su síntesis, pero mucho mayor que la

conseguida en las reacciones químicas más violentas. Éste es el punto fundamental del empleo del uranio para la bomba atómica.

Como Guillemard notase que Moreau se detenía, le incitó a proseguir, ignorando que la pausa del fingido físico se debía a que le costaba trabajo recordar lo leído.

—Continúe, por favor. Me voy dando cuenta y es muy interesante.

Lesbros rozó con su pierna derecha la izquierda de Moreau, animándole a seguir. Se dejaba adivinar el propósito del viejo: convencerse de que el dueño de las botellas era ciertamente un científico. De aquellas explicaciones se derivaría la finalización del negocio. El joven prosiguió:

—Voy explicándoselo lo más sencillo posible, señor Guillemard. Comprenda que habrán de quedar algunos puntos oscuros al evitar el empleo de términos demasiado técnicos.

—No le importe. Voy comprendiéndolo —aseguró el viejo con una sonrisa desconcertante.

—No sé si habrá comprendido lo del gasto de energía necesario para sintetizar y desintegrar. Le pondré un ejemplo burdo, pero que le dará a usted cierta idea. Supongamos que ponemos al fuego una vasija con un trozo de hielo. Para convertir el hielo en agua y luego en vapor hemos gastado calor, la energía contenida en la leña. Si vamos recogiendo ese vapor en un depósito, y después queremos hacerlo otra vez hielo, solidificarlo, necesitamos meterlo dentro de una cámara frigorífica. El vapor se convertirá en agua y, por fin, en hielo. Para conseguirlo hemos necesitado energía eléctrica. Siempre hace falta energía para sintetizar o desintegrar. Este ejemplo no es justo, en absoluto, pero creo que le habrá aclarado algo.

—Sí.

—Los cuerpos radiactivos, que producen espontáneamente estas transformaciones, no son abundantes ni económicos; no se podía pensar en ellos. Pero hubo un profesor italiano que mediante un aparato, que no es del caso describir, fue bombardeando con neutrones el núcleo atómico de los cuerpos naturales. Cuando llegó al del uranio, observó que se formaban nuevos isótopos, todos ellos radiactivos por ser inestables.

—¿Qué son esos isótopos? No...

—Ya le dije antes qué las reacciones químicas no llegan al

núcleo del átomo, sino a la atmósfera electrónica, por tanto, los neutrones, los que no tienen carga eléctrica, no ejercen la menor influencia en el comportamiento químico del elemento. El núcleo no interviene, solamente el número de protones, positivos, marca el número de electrones que ha de haber en la envoltura del átomo. De esto resulta que todos los átomos que tengan igual número de protones, aunque posean pesos diferentes por contener distinto número de neutrones, ocuparán el mismo lugar, con igual número de orden, en el sistema llamado periódico y establecido por la Química. Con el nombre de uranio se designan tres cuerpos distintos que tienen idénticas propiedades químicas. Todos sus núcleos contienen un mismo número de protones, noventa y dos, pero el número de neutrones es diferente: doscientos treinta y ocho, doscientos treinta y cinco y doscientos treinta y cuatro. El primero es el más abundante. Éstos son los isótopos. ¿Me ha comprendido, señor Guillemard?

—Comprendido.

—Pues, como le iba diciendo, al hacer su descubrimiento el investigador italiano, se comprobó que cada rotura, además de suministrar la energía procedente de la diferencia de masa entre el átomo escindido y los fragmentos, producía nuevos neutrones, capaces de ocasionar otras tantas escisiones, engendrándose de tal manera una cadena de reacciones nucleares. Nos puede servir de símil, aunque no exacto, una bomba caída en un polvorín, que hace estallar las municiones más próximas y éstas, a su vez, van haciendo estallar las otras y así sucesivamente, hasta causar una explosión general. Ahora bien: los neutrones, por su pequeñez infinitesimal y por no estar cargados de electricidad, se mueven libremente y pueden escapar sin haber golpeado otros núcleos, cortándose así la cadena de reacciones. Tenga usted en cuenta que un bloque de acero o de plomo no logra impedir que los neutrones lo atraviesen a su antojo. Era necesario encontrar una sustancia que retardase su velocidad, sin frenarlos, a fin de darles tiempo para que hiciesen las debidas escisiones. Se necesitaba una sustancia cuya masa no fuese mucho mayor que la del propio neutrón. Y aquí, querido amigo, entra el agua pesada. Posteriormente se descubrió que los núcleos más adecuados para servir de retardadores eran el dentón, un isótopo del hidrógeno que entra en el agua pesada, y los núcleos de

helio, de berilio y de carbono.

Moreau hizo una pausa, satisfecho de haber llegado a nombrar el contenido del par de botellas que había sobre la mesa de despacho. También se hallaba fija en ellas la vista del viejo. Las botellas consiguieron aún mayor importancia. Moreau continuó diciendo:

—Por ser el uranio doscientos treinta y ocho el más abundante, los alemanes pensaron producir la bomba atómica con un isótopo suyo, el plutonio, producto obtenido de bombardear el doscientos treinta y ocho, pues resulta vulnerable con los neutrones lentos y, por tanto, más fáciles de retener. Como retardador eligieron el agua pesada transformada en parafina, o sea fabricada con deuterio en vez de con hidrógeno ordinario. Por su parte, los norteamericanos, que temían no tener tiempo para fabricar el agua pesada necesaria antes de que se acabase la guerra, eligieron como retardador el grafito, un compuesto de carbono cristalizado con algo de hierro.

—¡Ah! Entonces, ¿el agua pesada no es imprescindible para eso?

—No es imprescindible, pero es mucho más conveniente. La pila para fabricar el plutonio, elemento principal de la bomba atómica, es muchísimo más pequeña si se emplea el agua pesada. La hecha con grafito resulta inadecuada por sus grandes proporciones. Comuniqué usted a Rusia, que posee agua pesada, y verá cómo se alegran, a pesar de que ellos tienen pilas con grafito. No cabe comparación entre ellas; se necesitan enormes cantidades de grafito, purísimo por demás.

—Bien, bien, señor mío. Me he convencido de que está enterado de estas cosas. Y no crea que me he quedado a medias. Uno no es muy listo, pero siempre se caza algo teniendo los ojos bien abiertos. Bueno, pues vamos al negocio. ¿Cuánto quiere usted por su mercancía? Comprenda que es una cantidad muy pequeña.

—Más que suficiente para fabricar una bomba atómica capaz de mandar Moscú a los infiernos —fanfarroneó Moreau, que, pasado el temor de cometer una equivocación en las explicaciones, se encontraba contento, casi palpando ya el dinero dentro de su bolsillo.

—¿No tendría usted otra botellita más, otras tantas? —interrogó Guillemard, volviendo de nuevo a hacerse crujir las articulaciones de los dedos. Era evidente que había mordido el cebo. Los ojillos le

chispeaban alegremente, pensando que estaba haciendo un negocio espléndido.

—Media docena más. Si usted me paga bien éstas, dentro de tres días, lo que tarde en ir al escondite y regresar, estaré aquí con esas seis. Me alegro mucho de haberme servido del coronel Lesbros como intermediario y de haber tropezado con usted; son ustedes dos unos perfectos caballeros.

—No lo dude, amigo mío —replicó el viejo ávaro, chasqueando la lengua—. Pero, es que veinticinco millones de francos es una barbaridad de dinero. Usted no tendrá muchas probabilidades de vender un género de esta clase. Se arriesgaría usted. Por el contrario, yo poseo una red extensa de agentes que me permitiría librarme de las botellas en un santiamén. Piénselo y haga alguna rebaja. Le ofrezco quince millones. Es mi última palabra. No puedo darle más.

—Lo siento, señor Guillemard. Con su permiso, guardaré las botellas, y aquí no habrá pasado nada. Espero de usted la mayor discreción sobre nuestra entrevista.

Como Lesbros viese que Moreau tenía guardada ya en la caja una de las botellas y que el viejo se mantenía callado, creyó que el negocio se iba a estropear. Dirigiéndose al ávaro, le increpó acremente:

—Yo no digo que sean caras o baratas; pero, señor Guillemard, usted estuvo de acuerdo con el precio cuando se las ofrecí. No estoy dispuesto a perder mi comisión. Este comportamiento no lo esperaba de usted, a quién he tenido siempre por un comerciante de altura. ¿No se da cuenta de qué va a despreciar uno de los mejores negocios de su vida? Sepa que, como coronel de la Resistencia, puedo relatar a las autoridades algo referente a un individuo que cometió ciertas fechorías durante la guerra. ¿Conoce usted a ese individuo? ¿Se acuerda de lo que...?

Guillemard había empalidecido, convirtiéndose su faz en una careta cadavérica. Quedaba claro que, cuando él servía a las órdenes de Lesbros, había cometido algunos delitos que le fueron perdonados por el coronel, posiblemente, a cambio de mediar dinero. Lesbros, en su calidad de mutilado y de héroe de la Resistencia, sabía explotar hasta el colmo el miedo de aquellos aprovechados que temían una revisión judicial de sus actividades en

la guerra y en la postguerra, «
m'sieur

» Arnold se valía mucho del coronel mutilado, a quién se le abrían todas las puertas de los centros oficiales; una acusación de germanofilia, sin demostrar nada, bastaría para encarcelar al más patriota.

—No se excite así, querido amigo —aconsejó, humilde, el viejo—. En los negocios hay que regatear. No, si mi interés es quedarme con esta agua pesada y comprar la restante.

—Son veinticinco millones de francos —insistió Moreau, volviendo a colocar de nuevo las botellas sobre la mesa.

—No tengo aquí francos, ahora mismo. Creo que le será igual dólares. ¿Le hace cien mil dólares? Es moneda sana, y si ha de marcharse usted al extranjero, los dólares son el «Sésamo, ábrete» del mundo entero.

Moreau echó sus cálculos mentalmente y terminó accediendo. Lesbros le sonrió, dándole su consentimiento. Ambos rufianes saboreaban por anticipado el fruto de las negociaciones.

Guillemard dio media vuelta, aproximándose a la caja de caudales. De espaldas, manipuló en los discos y se disponía ya a introducir la llave en la complicada cerradura, cuando se detuvo, quedando inmóvil, con la cabeza inclinada, como haciendo oído. En tono quedo, susurró:

—Creo haber escuchado un ruido raro en el piso, muy cerca.

Demostrando una valentía impropia de su edad, suavemente extrajo una «*browning*» de uno de los cajones de su mesa. Los «gángsters», que no habían oído nada, pensaron que todo era una treta del maldito viejo para distraerlos, con malas intenciones. Permanecieron sentados, recelosos.

Guillemard había llegado a la puerta, y la abrió de un tirón. No se veía a nadie en el pasillo. Asomó la cabeza y estuvo mirando a un lado y a otro. Luego tornó a cerrar y volvió junto a la caja de caudales, después de dejar el arma en su primitivo sitio.

—Uno se va haciendo viejo y los oídos gastan malas pasadas. Hubiese jurado que sonó un ruido, pero no hay nadie.

—Son los nervios, amigo mío —aseguró el coronel.

El traficante abrió la caja de caudales y la cerró en cuanto hubo cogido un paquete hecho con papel de periódico. Aparecieron fajos

de billetes de a cien dólares.

—No serán falsos, ¿verdad?

El vejete se rió con su peculiar risa cascada, como haciéndole mucha gracia la pregunta de su antiguo amigo Lesbros.

—Sí, escondo en el sótano una máquina de imprimir. Los hago por la noche, a fin de que la hornada esté caliente por las mañanas.

Rieron los «gángsters», más que jubilosos por tener el dinero a su alcance. Guillemard contaba lentamente, deleitándose en manosear los billetes y haciéndolos montones de a cien.

—Noventa y nueve, y ciento. Aquí están: cien mil dólares. Un verdadero capital. Y a usted, Lesbros, le abonaré su comisión en francos, le será más fácil gastárselos. Para usted —dirigiéndose a Moreau— le son convenientes los dólares, puesto que se va a marchar al extranjero. ¡Tomen! ¿Satisfechos?

Y les tendió los distintos montones. Por el nerviosismo que les producía la ilegal operación o por la visión de tanto dinero junto, el caso es que Guillemard, al alargar los brazos, rozó una de las botellas. Antes de que alguno pudiera cogerla en el aire, se estrelló contra las pintadas baldosas del piso. Se hizo mil añicos el vidrio y su contenido se esparció, salpicando los muebles.

Quedaron los tres hombres en suspenso, extremadamente pálidos los dos «gángsters». El viejo, reaccionando, lanzó una maldición horrorosa, por haber sido el culpable de tamaño desastre. No podría conseguir la devolución de la mitad de los dólares. Se arrodilló tembloroso, con las garras extendidas, como si pretendiese recoger el valioso contenido.

De súbito, en su faz se retrató una expresión de extrañeza. Acababa de fijarse en que lo esparcido parecía agua corriente, sucia por la arena que aún manchaba los cascos de la botella. Se produjo una transformación en su rostro arrugado. Muy lentamente, se irguió, ante el silencio expectante de los otros dos, y se apoyó en la mesa.

—¡Qué desgracia!

Y sin que los «gangsters» pudieran evitarlo, echó mano a la «*browning*» del cajón. A continuación, empuñó con firmeza el arma, apuntándoles. Despedían fuego sus ojillos, la mandíbula inferior le temblaba y los sonidos salieron chillones y ásperos de su garganta:

—¡Canallas! ¡Perros! ¡Ladrones! Queríais engañarme, ¿verdad?

¡Agua pesada! ¡Agua del grifo! ¡Una botella de agua del grifo por cincuenta mil dólares! Ha dado la casualidad de que se rompa para descubrirlo. Me fié de ti, Lesbros; pero sigues tan bandido como cuando en la guerra.

Moreau, que veía con desesperación que el plan iba a derrumbarse estrepitosamente, se atrevió a argüir:

—Está usted equivocado. Usted no es técnico y no nota la diferencia química que hay entre el agua pesada y la corriente. No puede observar con la vista que la diferencia se basa en que hay mayor cantidad de hidrógeno...

—¡Basta de embustes! Sabrás mucho de Física, pero no podrás convencerme de que eso no es agua, agua sucia, y un puñado de arena para que pesase la botella. Devolvedme ahora mismo el dinero que os he entregado, o juro por Satanás que os mato aquí mismo. Diré a la Policía que vinisteis a robarme. Prepararé bien el escenario y los engañaré. ¡Venga! Dadme los billetes u os atravesaré a balazos.

Ambos «gángsters» portaban armas, pero el viejo no los perdía de vista, y tan pronto amenazaba al uno como al otro.

Lesbros, asustado en el fondo, pretendió, una vez más, valerse de su categoría para amedrentar a Guillemard. Avanzó un paso, diciendo:

—Yo no sé de estas cosas. Sí la botella no contiene agua pesada, no puedo asegurarlo, no entiendo. Pero si le mando que se guarde ese arma y solucionemos el asunto en paz. Todo se aclarará, aquí hay un malentendido.

No cayó el viejo en la trampa que se le tendía. Retrocediendo unos pasos, hacia la puerta, a fin de impedir que el mutilado se le acercase demasiado, replicó, vociferando:

—No avances más, Lesbros, o apretaré el gatillo. Sé que ya no puedo dejaros marchar. No tardarías tú en buscarme las cosquillas. Eres rencoroso, y aunque llevo yo razón, tratarías de hundirme a toda costa, denunciándome por lo que sabes de mí. Os voy a matar a los dos, y me quedará con el dinero y vuestro silencio. Nadie sabrá nada de lo ocurrido aquí esta noche.

Los «gángsters» se estremecieron de pavor. Divisaron en las pupilas del viejo el brillo precursor del asesinato. Lesbros, desmoronada toda su aparente serenidad, en cuanto alguien

menospreciaba su cargo, empezó a tragar saliva, mientras su cerebro no hallaba ninguna solución. Moreau, hombre de mejor temple, no dudaba que Guillemard iba a realizar lo que decía, pero se preparaba a dar un salto para salirse de la línea de tiro y tener ocasión de echar mano a su revólver.

Se paralizó al ver que, a espaldas del ávaro, se abría lentamente la puerta, pulgada a pulgada, y aparecía nada menos que la faz bestial del corpulento Ram, el gorila humano que había pretendido estrangularle a él, en Fresnos; el hombre de confianza del «jefe grande».

El mutilado también lo había visto. Quiso distraer un poco más la atención del traficante, y comenzó a hablarle, sin dilación alguna en las frases, pronunciando palabras ininteligibles, por el atropellamiento con que las pronunciaba.

Y el gigantesco Ram ya alargaba sus poderosos brazos. Se cubría las enormes manos con guantes de piel negra y lustrosa. Una mueca bestial, de homicida, contraía sus facciones macizas.

De la garganta del viejo se escapó un chillido de terror cuando los dedos se ciñeron a su cuello en un lazo irrompible. Ram, lanzando una carcajada demoníaca, apretó salvajemente. Guillemard quedó inerte, con la columna vertebral rota y sin haber podido disparar siquiera. Pese a su corpulencia, Ram había actuado con el sigilo de un felino.

Moreau y Lesbros permanecían inmóviles, aterrorizados por la visión del hombre estrangulado, que presentaba amoratado el rostro, desorbitados los ojos y retorcido su cuerpo en una postura horrorosa. Les sacó de su estupor, el vozarrón del gigante:

—Dadme el dinero. He estado con la oreja pegada a la puerta, y menos mal que entré a tiempo. Si no es por mí, os habría quitado de en medio un viejo asqueroso. Le contaré esto al «jefe grande».

Sumisamente, los «gángsters» le entregaron el dinero recibido. Aun cuando estaban armados, no se atrevían a luchar contra el cíclope. Todavía perduraba en la memoria de Moreau la persecución que había sufrido en la casucha de Fresnes, después de fugarse del coche celular. Sólo de ver al gorila humano, le temblaban las piernas. Era un terror instintivo, superior a su voluntad.

—¿Qué hacéis que no echáis a correr? ¡A vuestra madriguera,

ratas! Agarrad la botella sana, por si la necesita «
m'sieur

» Arnold. ¡Tirando, cobardes!

Como exhalaciones salieron del despacho y corrieron escaleras abajo, hasta la puerta de la calle. No sólo la presencia de Ram les animaba a huir tan precipitadamente, sino también el miedo a que se presentase la Policía y los encontrase junto a un cadáver.

Moreau puso el coche en marcha. Por el espejo retrovisor divisó otro automóvil parado junto al bordillo de la acera, el mismo que él, días antes, había usurpado a Ram.

—¿Adónde vamos, Lesbros?

—A casa de Frelet, tal como se nos indicó, saliesen las cosas bien o mal.

Mientras el joven conducía a gran velocidad por las calles menos iluminadas de París, el mutilado, pasado ya el peligro, recobraba su frágil entereza.

—Después, de todo, el asunto ha salido bien. Porque ¿qué sé iba buscando a casa de Guillemard? Veinticinco millones de francos, ¿no? Pues nos hemos llevado cien mil dólares, que viene a ser lo mismo. El «jefe grande» se sentirá satisfecho, y nos dará la parte correspondiente.

—Lo que yo quisiera es que me quitara el arresto. Me muero de aburrimiento en ese tugurio. Confiaba en que todo saliera bien, para que me lo concediese. Ahora, esa bestia se llevará todos los laureles, ya lo verás.

—No creas. Sí nos ponemos de acuerdo, mentiremos a conciencia. Hay que salvar el honor —propuso el coronel, mutilado, haciendo gala de su astucia de patán—. Contaremos a Arnold la verdad, hasta el momento en que Guillemard nos encañonó. Pero diremos que íbamos ya a echar mano a los revólveres, para defendernos, cuando apareció Ram. Como él estaba en mejor posición, le dejamos hacer. Pero nada de resignarnos a admitir que estábamos ya perdidos, ¿eh? Quede bien claro que todavía teníamos los ases en nuestro poder. Por lo menos, yo estaba ya a punto de atacar valientemente.

Moreau echó una ojeada a su compañero, y los gruesos cristales de sus lentes no impidieron que se notase su expresión de desprecio. Hombre instruido, el joven conceptuaba en muy poco al coronel de

la Resistencia. Descargó en el acelerador toda la rabia que le consumía. Desesperaba de recobrar a Lisette. Aquel fracaso significaba perder definitivamente la esperanza de ser puesto en libertad. Sí, él podía burlar a Lesbros y huir en el coche a un lugar lejano de París. Pero conocía bien la longitud y la eficacia de los tentáculos de la banda por todo el hampa francés. Antes o después, lo descubrirían y, entonces, lo matarían sin contemplaciones, acusándolo de traidor. Tenía que resignarse a regresar voluntariamente a su encierro.

LA PRISIONERA



LEGADOS a la casa de Frelet, situada al principio de una transversal de la Vaugirard, Lesbros y Moreau penetraron en la habitación donde solían estar los miembros de la banda. No había ninguno, pero sí les aguardaba «*m'sieur*

» Arnold, vestido de frac.

—¿Cómo ha ido eso?

Lesbros relató, a su manera, lo sucedido, falseando el final, tal como había convenido con Moreau en el coche. No pareció agradable a Arnold que el dinero se lo hubiese llevado Ram, el hombre de confianza del «jefe grande».

—Yo hice lo que pude —aseguró el mutilado—. Y Moreau recitó magníficamente la lección; no lo hubiese hecho mejor un físico de verdad. Creo, Arnold, que se merece la restitución prometida, aparte del dinero que nos toque.

—Bien, luego hablaremos de todo eso. He de asistir a una reunión y no dispongo de mucho tiempo. Ya que estoy aquí, quisiera entrevistar a esa muchacha. Tú, Moreau, ten la seguridad de que hablaré al jefe.

En una de las habitaciones contiguas se hallaba, en compañía de otros «gángster», el dueño de la casa, Frelet, un tipo delgado y con cara de vicioso, que no se quitaba nunca la colilla de los labios. El condujo a Arnold a la cueva; les seguían el coronel y Moreau, curiosos por saber qué querría Arnold de la prisionera.

El subterráneo estaba dividido en varias habitaciones, cuyas puertas daban a un largo pasillo. La humedad oscurecía el tinte verdoso de los muros de cemento. Frelet abrió con llave una de las celdas y dio a un interruptor eléctrico, haciéndose la luz en el interior.

La celda, de pequeñas proporciones, no tenía más ajuar que un catre, un lavabo desportillado, una lata y una silla. Sentada en el catre, había una mujer de pelo oscuro por las raíces y rubio pálido por las puntas, de pómulos salientes y boca grande. Miró con terror a los recién entrados. Semejaba una bestia acorralada y a la que se ha castigado mucho. La blusa y la falda presentaban desgarrones y manchas parduscas. No era una muchacha, ya tendría los treinta y tantos años.

«

M'sieur

» Arnold encendió un cigarrillo y rechazó la silla que le ofrecía servicialmente Lesbros: no quería ensuciarse de polvo el frac. Detrás de él, Moreau contemplaba por vez primera, y con estupor, el rostro macilento de la mujer. Durante los cinco días que había permanecido encerrado en la casa, no logró verla; a él lo habían tenido, casi prisionero, en una de las habitaciones de la planta baja.

—Sanga Droysk: ¿tienes algo que decirme? —preguntó Arnold, expeliendo una bocanada de humo aromatizado.

La aludida, inclinando la cabeza lentamente, no contestó.

—Contesta al jefe, maldita —mandó Frelet, acercándose a ella y

cogiéndola rudamente de la cabellera para obligarla a levantar la cabeza.

—Déjala, Frelet —le recomendó Arnold—; hoy no emplearemos la fuerza. Poseo otros argumentos para convencerla de que le conviene hablar. Sí, Sanga; hoy hablarás, y mucho. Sé que lo harás, en agradecimiento a la buena noticia que te traigo. ¿A que no te imaginas quién está en París?

Ella continuó sin responder, clavando fijamente su mirada en el rostro enjuto del «jefe visible» de la banda. Éste notificó:

—Nada menos que Rodman Slatter.

Oír ella dicho nombre y estremecerse su cuerpo, como sacudido por una corriente eléctrica, todo fue uno. Se avivó el brillo mortecino de sus pupilas, a igual de la llama moribunda que revive al ser repuesto el aceite del candil.

—Sí, Sanga. Yo mismo he visto al agente norteamericano, y este caballero también —señalando a Lesbros—. Él te contará dónde lo vimos y cómo es, para que no te quepa duda. Dale detalles, Lesbros; hazme el favor.

El coronel narró lo solicitado, describiendo pobremente la escena en el jardín de invierno del Mennechet Hotel, y omitiendo la sorpresa, casi pánico, del jefe al ver en una de las puertas al apuesto agente del

F. B. I.

—¿Me jura usted que es verdad? —preguntó ella, hablando al fin con voz grave, irguiéndose y acercándose a Lesbros, con las manos cogidas como en actitud de orar.

El mutilado no tuvo inconveniente en asegurar que era cierto. Ella debió creerle, pues cambió por completo su fisonomía. Se alegró su expresión, pero de los ojos le brotaron unas lágrimas, de contenido gozo.

El cruel Arnold se complacía en observarla. Adivinaba el torbellino de sensaciones que en aquellos momentos agitaba el espíritu de la prisionera. Intuía que el amor de Sanga por Slatter era la causa de la transformación, el que la conmovía de pies a cabeza, haciéndole olvidar su dolorosa situación. ¡El amor! El odiaba el amor y despreciaba a todos los que lo sentían. Se recreó en acicatear aún más la excitación de Sanga.

—Piensa, Sanga, que Slatter está en París, a poca distancia de

aquí, tal vez haya pasado hoy por esta misma calle, sin saber que tú estabas a unos metros de las plantas de sus pies. Si él te corresponde con su amor, ¿cómo habrá sido posible que su corazón no le haya avisado de que tú te hallabas tan cercana? Eso debía de ocurrir, de igual manera que se agita la varilla de los descubridores de agua o metales en el subsuelo. O ¿acaso los poetas mienten al decir que los enamorados sienten la mutua presencia aun cuando no se vean?

Ella no hacía caso de sus sarcasmos. Con los brazos apretados contra su pecho y una sonrisa de dulzura impresa en el rostro, había vuelto a sentarse en el catre. No estaba sola, pero su pensamiento se había aislado. Recordaba la noche en que conoció a Rodman Slatter, hacía varios meses. Se acordaba del agotamiento del fugitivo perseguido por Arnold y sus hombres, y también de cuando ella lo bañó y curó sus heridas. Volvía a vivir la despedida en el aeródromo de la Villette. Slatter había prometido regresar, y aunque no hubiese contestado a las cartas de ella, no importaba. Lo maravilloso era que Rodman estaba de vuelta en París. Si ella pudiese verlo...

—¿Qué va usted a hacer conmigo, ahora que él ha vuelto? —preguntó, tímidamente, a Arnold.

—Todavía no lo he decidido, Sanga. Lo que sí he decidido es matar a Slatter.

—¡No! —gritó ella, poniéndose en pie, reflejando su semblante la infinita angustia que la embargaba ante la idea de que Slatter fuese asesinado.

—Sí. ¿Por qué no? —Interrogó el jefe, con una suavidad repelente en la voz—. Ha cometido el error de regresar a Francia, en cuanto se ha curado de las heridas que aquí le hicimos. No creo que hayas sido tú quien lo ha impulsado a venir, sino su afán de vengar la derrota que le infligimos. Según referencias, los del «Federal Bureau of Investigation» no se dan nunca por vencidos. Éste se arrojará a mis pies, pidiéndome su vida. Y lo mataré yo mismo. En cuanto lo cace...

—¡Ah! ¿Todavía no lo ha cogido usted? Le costará trabajo hacerlo. El solo fue capaz de traer locos a todos ustedes, y, además, estaba herido. Ahora, curado y, seguramente, acompañado, vendrá a exigirles la rendición de cuentas. Quisiera yo verle a usted solo, sin ninguno de éstos a su alrededor, y frente a Slatter. ¿Imagina lo

que sucedería?

La sumisa prisionera de antes había cobrado fuerzas en poco rato, y hasta se permitía zaherir a su verdugo.

—Sucedería que lo mataría en un abrir y cerrar de ojos. No temo a nadie con una pistola en la mano. Pero el caso que tú expones, no ocurrirá. A Slatter lo voy a cazar como se caza a los pájaros, con cimbel. Tú me servirás de señuelo y él caerá. Después, los dos vais a conocerme bien, antes de morir. Frelet: encárgate mañana de que ella escriba una carta, pidiendo socorro a Slatter. Me la remites al hotel con un mensajero de confianza. ¡Ya veremos quién gana la partida, Sanga!

Y Arnold giró sobre sus talones, disponiéndose a salir. Le detuvo la llamada suplicante de la prisionera:

—Oiga, escúcheme: ¿qué desea de mí a cambio de su promesa de que no hará nada a Rodman? Le diré cuanto quiera saber, haré lo que usted me diga, si no lo mata.

Arnold aplastó con la punta de su charolado zapato la colilla del cigarrillo que acababa de arrojar al suelo. Sin mirar a la mujer, y con risa sardónica, dijo:

—Me costaría poco esfuerzo prometerle lo que luego no iba a cumplir. Pero ¿para qué esa falta de palabra? Ya no me interesa en absoluto cuánto usted pueda contarme. Se lo arrancaré al propio interesado. Por él me enteraré de la importancia de la intervención del

F. B. I.

en mis asuntos. La vez pasada, Slatter aguantó mucho, lo reconozco; ahora espero que no resista tanto. Sí usted quiere verlo pronto, escriba una carta apasionada y convincente. Y eso si se lo prometo; traeré aquí a Slatter y estarán juntos algún tiempo. ¿No aseguran que el amor todo lo puede? Pues estar encerrados no les impedirá sentirse felices, ¿verdad? Los próximos días serán de gran animación, porque...

Le interrumpió la entrada de Alexander King, el rubicundo norteamericano, capitán de las fuerzas de choque de la banda.

—El «big boss» quiere hablarle por teléfono, «*m'sieur*

» Arnold. Acaba de llamar; está esperando.

Lanzando una mirada despreciativa a la prisionera, a la que

había anonadado con sus amenazas, salió de la celda. Quedaron Frelet, Alexander King, Lesbros y Moreau. El coronel mutilado se entretuvo en contar, a los dos prisioneros, lo ocurrido en casa de Guillemard. No desperdiciaba la ocasión de mentir, respecto a su sangre fría en el peligro. A juzgar por lo exagerado de su relato, se comprendía que durante la Resistencia alcanzase el título de héroe. Conforme repetía el cuento, aumentaba su valor ante la «*browning*» de Guillemard.

Moreau no le escuchaba, sino que observaba, curioso, a Sanga Droysk. Nadie podría descubrir los pensamientos que cruzaban su mente, pero se le veía serio, con el entrecejo fruncido, pellizcándose inconscientemente el labio inferior.

El regreso de Arnold fue tempestuoso. La ira contraía sus facciones. Se encaró, colérico, con el fanfarrón de Lesbros.

—¿Sabéis lo que habéis hecho?... ¡Cien mil dólares!... ¡Mil papeles mojados...!

—¿Qué dices, Arnold? ¡Cien mil dólares le entregamos a Ram para el «big boss»! Los que nos dio Guillemard por las dos botellas de agua con arena. ¿Te parece todavía mala operación?

—¡Cállate! —Le mandó el jefe, renegando a continuación, y necesitando después unos minutos para conseguir calmarse—. Ya sé que no ha sido vuestra la culpa. Cualquiera hubiese picado. Vosotros ibais a darle un timo, ¿verdad? Pues él os tenía preparado otro. ¡Los billetes norteamericanos son falsos! Están medianamente hechos, pero a ningún comprador entendido se los podremos colocar. El muy zorro estuvo a punto de timarnos, si no llega a derribar la botella. Menos mal que está «fiambre».

A excepción de Moreau, que permanecía impassible, los demás se mostraban muy irritados por el engaño de que habían sido víctimas. Para un espectador imparcial, la cólera de aquellos criminales le habría chocado sobre manera. Resultaba paradójico que ellos, que habían tratado de timar a Guillemard, no tomasen a broma la jugada recíproca del viejo.

Mientras tanto, Sanga Droysk, alarmada por las explosiones de ira, había levantado la vista y descubierto la mirada insistente y limpia de mala intención del joven de los lentes. Se contemplaron ambos. Sin saberlo ellos mismos, los ligaba parecidas tragedias amorosas. Pertenecían a un mundo distinto que los otros. Les sacó

de su ensimismamiento la voz de Arnold, ordenando:

—Vente conmigo en el coche, Lesbros; te dejaré donde quieras.
King: que Moreau vuelva a su habitación.

Todos salieron de la celda, dejando a una mujer transida de angustia por el temor de que fuese asesinado el hombre al que ella amaba, sin saber ciertamente si era correspondida.



¿El mejor **REGALO** para su hijo?
EXTRAORDINARIO
de
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡EMOCION! ¡RISA! ¡CULTURA! ¡ARTE!
¡COLOR! ¡CALIDAD!

VI

LUCHA A MUERTE



Slatter, inspector especial del
F. B. I.,

ESDE que Rodman

había enviado al Mennechet Hotel a sus dos agentes, el transcurso de los días fue un verdadero tormento para él. Bugs y Mains, instalados ya en el segundo piso del hotel, ocupando los apartamentos contiguos al 37, el de «

m'sieur

» Arnold, le comunicaban por teléfono el resultado diario de sus

indagaciones.

Por ellos sabía que Arnold se codeaba con la mejor sociedad parisiense, hasta con el comisario principal de la Prefectura de Policía, un tal Govain, huésped también del Mennechet; con un inspector de la Policía francesa, apellidado Delzanne; con un coronel de la Resistencia, el mutilado que le acompañaba en la noche que él lo descubrió en el jardín de invierno; con una linda muchacha rubia llamada Lisette, compañera de Govain, y con un norteamericano, entre otros, que decía llamarse Alexander King.

Los agentes especiales habían seguido a éste último, como a cada uno de los visitantes de Arnold, y así tuvieron conocimiento de que en una transversal de la calle Vaugirard, se levantaba un edificio que parecía deshabitado, pues tenía siempre cerradas las vidrieras de los balcones y nadie entraba por el día, pero durante la noche se veía entrar y salir a hombres de siniestra catadura.

Éstos eran los conocimientos adquiridos y no le bastaban a Slatter. Se consumía de impaciencia, imaginando lo peor, que Sanga Droysk había sido asesinada. Bugs y Mains trataban de calmarle y convencerle de que, en tan poco tiempo, el resultado obtenido podía calificarse de fructífero. Con otros tantos días de acecho, tendría desenredada toda la madeja de la criminal intriga y, entonces, sería la ocasión de atacar. Tales razonamientos no hicieron mella alguna en el ánimo emprendedor de Rodman Slatter. Enterado por sus compañeros de que Arnold acostumbraba a cenar fuera de su apartamento y de que no regresaba hasta altas horas de la madrugada, proyectó realizar una incursión en el apartamento 37 del Mennechet Hotel.

Y aquella noche, enfundado en una gabardina, con las solapas subidas y cubierto con un sombrero flexible de alas inclinadas, para ocultarse el rostro, atravesó el lujoso «hall» y subió por la escalera al segundo piso, desdeñando la comodidad de los ascensores, a fin de que al mozo no le fuese posible identificarlo si ocurría cualquier contratiempo.

Ocupaba Mains el apartamento 35, contiguo al de Arnold. A la llamada del timbre salió a abrir él mismo, y su sorpresa fue grande al cerciorarse de que el visitante era su jefe, el inspector Slatter.

¿Por qué has venido? ¿Qué sucede?

Nada. Va a suceder. Cierra y déjate de preguntas.

El joven y pecoso agente obedeció. No hizo preguntas, pero le bastó descubrir que el inspector calzaba unos zapatos negros de goma, para averiguar que el ataque comenzaría en breve. Las siguientes palabras de Slatter lo confirmaron:

—¿Sabes si hay alguien en el apartamento treinta y siete? ¿Está Arnold o alguno de los suyos?

—Juraría que no. Salieron Arnold y ese del brazo de madera, a media tarde. Los siguió Bugs y yo me quedé aquí.

—¿Habéis examinado bien la cerradura de su cuarto? ¿Por qué me notificasteis que es inexpugnable? Con buenas manos y las debidas ganzúas, no hay cerradura que se resista; eso debieron de enseñároslo en la Academia, ¿no?

—Sí, pero, Rodman, requeriría mucho tiempo forzar esa cerradura; me he enterado de que Arnold la mandó colocar especial. La camarera no tiene la llave; ya lo indagué. Y como se necesita tiempo para maniobrar, es imposible hacerlo sin que la camarera o algún huésped se extrañe. Y, entonces, todo se habrá echado a rodar. ¿Qué mosca te ha picado?

—Que no podemos perder más tiempo. Cuanto antes hay que acabar con ellos. Me desespero aguardando vuestras noticias, necesito actuar, para relajar mis nervios.

El imberbe agente dijo, condolido:

—Te preocupa esa muchacha, ¿verdad?

—No sólo ella, sino, también, la misión que nos trajo a París —manifestó Slatter, aun cuando lo cierto era que su mayor preocupación radicaba en la incógnita «Sanga Droysk».

Y se asomó al balcón, que daba a la calle, a la fachada principal del edificio. Subían hasta él los mil ruidos diferentes creados por los motores de los coches, sus ruedas sobre el pavimento, las conversaciones de los transeúntes, los gritos de los vendedores, el rumor, en fin, de la gran colmena parisiense. Abajo, a unos metros, la gran marquesina que protegía la entrada del hotel, se despegaba casi horizontal de la fachada, y sus reflectores y las letras del rótulo luminoso vertían en la calzada un deslumbrante resplandor. Por contraste, la parte alta del edificio ganaba en sombras. Esto favorecía los planes del inspector. A su izquierda y a infranqueable distancia, se hallaba el primer balcón perteneciente al apartamento ocupado por «

m'sieur

» Arnold. Aquel balcón sería su meta.

Observó que la fachada, en ciertas fajas verticales, se componía de bloques de piedra artificial, tallados alrededor, en un marco que encerraba el cuadrado central. Estas fajas alternaban con otras casi lisas, a las que ni un mono hubiera podido agarrarse. Ducho en escalamientos, teóricamente halló la solución.

Y sin pensarlo más, alzó la pierna derecha. Cuando estaba a caballo en la barandilla de hierro, advirtió a Mains, que le observaba asombrado y sin atreverse a disuadirle del arriesgado intento:

—Si me estrello, vosotros no me identificaréis.

Seguiréis la labor, como si nada hubiese ocurrido. Si ves que entro por aquel balcón, aguarda el tiempo que sea; si es mucho y oyes que ellos han regresado, está atento a la puerta de su apartamento, por si me hubiesen cogido y quisieran conducirme a otro lugar más seguro. En este caso, actúa a tu gusto.

El agente despidió al inspector con un movimiento afirmativo de cabeza, porque notaba un nudo en la garganta y no podía articular ni una palabra.

Rodman Slatter comenzó a descender, apoyando con sumo cuidado las puntas de los zapatos de goma en los entrantes de la crestería. No quería mirar abajo y tampoco pensar en lo que le sucedería si daba un resbalón o se le escurrían los dedos al desprenderse algún trozo de mortero.

A duras penas conseguía refrenar su agitación interior. No ignoraba que exponía su vida en un ejercicio peligrosísimo. Habría preferido estar frente a un revólver y no imitando a los escalatorres.

Conforme descendía, aumentaba el temblor de los músculos de sus piernas y el dolor de las articulaciones de sus pies. Con el cuello torcido y la mejilla izquierda rozando la áspera piedra, se pegaba materialmente a la pared, como ansiando fundirse con ella; en cuanto el centro de gravedad de su cuerpo pasase con exceso al otro lado de la vertical, perdería el equilibrio y le recibiría sin compasión el pavimento de la calzada.

Cuando dejaba de silbar levemente, el jadeo le sonaba angustioso en los oídos. Silbando, no «oía» la atracción mortal de la calle.

Por fin, al bajar una vez más el pie derecho, tropezó con una vigueta metálica de la marquesina. Sintió tentaciones de soltarse y tenderse sobre los gruesos y traslúcidos cristales. No lo hizo así; el tiempo era su peor enemigo. Si alguno de los huéspedes de la primera planta se asomaba al balcón, daría el grito de alarma, tomándolo por un ladrón. Apenas recobrarse el aliento y se le normalizase el pulso, se deslizaría a lo largo de la marquesina, hasta situarse al pie de la otra faja de bloques cuadrados. A la derecha de esta faja, en la zona lisa, y a la altura del segundo piso, se hallaba el primer balcón del apartamento de Arnold.

Se mantuvo en pie, aunque recostado en la pared, procurando no pisar en las láminas de cristal, sino en el almacén de hierro.

En cuanto se hubo repuesto, anduvo con relativa comodidad, hasta el extremo de la marquesina, y de nuevo volvió a apoyar la punta de los flexibles zapatos en los entrantes y a destrozarse las uñas de las manos, esta vez ascendiendo. Ahora miraba hacia arriba, afanoso por alcanzar cuanto antes su meta. Creyó descubrir un bulto en uno de los balcones. Se detuvo. Dedujo, con alivio, que se trataba de su compañero Mains. Reanudó la subida, alargando los brazos cuanto le era posible, con objeto de afianzar bien los dedos. Notaba un hormigueo especial en la piel, por todo el antebrazo, a partir de las muñecas. Él lo había experimentado en otras ocasiones, escalando montañas.

Llegó, por suerte y gracias a sus entrenados músculos, al segundo piso, y se quedó inmóvil prendido a la fachada, como una araña gigantesca. A su derecha, y a la distancia de una yarda aproximadamente, en la superficie lisa, estaba el primer balcón del apartamento 37. No habría sido mucha la distancia si hubiese consistido en saltar desde una base amplia, pero, en aquella postura, el salto podría serle fatal. Escaló un poco más, con objeto de remontar el nivel del balcón, cuyos delgados herrajes se le ofrecían tentadores, como término de una locura y puerto de salvación.

Haciendo acopio de energías, se encogió ligeramente, preparando todos los músculos de su cuerpo de atleta, especialmente los de las piernas. Conteniendo la respiración, se lanzó al vacío y alargó los brazos. La pared le rozó la cadera izquierda y tuvo la impresión de que un hierro candente se la

quemaba, a la vez que se sentía como arrojado a un abismo, silbándole el aire en los oídos.

Las palmas de sus manos golpearon fuertemente la barandilla metálica; fue un choque terrible, pero lo había conseguido. Hábilmente, elevó los pies, que le sirvieron de amortiguadores al tropezar con la parte baja del herraje e impidieron que le diese el pecho contra el balcón. Estuvo colgado durante unos momentos, celebrando interiormente su triunfo. Abajo, en el fondo, el mundo continuaba ignorante de que él acababa de jugarse la vida con mayor peligro que el de un equilibrista.

Mediante un último esfuerzo, salvó la barandilla y se encontró dentro de la alcoba de «

m'sieur

» Arnold, pues tenía la vidriera abierta y solamente echada una cortina. No captó ningún ruido en la habitación. Del bolsillo extrajo una diminuta linterna, de cuya luz se sirvió para cerciorarse de que no había nadie en el dormitorio, como tampoco en las otras estancias que componían el suntuoso apartamento.

Volvió a la alcoba, donde había descubierto una maleta de recio cuero, con cerraduras especiales. Se dispuso a forzarla. Seguro de no ser sorprendido, encendió la lamparilla de noche.

Tras un cuarto de hora de esfuerzos, pudo examinar a placer el contenido de la maleta. Fue inmediato su desencanto: no halló nada de interés y también se convenció de que no existía fondo secreto.

Uno a uno, registró los cajones de los muebles, deteniéndose en el monumental armario, donde se alineaban, colgando de las perchas, un par de docenas de trajes, «

m'sieur

» Arnold gustaba de vestir bien y de no llevar más de cinco horas al día el mismo traje. Igualmente infructuosa fue su búsqueda en el salón. Allí no había más papeles que los de las revistas, ningún documento escrito a mano o mecanografiado.

Corroboró Slatter su opinión sobre Arnold: era demasiado listo para guardar documentos comprometedores en una habitación de hotel, por muy resistente que fuese la cerradura de la puerta.

Pasó al cuarto de baño, de baldosines azules, fileteados, y miró hasta entre las toallas. No encontró nada.

Se disponía a retirarse, decepcionado, cuando le pareció oír el

ruido de una puerta al abrirse. No estaba equivocado. A continuación escuchó las voces de varias personas que acababan de entrar en el saloncito del apartamento. Arnold y sus compinches habían regresado.

Le era imposible la huida por el balcón. No le restaba otro recurso que buscar un buen escondrijo y, posiblemente, se enteraría de algo valioso. Además, si Arnold terminaba despidiendo a sus secuaces, sería la ocasión ansiada para entrevistarse con él a solas y exigirle rendición de las cuentas pendientes.

Saliendo a la alcoba, se dirigió al balcón. Los zapatos de goma no producían el menor crujido en el «*parquet*». Se escondería tras de las cortinas. Si tenía la mala suerte de que a alguien se le ocurría asomarse a la calle y lo descubría, se defendería con el revólver que llevaba en la sobaquera, y que él se pasó, entonces, a su lugar preferido: entre el pantalón y la camisa. Era una costumbre suya, que ni los profesores de la Academia habían podido quitarle.

Oculto detrás de la cortina de seda, intentaba escuchar lo que se decía en el salón. Habría dado un millón de francos por fumar un cigarrillo. Se lo pedía su organismo, después de las acrobacias realizadas, más le contenía el temor a que el humo delatase su presencia. Oyó la voz de Arnold, bromeando:

—No ha estado mal del todo; podía haberlo hecho peor. Sus cuerdas vocales deben de tener mucha semejanza con los élitros de un grillo.

—¡Qué exagerado! —exclamó una voz de mujer, a la que Slatter no le era posible identificar por no conocer a la linda Lisette—. ¿Qué te ha parecido a ti, Govain?

—De canto estaría mal, pero de frente... de frente no tenía desperdicio —fue la contestación de un hombre.

Sonaba otra voz masculina de timbre desconocido para el inspector. La conversación de los cuatro prosiguió durante unos minutos en el salón y, por último, la voz del que debía llamarse Govain dijo:

—Es ya muy tarde. ¿Nos vamos, Lisette?

Escuchó las despedidas, tan simples como las propias entre personas honradas, y hubieron de salir Govain y la mujer, pues Rodman sólo oyó dialogar a Arnold y a otro, al que el jefe llamaba King.

El del

F. B. I.

sentíase inclinado a asomarse a la habitación contigua, para conocer al tal King, pero temía ser descubierto. De todas maneras, se alegró de escuchar lo que hablaban.

—¿Has conseguido la carta de la muchacha? —preguntó Arnold.

—No. Se resiste a escribirla. Pide que la matemos, antes que obligarla a servirnos de cebo con su amigo.

—Vete pronto, y trabájala, Es necesario que yo tenga la carta en mi poder mañana por la mañana. Hace un rato me han comunicado noticias muy importantes. Estamos a punto de localizar al agente del

F. B. I.

—¿Al fin?

—Sí, trabajo ha costado. Los informes, fidedignos por completo, aseguran que Rodman Slatter, que ha sido ascendido a inspector últimamente, vino a París hace unos días, acompañado de dos agentes. Los tres están incorporados a la Interpol. En consecuencia, ya no podremos denunciarlos a la Policía, acusándolos de espías. Slatter dispone ahora de mayor libertad de movimientos. Nuestras influencias políticas no podrán conseguir que sea expulsado de la Interpol y se le despoje de su autoridad. Alegan nuestros amigos que tal cosa sería irritar en exceso al Gobierno de los Estados Unidos. Bajo ningún concepto se desea poner más tirantes de lo que están las relaciones diplomáticas con la gente de tu país. Se cortaría el suministro, ¿comprendes?

—Sí; pero es mal asunto. Por lo que me habéis contado que hizo aquí hará unos meses, y conociendo yo la fama de que gozan los federales, vamos a tener jaleo, y bien gordo.

—Por eso es imprescindible apoderarse de Slatter enseguida. Sus amigos caerán después. Nos interesa él, en primer lugar, antes de que hable con unos y con otros y consiga ir acumulando datos respecto a nuestras actividades. Lo que estoy es realmente extrañado de que aún no haya atacado. Con su temperamento, no lo comprendo. Consigue, a toda costa, que la Droysk escriba una carta en la que pida auxilio a Slatter y diga que se la envía por mediación de uno de la banda que no es mala persona y espera recibir dinero a cambio de su servicio. Que no olvide poner la dirección de la casa

de Frelet.

—¿No será arriesgado, jefe? Si le facilitamos la dirección del refugio, él solicitará ayuda de la Policía francesa, rodearán el edificio y no se escapará ni una rata.

—Estoy seguro de que no pedirá ayuda a nadie. Conozco bastante a Slatter. A lo más, le secundarán sus amigos. Y sería estupendo, porque atraparíamos al trio completo. ¡Anda! Mañana por la mañana quiero aquí el escrito. No le impidáis que diga las tonterías amorosas que desee. Serán un incentivo más para el del

F. B. I.

—Hasta mañana, entonces. Cuente con la carta.

Rodman Slatter temblaba de ira en su escondite. Contenía a duras penas el sentimiento que le impulsaba a irrumpir en el salón y amenazar de muerte a los «gángsters» si no le conducían al sitio donde tenían prisionera a Sanga. Le mantuvo inmóvil el miedo a acelerar de tal manera los planes que todo se perdiese. Deducía que Sanga estaba encerrada en la casa misteriosa de la calle Vaugirard, al recordar los informes de sus agentes. Prefería que el tal King se marchase, para él, a continuación, apoderarse de Arnold. Luego ordenaría a Mains que se hiciese cargo del jefe, y él se encaminaría a salvar a Sanga antes de que la torturasen.

Su proyecto se derrumbó al sentir un portazo, después del dado por la salida de King. Permaneció en su escondite, intentando descubrir la causa. El silencio que se hizo en todo el apartamento le convenció de que Arnold, apenas se marchó el americano, había salido también. De nuevo se encontraba solo en el piso y sin poder salir por el balcón. Tendría que emplearse a fondo con la cerradura de la puerta y usar de su mejor arte en forzarla a fin de no llamar la atención de la camarera de turno o de quien pasase por el corredor. Tal como supuso, Arnold había echado la llave desde fuera.

De un estuche plano y de cuero flexible, eligió una ganzúa singular, de las que únicamente disponen los servidores del «Federal Bureau of Investigation», invento de uno de sus profesores. Con aquel aparato, desconocido por los ladrones, no le sería imposible abrirse paso.

Daba comienzo a la tarea, empezando por estudiar la estrecha abertura, cuando un repiqueteo sonoro y metálico le hizo erguirse repentinamente. Al principio creyó que era alguien, pulsando el

timbre de la puerta de entrada, luego localizó el ruido en el salón. El teléfono estaba sonando.

Slatter permanecía indeciso. La curiosidad le impelía a tomar el auricular. Mas sería arriesgarse a levantar sospechas en la persona que llamaba a Arnold, sin duda alguna. La curiosidad profesional le condujo junto al aparato. Y colocando el pañuelo sobre el micro, a modo de velo, lo descolgó, llevándoselo a la oreja.

—¡Diga! —exclamó, imitando en lo posible el tono de «*m'sieur*

» Arnold.

—«Hallo», Arnold! Soy Ram. El «jefe grande» me encarga vigiles al huésped del cuarto próximo al tuyo; es un individuo solo, pecoso, jovencito... Se ha recibido ahora una información que lo declara amigo del americano. ¿Entendido? ¡Ah! Pregunta el «big» si has conseguido la carta de la muchacha —al no atreverse a responder Slatter, se oyó gruñir al brutal Ram—: ¿Qué ocurre? ¿Te has quedado sordo o mudo?

—No —repuso, al fin, el inspector—. Estaba pensando. Bien, ya hablaré yo con vosotros. Ahora estoy muy ocupado. «Au revoir»!

Al cortar la comunicación, lo acabado de escuchar le mantuvo ensimismado, sin acordarse de que se hallaba en terreno enemigo y que de un momento a otro podría regresar Arnold. Meditaba sobre cuánto le había notificado el tal Ram, el hombre de la voz bronca. Resultaba que ya habían descubierto a Mains o a Bugs, a uno de los dos, puesto que ambos habitaban en el mismo piso del hotel, y sería Mains probablemente, puesto que decían que era un individuo pecoso. Mains estaba en peligro. Tendría que avisarle enseguida, con el fin de que huyese del hotel.

Se dirigía ya Rodman hacia la puerta, a proseguir su trabajo en la cerradura, cuando unas palabras, de las oídas por teléfono, le hicieron reflexionar más. «El jefe grande». «El big». Esto desconcertaba a Rodman, que, hasta entonces, había creído que el jefe de la banda era Arnold, aun cuando, además, existiesen otros elementos de categoría, políticos, policías y empleados oficiales; pero ninguno de ellos en calidad de «jefe grande». Tal conocimiento constituía una revelación asombrosa para él. Llegó a la conclusión certera de que Arnold sólo era el jefe que figura, manejado desde el anónimo por un criminal inteligente.

Satisfecho de haber descubierto la verdadera composición de la banda y contrariado ante la perspectiva de faltarle la identidad del «jefe grande», puso manos a la obra, para salir cuanto antes del apartamento y comunicar las importantes nuevas a sus compañeros.

Estaba manejando la ganzúa, cuando sintió que alguien se detenía al otro lado de la puerta, en el corredor. El tintineo metálico de unas llaves le puso en aviso de lo que iba a ocurrir de un instante a otro. Retirando la ganzúa de la cerradura, retrocedió por el pequeño saloncillo de la entrada, cruzó a grandes zancadas el salón y pasó a la alcoba.

Oyó pasos en el salón. Alguien había entrado, y las pisadas no parecían de Arnold, que acostumbraba a andar con suavidad, siempre elegante en el vestir y en los movimientos. Slatter fue a refugiarse tras de la cortina de seda, junto al balcón.

Precavido y decidido a defender su vida como fuese, empuñó el revólver. No quería asomar la cabeza, a observar al recién llegado, que se hallaba ahora en el cuarto de baño, haciendo funcionar el interruptor eléctrico.

A los pocos momentos, escuchó que pasaba al dormitorio. Oía su ruidosa respiración, de hombre poseedor de grandes pulmones. Se hizo la luz de la lámpara cenital y ya, Slatter, a través del tejido de la cortina, distinguió la silueta del individuo. Era un tipo corpulento, casi un gigante. El joven se arrinconó aún más, pidiendo a los ciclos que le concediesen la fortuna de no ser descubierto en aquellas circunstancias, puesto que su primera meta era avisar a Mains de que estaba en peligro y de que existía un jefe por encima de Arnold.

De súbito, apareció ante su vista un brazo de descomunal tamaño, que descorrió velozmente la cortina.

Y Slatter quedó frente al bestial Ram, el criado de confianza del «big boss». La sorpresa paralizó también al gigante, de mente torpe y de reflejos tardíos. Respecto al inspector, la visión de un tipo tan monstruoso, de faz tan horrorosa, le anonadó. Cuando quiso hacer uso del arma, para intimidarlo, el revólver le saltó de la mano y voló a un rincón, a impulso de un manotazo del gigante.

Ram no acostumbraba a emplear armas de ninguna clase. Disponía de dos tenazas más fuertes que si fuesen de acero: sus manos. Se rió a carcajadas, con su risa escalofriante, al presenciar el

asombro del individuo al que acababa de encontrar en el cuarto de
«

m'sieur

» Arnold, y a quién no conocía.

—¿Quién eres? —preguntó, con su vozarrón de trueno, abriendo los brazos en cruz y acorralando a Slatter contra la barandilla del balcón.

—No me haga usted nada —suplicó el inspector, fingiendo gran pavor, más del que sentía realmente, porque en un santiamén había fraguado la comedia que le permitiría salvarle de ser arrojado al vacío—. Vine a... a ver si encontraba alguna cosa de valor. Estoy sin comer desde hace dos días y me metí aquí...

El gigante inquirió, sonriendo, dejando asomar por entre sus labios unos dientes largos, puntiagudos y negruzcos:

—Tú has sido el que me has contestado por teléfono, hace un rato, ¿verdad? Me dijiste que estabas pensando en lo que te había dicho, ¿verdad? —Aumentaron de grado sus carcajadas, y entrecortadamente, prosiguió comentando—: Ya me extrañó a mí... Me olí que había gato encerrado, y he tenido la suerte de pillar al gato. Ladrón o no, vas a pasarlo mal, porque te has enterado de algo...

La mente de Slatter comenzó a serenarse y sus pensamientos se ordenaron, pasada la sorpresa inicial. Conocía a los hombres, y no ignoraba que se hallaba a merced de un esquizofrénico, de un ser anormal que no repararía en matarlo sin hacer averiguaciones de ningún género, sino simplemente por el placer de matar. Rodman Slatter no era cobarde y tampoco le amedrentaba la corpulencia de su antagonista, pues él había sido uno de los mejores alumnos de la clase de lucha libre en la Academia de Quántico. Si era derrotado, porque el gigante debía de poseer unas fuerzas hercúleas, no sería por falta de haber peleado con bravura.

Preparándose disimuladamente, mientras el otro continuaba riendo y hablando, dio un salto al frente, pasando encogido, como una exhalación, junto a la cadera derecha del bestia y por debajo de su brazo en horizontal. Rodó por el «*parquet*», habiendo tenido la habilidad de chocar con el nacimiento de las espaldas, y de un brinco se puso en pie, en medio de la alcoba. Había conseguido romper el cerco y librarse de ser lanzado a la calle.

Ram giró sobre sus talones, pesadamente, con la torpeza de un rinoceronte. No había desaparecido de su faz la sonrisa brutal; él daba por segura su victoria. Casi todas sus víctimas habían forcejeado antes de que él las estrangulase y nadie se salvó, a excepción de Moreau. En el presente caso, él se dispuso a disfrutar a lo grande. Para él era una diversión jugar con un ser humano, de igual manera que el gato juega con el ratón. Como tenía la certeza de haber echado la llave a la puerta del apartamento, el ladrón aquel, o lo que fuese, no se le escaparía.

Con la inexorabilidad y la fortaleza de un tanque, avanzó Ram, los brazos adelantados y los nervudos dedos prestos a hacer presa en el cuello de su contrario. Confiaba en que el otro retrocedería, aterrorizado, y así se iniciaría la persecución dentro del apartamento, al juego que él deseaba antes de matar.

Por su parte, Slatter, que lo veía aproximarse, no rehuyó el encuentro; no acostumbraba a volver la espalda a sus enemigos, por hercúleos que fueran. Agachándose, para zafarse de sus manos, dio un paso adelante, rápido, y le descargó un puñetazo al estómago. Ram se rió, como si en vez de un golpe se le hubiesen hecho cosquillas; sin embargo, cometió la equivocación de encoger los brazos, pretendiendo agarrar al joven. Quedó su cara al descubierto, y Slatter, que había cambiado de posición, le clavó un directo en la boca, cortándole la bestial risa y partiéndole los labios.

El asombro del coloso es indescriptible. Jamás había pensado tropezarse alguna vez con un hombre capaz de aporrearle con tal contundencia. Antiguo luchador profesional y retirado del «ring» por sus malas artes, no había vuelto a encontrarse con nadie, entre los «gángsters», que tuviese suficientes agallas para desafiarle.

Reaccionó arrolladoramente. Escupiendo sangre; con un rugido de fiera se lanzó en tromba contra el del

F. B. I.

Éste rehuyó la acometida, dando un salto de acróbata y subiéndose encima de la cama, de donde se apeó antes de ser atrapado.

La lucha se asemejó, a partir de entonces, a la pelea entre un oso y un perro. Atacaba Ram, y Rodman lo esquivaba, no sin «acariciarle» la cara con un puñetazo. El gigante manoteaba en el vacío; no podía competir en agilidad con su contrincante.

Tal rabia cegó a ambos, que ninguno de los dos se acordó de que

en uno de los rincones yacía un revólver. Encendida la sangre, su único afán era destruirse a zarpazos y dentelladas. Ram conseguía acorralar al inspector, pero éste se escabullía y volvía a la carga, atacándole por detrás, hundiéndole con sus férreos puños las partes vulnerables.

Caían encima de los muebles, rompiéndolos, más el ruido de la lucha no podía llegar al corredor, debido a que el pequeño vestíbulo y el salón se hallaban delante de la alcoba. El único que los estaría oyendo sería el huésped del cuarto contiguo, por separarles un tabique medianero, Mains, más éste, cumpliendo las órdenes del inspector, no se atrevería a derribar la puerta y a causar tan gran alboroto en el hotel.

Al fin consiguió el coloso agarrar de una pierna a Slatter. Habían resbalado los dos en el encerado «*parquet*» y Ram aprovechó la caída. Tumbado en el suelo, Rodman tiraba de la pierna, inútilmente, pues ninguna fuerza humana sería capaz de abrir la mano de Ram.

—¡Ya te cacé, maldito!

En efecto, pese a su resistencia, el del
F. B. I.,

era arrastrado, y de un instante a otro se hallaría su cuello al alcance de las garras de su rival. Tuvo el buen acierto de utilizar la pierna libre como ariete. Aunque el zapato era de goma, descargó tan gran puntapié en las narices de Ram, que le hizo cerrar los ojos, a causa del dolor.

Aún cogido, Slatter se sentó en el piso y sus brazos parecieron las aspas de un molino a toda velocidad, machacando el cráneo del gorila humano. No eran golpes dados a tontas y a ciegas, sino estudiados, medidos, eligiendo las zonas más endebles, tal como le habían enseñado en Quántico. Bajo la lluvia de «hachazos», Ram comenzó a experimentar un mareo adormecedor. Se le relajaron los dedos y aflojó la mano que asía la pierna de su contrario. Fue un instante de desvanecimiento el suyo, pues, en cuanto dejó de recibir la serie de golpes, se rehízo, aunque tardíamente.

Ya Rodman se había puesto en pie, y aguardaba, encorvado, con las piernas abiertas y los brazos al frente. Eludía el cuerpo a cuerpo, temiendo llevar las de perder.

Sacudiendo la cabeza, tumefacta por los golpes, como león que

agita la melena, Ram se irguió, imponía su cara deformada y sangrienta, contraída por una mueca bestial. Un velo sangriento oscurecía su visión. Divisaba el bulto de su enemigo y dio un salto prodigioso, pretendiendo aplastar con su enorme mole a Slatter. Éste, en vez de echarse a un lado, inclinó la cabeza, puso en tensión los músculos de la cintura y de las piernas y recibió en las espaldas al coloso abalanzado en «plongeon». Y en cuanto lo sintió encima, aprovechando el mismo impulso del otro, se levantó, mediante un esfuerzo extraordinario y poderoso. Como lanzado por una catapulta, así salió despedido Ram, por el aire, describiendo una trayectoria que le llevó a arrancar la cortina de seda y a desaparecer por el hueco del balcón.

Sonó un grito de espanto, de terror cerval, y, después, se escuchó un golpe estrepitoso y un ruido de cristales rotos. De la calle se elevaron gritos de alarma.

Rodman, jadeante, deshecho materialmente, se asomó a la calle. Apoyado de bruces en la barandilla, observó el enorme cuerpo del criminal, tendido a través de las viguetas de hierro de la marquesina. Su absoluta inmovilidad indicaba que había muerto, estrellado contra el metal, más duro que su osamenta.

Los gritos de la gente sacaron a Slatter de su inconsciencia, advirtiéndole de que no debía demorarse ni un solo momento en salir de aquel apartamento. No tardarían en deducir que la defenestración se había hecho por uno de los balcones del hotel, y registrarían todos los apartamentos que se hallaban en aquella vertical.

Recogiendo el revólver, se dirigió a la salida. Sus anteriores intentos de forzar la cerradura le valieron ahora para ahorrar tiempo. Tardó unos minutos, nada más, en abrir. En el corredor no se notaba ningún síntoma de alarma; pasaban charlando dos jóvenes con trajes de noche. Él, fingiendo ser el legítimo ocupante del apartamento 37, echó a andar. En cuanto se hubo convencido de que las muchachas no volvían la cabeza, tocó el timbre del apartamento contiguo. La puerta se abrió al instante; Mains estaba aguardándole.

¿EL MEJOR ALMANAQUE DEL AÑO?
Sin duda alguna, el
EXTRAORDINARIO
DE
AVENTURAS DEL F. B. I.

VII

REMORDIMIENTO



N la misma noche que habían ocurrido tan trágicos acontecimientos en el Mennechet Hotel, una hora más tarde, en la misteriosa casa de la calle Vaugirard, se desarrollaba otra escena no menos dramática.

En el calabozo del subterráneo, Alexander King, el capitán de las fuerzas de choque de la banda, empezaba el interrogatorio de Sanga Droysk. Él, sentado en la única silla, con el sombrero echado hacia atrás, tal vez intentando endurecer su aspecto de bebé rollizo, y fumando un cigarrillo, contemplaba a la joven, que estaba sentada en el catre y mirando, como quien mira a una serpiente, una pluma estilográfica, un sobre y una cuartilla de papel en blanco.

—¡Vamos! ¡Escribe! ¿Acaso no sabes escribir, siendo traductora?

Ella, cada vez más pálida, no respondía. Se mantenía quieta, en actitud de resistencia pasiva.

Será inútil que te enterques en no escribir a tu querido americano, insistía él; mofándose, sin impacientarse, confiado en que, al fin, conseguiría su propósito. Principia, si quieres, yo te dictaré. Escribe: «Amor mío: Los hombres de Arnold me tienen secuestrada en el sótano de...». ¡Ah! No empiezas. ¿Es que no te gusta ese comienzo? Pues, entonces, pon: «Mi querido Slatte: Te remito esta carta por medio de uno de los hombres de Arnold, que, por dinero y por lástima, se ha prestado a llevártela. Él te contará en la situación que me encuentro. Me han martirizado sin cesar, por arrancarme cuánto sé sobre ti. Yo me he resistido, porque mi amor es...». ¿Tampoco te agrada ese estilo? ¡Vaya, vaya! Lo siento, amiga mía, resulta que no sé redactar a tu manera. ¿Por qué no lo haces tú misma? Ya sabes lo que deseo de ti. Escríbelo y te dejaré en paz. Si lo haces, dormirás una noche tranquila.

Sanga levantó la cabeza y miró despreciativamente al norteamericano, diciéndole, en tono firme:

—Me importa poco sufrir un poco más. No tardará él en venir a buscarme. Lo sé, me lo dice el corazón. Pero no seré yo quien lo atraiga con una carta, por mucho que me obliguéis. Vendrá él cuando lo crea conveniente y con los hombres necesarios para apresaros a todos vosotros. Haz de mí lo que quieras. Tendrás que matarme, y muerta ya no podré escribir.

La serenidad con que había hablado la mujer, impresionó al «gángster», habituado a hacerse obedecer. Ya conocía, de «sesiones» anteriores, la entereza de ánimo de Sanga Droysk, y lo atribuía a que Arnold era menos astuto que él.

Durante una media hora prosiguió empleando su método, que él llamaba pedagógico, más sin conseguir el menor resultado positivo. Sanga permanecía callada, con la vista clavada en el suelo, insensible a los consejos que tan pronto tomaban un cariz amenazador como halagüeño.

La paciencia de King rebasó los límites, y sus nervios se desataron. Apartando la silla de un puntapié, se aproximó a la mujer, con el brazo derecho en alto:

—¿Escribes o no?

No obtuvo respuesta. Sanga seguía inmóvil como una estatua.

Por tres veces abofeteó a la mujer, derribándola sobre el catre. Las maldiciones y las blasfemias brotaban sin tregua de sus labios. Sanga, llorando silenciosamente, se cubría la cara con las manos, pero no replicaba ni tomaba la pluma estilográfica.

Contuvo la ira de King, la entrada en el calabozo de Frelet, el individuo delgado que nunca apartaba la colilla de sus labios.

—¿Qué pasa, King, se niega a escribir?

—Esta pécora va a terminar con mi paciencia. Por más que le he dicho, se mantiene en sus trece. No concibo que se quiera tanto a un hombre...

—¿Por qué no me dejas emplear mis métodos? Cada maestrillo tiene su librillo y el mío no es de los peores.

—¿En qué consisten tus métodos? Con tal de poder entregarle la carta a Arnold, mañana por la mañana, me importa un bledo que la deshagas. Empieza cuando quieras. Y yo te ayudaré. Se las da de dura; a ver si tú la pones más blanda que la cera.

—Aguarda unos instantes. Voy arriba, por unos instrumentos que me harán falta. Vosotros, los americanos, sois poco detallistas. Desconocéis muchos refinamientos y es porque no tuvisteis Edad Media. Te recomiendo que leas a fondo ese periodo de la historia europea; aprenderás mucho. ¿Te apuestas diez mil francos a que la hago hablar, antes de media hora?

—Van apostados. Anda, y no te entretengas.

Frelet salió del calabozo, tarareando una canción de moda, demostrando el encanallamiento absoluto de su alma. De dos en dos subió los escalones.

En la planta baja se encontraban, jugando a las cartas, tres miembros de la banda. Tenían las chaquetas quitadas, y las pistoleras colgadas del respaldo de las sillas.

Pasó Frelet a la otra habitación, donde se hallaba solo Moreau, el joven de aspecto de intelectual, leyendo un libro grueso.

—¿No te acuestas todavía? —le preguntó Frelet, mientras abría el cajón de la cómoda.

—No tengo sueño. Ésos no me dejan dormir, con sus voces. Oye: ¿Qué pasa abajo?

—Es King, que lleva un rato largo con la muchacha, y aún no ha conseguido que escriba la carta para atraer a su novio. Me he

apostado con él diez mil francos, a que yo lo consigo. ¡Y tanto que lo conseguiré!

—¿Cómo?

—¡Ah! Secreto profesional —aseguró cínicamente Frelet, sacando una caja de proporciones regulares—. Aquí dentro guardo unas herramientas muy útiles para estos casos. Por ejemplo, con unas pinzas especiales, colocadas en un sitio también muy especial, hago hablar a un mudo. Ya, te enterarás. Estás invitado a un trago, a costa de los billetes que tendrá que pagarme King.

Y Frelet salió de la estancia, con la caja bajo el brazo. Moreau no pudo seguir leyendo. Miraba las líneas, pero su pensamiento no recogía el significado. Meditaba sobre lo que el desalmado de Frelet y el fatuo de King harían con la pobre prisionera, con la infortunada mujer que prefería morir a servir de cebo a los enemigos de su novio. Ella se sacrificaba por el amor de un hombre.

A él también le hubiese gustado ser amado con tal intensidad. ¡Lisette! Si Lisette le hubiese querido de veras, no se habría vendido por unas monedas ni renegado de su amor. Lisette era perversa, una mujer sin corazón; por el contrario, la llamada Sanga demostraba poseer una recia voluntad, un carácter firme y un sentido admirable del sacrificio por la persona amada.

Un grito femenino, penetrante como la punta de un puñal, hendió el aire. Moreau se estremeció, al pensar en los verdugos... Quiso desentenderse de lo que no le atañía, pero la lectura se le hizo incomprensible. Su cerebro lo ocupaba una escena horrible, en la que se atormentaba a una indefensa mujer...

Nervioso, excitado, se levantó del asiento y, arrojando el libro, pasó a la otra habitación. Los tres «gangsters» continuaban jugando, bebiendo y blasfemando, cuando les tocaba perder, insensibles a lo que estaba sucediendo. Un segundo alarido, todavía más desgarrador que el primero, sólo arrancó unas sonrisas estúpidas de aquellos criminales. Moreau había empalidecido y respiraba, anhelante, el aire cargado de humo de tabaco. Su cuerpo se hallaba junto a los jugadores, más su pensamiento estaba en el sótano.

El compadecía a Sanga, desde el primer día en que la vio. Enterado de que su pecado, su culpa ante los ojos de Arnold, era sólo su amor por el del

F. B. I.,

le obligaba moralmente a salvarla.

Lo vio todo rojo, como si la sangre de sus venas se le agolpase en la cabeza. Sin saber realmente qué hacía, agarró uno de los revólveres que colgaban de los respaldos. Ninguno de los «gángsters» se percató de su maniobra, entretenidos en la partida, Y Moreau, guardándose el arma en el bolsillo de la chaqueta, salió de la habitación.

Y bajó al calabozo, de donde partían los gritos terroríficos. No quiso fijarse en la prisionera, porque temía presenciar algo espeluznante, y se sabía tan culpable, indirectamente, como aquellos dos malvados. Los miró a ellos y les dijo, enérgico:

—¡Dejadla en paz! ¡La vais a poner en libertad ahora mismo, porque yo lo mando!

Volvieron la cabeza los verdugos, sorprendidos por la inesperada presencia del joven, y creyendo que sus palabras eran obra de una locura repentina, Alexander King se echó a reír, burlándose de él:

—¿Qué mosca te ha picado, Moreau? Lárgate y ándate con cuidado si no quieres que hagamos igual contigo.

—No lo haréis conmigo ni volveréis a hacerlo con ella —aseguró siniestramente el joven, sacando el revólver.

King y Frelet no daban crédito a lo que veían sus ojos. Aquella rebelión nunca se había dado entre los miembros de la banda. Ambos lo habían tomado a chacota, pero al observar la expresión homicida de Moreau, supieron que no se trataba de una broma. Los dos «gángsters» fueron a salirse de la línea de tiro y a sacar sus respectivas armas. No lo consiguieron. Disparó por cuatro veces el revólver del joven de los lentes. King y Frelet se desplomaron, heridos mortalmente, castigadas, en esta vida sus iniquidades.

Las detonaciones retumbaron en el abovedado recinto, saturándose de humo el ambiente. Sanga permanecía inmóvil sobre el catre, desvanecida a causa del tormento sufrido. Volviéndolos boca arriba con el pie, Moreau se cercioró de que sus excompañeros ya no podrían repetir sus crímenes por nunca jamás. Quedó indeciso, pasado el arrebato, dudando sobre la determinación a tomar. Pero no tuvo que tomar la iniciativa.

Los «gángsters» que se hallaban en la planta baja, alarmados por las detonaciones, bajaban corriendo, intrigados. Dos de ellos empuñaban sendas armas. El ruido de sus pisadas sacó a Moreau del

letargo en que parecía haberse hundido, y se asomó a la puerta. No ignorando el final que le aguardaba, si se entregaba temeroso, descargó sobre los rufianes las últimas balas del tambor.

Uno se derrumbó, herido en el vientre; los otros dos retrocedieron a toda prisa, huyendo como ratas, y regresaron a la planta superior. Moreau, después de apoderarse de las armas de King y de Frelet, anduvo a lo largo del pasillo, pasó por encima del caído, que se retorció entre estertores, y, se apostó al pie de la escalera, decidido a no dejar que bajase nadie. Le sería factible prolongar la defensa mientras le quedase munición.

—Pero ¿qué te ha pasado, Moreau? —le preguntó, sin darse a ver, uno de los de arriba.

El joven no contestó. A su silencio siguió una descarga de los «gángsters» tirando a ciegas y a locas, pues no se atrevían a asomar la cabeza. Sus proyectiles arrancaron esquirlas de cemento de los muros. Moreau no les correspondió. No le habría servido de nada gastar unas cápsulas.

—No seas loco, Moreau. Entrégate, y juramos que no te haremos nada.

Esta vez sí apretó Moreau el gatillo, irritado de que empleasen tan burdo ardid para incitarle a entregarse. Sabía de antemano el final que le aguardaba, si cometía el error de caer vivo en manos de los bandidos.

Lo que oyó a continuación, dicho en tono quedo, le inquietó grandemente. Uno de los «gángsters», que seguían escondidos, en la otra planta, recomendó a su compañero:

—Convendría que fueses a hablar por teléfono con «

m'sieur

» Arnold. Dile que a King y a Frelet los ha liquidado ese loco. Nosotros no somos quiénes para decidir esta cuestión; además, Moreau no se va a dejar coger tan fácilmente como queremos. Anda. Avisa a «

m'sieur

» Arnold y cuéntale lo que pasa, y hazlo de manera que no te entienda el de la centralilla del hotel.

VIII

EL ASALTO



en el cuarto que los del
F. B. I.

tenían alquilado en la casa edificada al principio de la calle Cardinet, Blatter, Mains y Bugs, que también había abandonado el Mennechet Hotel, trataban de la próxima etapa a cubrir en su investigación. Mientras el inspector se reponía de la pelea dentro de un baño de agua templada, Mains volvía a contar a Bugs, esta vez minuciosamente, cuánto había ocurrido en el apartamento 37 del hotel.

Sumergido en el agua, Rodman trató con ellos del asalto

N aquella misma noche,

inmediato al refugio de la banda. Nuevamente desatendió las advertencias de sus compañeros.

—Me vestiré enseguida y saldremos hacia allá, sin discusión. Sanga Droysk está en peligro. Si es que no ha sido asesinada.

—No lo harán, Rodman, si necesitan hacerle escribir esa carta. Muerta no les serviría de nada.

—Me temo que Arnold, cuando haya regresado al hotel y haya sabido el final de Ram, querrá borrar todo vestigio de sus delitos. Vosotros no conocéis a Arnold. Es un hombre de hielo. Todo en él es cerebro. He sufrido su crueldad y sé muy bien de lo que es capaz. No es un hombre normal.

Un cuarto de hora más tarde los tres servidores del «Federal Bureau of Investigation» se disponían a salir. Slatte se puso el revólver entre la cintura del pantalón y la camisa, como de costumbre. Pero, además, sacó de su maleta una Luger de último modelo, arma mortífera y de precisión admirable. Se la colocó en la pistolera que le colgaba del hombro izquierdo por debajo de la chaqueta.

Abandonaron su domicilio y anduvieron por la calle Cardinet hasta donde se hallaba el automóvil alquilado por Bugs desde el primer día que arribaron a la capital francesa.

—Yo conduciré —dijo Rodman, sentándose al volante—. Conozco aquel barrio.

Atravesaron el Sena por el Puente Nuevo, a toda velocidad. A tan altas horas de la madrugada el tránsito era casi nulo. Sólo se divisaban algunas parejas de enamorados, un borracho dando tumbos y algún que otro «taxi» cargado de pasajeros jubilosos y vocingleros, disfrutando de la noche frívola de París.

Enfilaron la calle Sevres y poco después llegaban a Vaugirard. Aminorando la marcha, Slatte manifestó a sus agentes:

—Vosotros me diréis dónde podemos estacionar el coche sin que nos vean los de la casa. Conviene no ponerlos en guardia. Vosotros conocéis el lugar por haberlo vigilado.

No aparentaba ser el edificio buscado un nido de criminales. Su fachada estaba deslucida, sin pintar, desde antes de la guerra, sin duda, como otras muchas casas. En sus balcones no se observaba ningún resplandor y todas las vidrieras estaban cerradas. Desde la acera de enfrente y disimulado tras de un árbol, Slatte estudiaba el

edificio, buscando su talón de Aquiles. Entrar por la puerta habría sido suicidarse, porque aun haciendo poco ruido con la ganzúa, los «gángsters» les oirían y no les permitirían ni atravesar el umbral. Al inspector no le importaba causar alboroto, si era inevitable, más le convenía que fuese estando ya en el interior.

No halló mejor solución que intentar subirse a uno de los balcones e iniciar el asalto por el primer piso, en vez de hacerlo por la planta baja. Mains, el imberbe y jovial agente, quedaría en la calle, cortando la retirada en prevención de si alguno de los bandidos pretendía huir en cuanto se originase la pelea. Y, a continuación, Mains demostró poseer un cuerpo robusto, pese a su apariencia de hombre endeble. Para alcanzar los herrajes del balcón, Bugs se subió en sus, hombros y después Slatter trepó por ellos dos, apoyándose en la pared, hasta asirse a la barandilla. A su vez, Bugs trepó por el inspector y al momento ambos se hallaron arriba. Mains cruzó a la otra acera, situándose frente a la puerta de salida.

En el balcón empujó Rodman las vidrieras, que no cedieron, seguramente por tener echada la falleba. No portaban consigo ninguna sustancia adherente, y no tuvo otro remedio que golpear uno de los cristales... Sonaron estrepitosamente el golpe y la caída de los vidrios al suelo. Sin perder tiempo, el inspector deslizó su brazo derecho por el boquete abierto, desechó la falleba y pasaron a la casa, a una habitación en plena oscuridad. Las linternas de bolsillo salieron a lucir. No había nadie en la estancia, desamueblada por completo.

Abierta la puerta, se encontraron en un corredor. Les extrañó sobre manera no ser recibidos a tiros. El silencio reinante en la casa revelaba, al parecer, que nadie había oído la rotura del cristal.

—Baja a ver si encuentras algo —indicó Slatter al corpulento Bugs—, y yo subiré al otro piso, donde creo que tendrán encerrada a Sanga.

Se separaron y el inspector comenzó a ascender con la Luger montada. No había llegado aún al último piso cuando una detonación en la parte de abajo le avisó de que Bugs había tropezado con el enemigo. Velozmente, exponiéndose a resbalar, descendió en ayuda de su compañero.

Estaba Bugs en el último escalón, apostado tras el muro y

disparando contra unos adversarios invisibles.

—¿Qué pasa? —preguntó Rodman.

—Se me cruzó un tipo y le intimé a rendirse. No me hizo caso y lo he mandado a los infiernos. Están en esa parte, a la derecha. Se ha oído hablar y correr. Por los estampidos hay dos armas en funcionamiento.

—¡Cúbreme, Bugs! —le indicó Slatter, dando un salto adelante y cayendo cuan largo era.

Un par de proyectiles le silbaron por encima. Tendido en el suelo, Rodman apretó el gatillo de su Luger. Retumbaron fragorosamente las detonaciones y medio ahogaron un lamento de muerte; alguien había sido tocado de gravedad.

Emulado por su jefe o excitado por el olor a pólvora, Bugs no sólo se puso al nivel del inspector, sino que lo sobrepasó, avanzando y disparando sin cesar. Las luces habían sido apagadas, pero a los bravos servidores del

F. B. I.

les bastaba con disparar contra los fogonazos. Llovía sobre ellos un enjambre de proyectiles, que arrancaban yeso de las paredes, y astillas del entarimado del piso. Se les ofrecía una fuerte resistencia y se vieron obligados a buscar algún parapeto provisional; los bandidos parecían estar bien resguardados.

Con gran sorpresa oyeron de pronto que en algún lugar de la casa, como si fuese un subterráneo, disparaban repetidamente. Y no era contra ellos. Slatter temió lo peor. Saliendo a la descubierta, agazapado, descargó la pistola en hacer puntería sobre los bultos que se movían. A los ecos de los recios estampidos se unieron ayes de dolor. En aquella parte, los del

F. B. I.

no encontraron más obstáculos, pero al intentar pasar a la sala contigua, una andanada de proyectiles les cortó en seco el avance, obligándoles a pegarse al suelo.

Aguantaban como mejor podían, mientras recargaban a tientas las armas.

De nuevo volvieron a sonar disparos en el interior del edificio. Hubo gritos roncOS y maldiciones proferidas por los «gángsters». Los del

F. B. I.

pensaron que Mains había descubierto otra entrada y trataba de atacar por la espalda a los bandidos.

Rodman y Bugs adelantaron, reptando, y penetraron en otra habitación, desierta ya. De un brinco se irguieron y corrieron hasta la puerta que tenían enfrente y por la que penetraba un bloque de luz. Presenciaron una escena de horror. Tres hombres yacían tumbados, en posturas dislocadas; otro se movía como un gusano, empuñando una pistola, y tres más se dirigían hacia ellos, a cortarles el paso.

Tirándose al suelo, para ofrecer el mínimo blanco, los del F. B. I.

desencadenaron una tormenta de fuego y metal sobre los «gángsters». Aunque éstos, antes de agonizar, apretaron los gatillos de sus revólveres, Rodman y Bugs resultaron ilesos, por llevar la ventaja de estar parapetados tras las jambas de la puerta. Con las armas prestas a actuar de nuevo, y manteniendo el ojo avizor, anduvieron pisando los cadáveres, hasta llegar a otra puerta, por la que se divisaba una escalera. El fondo estaba oscuro y tuvieron que echar mano de las linternas de bolsillo.

Adoptando las debidas precauciones, fueron descendiendo, con el mayor sigilo posible, mirando alternativamente abajo y arriba, a fin de sorprender a tiempo cualquier ataque a traición.

Iluminaron el sótano y el largo pasillo, al que daban las puertas de las celdas. No vieron a nadie allí. Empezaron a registrar los calabozos, uno a uno.

—¡Mira, Bugs! —No pudo por menos de exclamar Slatter, al hallar, en una de las celdas, una horquilla de las que usan las mujeres para sujetarse el cabello—. ¡Aquí ha estado Sanga!

Estremecidos, observaron las manchas sangrientas que salpicaban el catre.

—¡Busquemos más!

En el sótano no se tropezaron con nadie ni descubrieron nada más, a excepción de dos cadáveres arrojados en un rincón del último calabozo.

—Es ese americano que se llamaba King —especificó Bugs—. Al otro no lo conozco.

—Pues éstos no han muerto aquí. Fíjate en el rastro de sangre que han dejado en el pasillo; los han traído a rastras.

Como no podían entretenerse en efectuar una investigación más a fondo, ya que les interesaba primeramente buscar a Sanga, subieron a la planta baja. Reinaba la desolación en la primera estancia, la única iluminada. Era impresionante, dantesca, la visión de tantos hombres acribillados a balazos, empapados en sangre, en posturas macabras, empuñando aún, varios de ellos, armas que jamás les servirían de nada.

—¡Vaya un zafarrancho, Slatter! —comentó, orgulloso, el impulsivo Bugs.

Giraron sobre sus talones, los del
F. B. I.

al sentir un roce en el entarimado. Comprobaron que uno de los «gángsters» conservaba algo de vida, pues los miraba, vidriados sus ojos.

—¿Quién es Slatter? —les preguntó, con voz ronca.

—Yo —repuso el inspector, sin perder de vista la pistola, que yacía a unas pulgadas de la mano diestra del moribundo.

—Soy Moreau... Tengo que hablarle... Él se ha llevado a Sanga...

Interesado vivamente por las palabras de Moreau, se arrodilló Rodman, en tanto que Bugs vigilaba las puertas, por si irrumpían más enemigos, ocultos en alguna otra parte del edificio.

Rodman preguntó, anhelante:

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Sanga? ¿Quién es usted?

—Moreau; soy Abel Moreau... Un iluso que pensaba conquistar el mundo y... ya lo está viendo... Estaban King y Frelet torturando a la muchacha para... que escribiese una carta... Yo los maté... por canallas... Los otros me atacaron y tuve que atrincherarme... en... la cueva... en la escalera... Llamaron a Arnold por teléfono y él vino al rato, con más gente... Me arrollaron... y el propio Arnold me disparó... Me creyeron muerto, pero no me remataron... porque sintieron el asalto de ustedes... Arnold se la llevó... por... una puerta secreta... que hay al fondo del sótano... Lo vi yo... Él mandó a... los otros que luchasen... Después... subí los escalones, a rastras, a echarles a ustedes una mano... Era lo menos que...

—¿Adónde se la ha llevado?

No lo sé, no lo dijo. Creo que sería al otro refugio...

—¿Dónde está ese refugio? ¡Contésteme! —preguntó Slatter,

excitado, pues observaba que la vida iba huyendo aceleradamente de aquel cuerpo malherido.

—Un «chalet», cerca de... del Liceo Michelet, en Vanves. Hay un pino alto en... el jardín...

—Dé más detalles.

Pero Moreau ya estaba a punto de cruzar el puente entre la vida y muerte. Su cerebro se había oscurecido y sus labios, exangües, murmuraron:

—¿Por qué me engañaste, Lisette?...

—¿Qué está diciendo? ¡Respóndame! Denos más detalles de ese «chalet». ¿Quién es el «jefe grande»?

Como el moribundo no le contestase, Slatter insistió, pronunciando los nombres que él conocía:

—¿Lesbros? ¿Govain? ¿King? ¿Delzanne? ¿Quién es el «big boss»?

Con los ojos en blanco y la cabeza echada hacia atrás, Moreau pronunció las postreras palabras con el último aliento:

—Lisette: ¿por qué...? —Y dio una sacudida, quedándose rígido, con la marca de la muerte impresa en su rostro de intelectual.

El inspector del

F. B. I.

se irguió. Dirigiéndose a Bugs, le comunicó:

—Buscaremos ahora mismo ese «chalet». ¿Le has oído? Será difícil encontrarlo, pero lo intentaremos. Están claras las intenciones de Arnold: quiere valerse de Sanga como rehén. ¡Salgamos de este cementerio!

En la calle les aguardaba Mains, intranquilo por la suerte que habrían corrido sus compañeros. A las preguntas del inspector, repuso que, hacia un rato, le pareció que sonaba el motor de un coche en las cercanías.

—¡Vamos al nuestro! Iremos a Vanves por la puerta de Versailles. En esta noche caerán todos ellos o todos nosotros.

IX

EL CASTIGO DE « *M'SIEUR* » ARNOLD



servidores del UANDO el trio de
F. B. I.

llegó a Vanves, no les fue fácil descubrir el «chalet» indicado por el moribundo Moreau. Tenían como referencia principal «en las proximidades del Liceo Michelet» y con el coche recorrieron los alrededores, buscando el jardín del pino alto. A aquellas horas nadie podía informarles. Perdieron un tiempo precioso en dar vueltas y revueltas. Una de las veces, los faros iluminaron otro automóvil, parado. Slatter apagó enseguida sus luces y pisó el freno.

—¡Apeaos! Id uno a echar una ojeada a ese vehículo, con

cuidado.

Se encargó el moreno y musculoso Bugs de realizar la misión, y regresó a los pocos momentos, notificando:

—No hay nada de particular en él, a excepción de que su motor todavía está caliente.

—Ése es. Sería mucha casualidad que otra persona viniese por aquí a estas horas. El «chalet» no ha de estar muy lejos.

Él y Mains descendieron del vehículo y los tres hombres se dirigieron hacia el automóvil, que suponían perteneciente a «

m'sieur

» Arnold.

El cielo estaba sin nubes, y aunque no había luna, las estrellas esparcían sobre la tierra una leve penumbra. Se separaron los tres amigos, buscando cada uno por su lado. Poco después, Bugs y Rodman oían un leve silbido, la señal convenida de antemano por si alguno de ellos descubría el «chalet» o algún detalle importante. Acudieron ambos corriendo, y el joven agente especial les señaló, a corta distancia, una casa de dos pisos, rodeada de un jardín protegido por un seto vivo. En el jardín se levantaba un pino alto y esbelto, como lanza de sombra clavada en el cielo.

—No cabe duda. Ése es.

Tornaron a desplegarse, y cuando volvieron a reunirse, ninguno de ellos había observado nada sospechoso en las fachadas del pequeño edificio. Trataron de la forma de verificar el asalto. El inspector se opuso resueltamente a que le acompañasen los agentes, alegando:

—Sería una estupidez. Arnold será el único hombre que habrá dentro. Recordad que el moribundo nos contó que se había presentado en aquella casa, acompañado de más gente, sin duda los que vivían aquí. Además, Arnold, en estos momentos, estará confiado en que no será descubierto en este escondrijo. En cuanto se dé cuenta de que no es así, le entrará la fiebre del acorralado, no sabrá por dónde tirar y se cebará en Sandra. No. Vosotros permaneceréis aquí y yo pasaré. Ocultaos, por si viniese alguien. Dentro de un cuarto de hora, si no he dado señales de vida, asaltad la casa.

Sin esperar la conformidad de sus subordinados, Rodman Slatter se dirigió, encorvado, hacia el seto, el cual saltó fácilmente, por ser

de escasa altura. El jardín no era tal jardín, sino un conjunto de matojos resecos, de arbustos raquíticos y de árboles desnudos. Solamente el pino, cuyas raíces deberían tomar la humedad del subsuelo, hubiese sido apreciado por un botánico.

Maldecía mentalmente el inspector, cada vez que su calzado hacía crujir la arena. Caminaba sigiloso, como un fantasma liberado de las supuestas cadenas. Empuñaba la imponente Luger y observaba las ventanas del edificio. Todas las contraventanas estaban cerradas. Puertas había sólo dos: una, la principal, en la fachada delantera, y otra, de los servicios, en la parte posterior. Ninguna de las dos eligió Rodman, temiendo producir gran ruido en el silencio de la noche, si trataba de forzar la cerradura. Se decidió a utilizar el pino, en calidad de escala, por estar situado a unas yardas del «chalet».

Se encaramó ágilmente, apoyando los pies en los tocones, y llegó por fin a las ramas. En cuanto estuvo a un nivel superior del tejado, dejó de trepar. Una vez más demostró sus excepcionales cualidades de acróbata, pues su salto fue limpio y consiguió su objetivo. Cayó encima de las tejas, no haciendo mucho ruido por haber apoyado las manos a tiempo y por los zapatos de goma.

Tal como esperaba, en aquel tipo de construcción, descubrió una claraboya que permitiría el paso de su cuerpo, y así lo efectuó, tras mirar por ella y convencerse de que no había nadie en el desván.

Su linterna de bolsillo, empuñada con la izquierda, le mostró una trampilla de madera colocada en el suelo. La levantó, y los rayos de la linterna iluminaron el final de una escalera, a una profundidad de unas dos yardas. Quedó asido de ambas manos y luego se descolgó, cayendo de puntillas. No vio a nadie ni oyó ruido alguno. Volviendo a sacar la Luger, comenzó a descender.

Llegó al piso principal, a un pasillo flanqueado por cuatro puertas, cerradas todas. Estaba dubitativo sobre si registrar aquellas habitaciones o seguir bajando, cuando, de pronto, sintió un objeto duro aplicado a su espalda y la voz fría de «

m'sieur

» Arnold, advirtiéndole:

—Suelte esa pistola y levante los brazos. Lo tengo encañonado.

En otra ocasión, Slatter habría empleado algunas de sus argucias para que cambiasen las tornas. Sin embargo, ahora, prefirió

parlamentar. Le quedaba como salvación, si Arnold no lo mataba antes de un cuarto de hora, el asalto de sus subordinados, y, además, el revólver que escondía debajo de la chaqueta cruzada y abrochada, entre el pantalón y la camisa. Abriendo los dedos de la mano derecha, soltó el revólver, que sonó metálicamente al chocar con las baldosas del piso.

—Bien, amigo. ¡Adelante! Con el cañón te guiaré.

Y de tal guisa, Rodman Slatter fue conducido por su aprehensor a una de las cuatro habitaciones, cuyo interior estaba iluminado eléctricamente. Era una especie de despacho, y en un diván, atada y amordazada, se hallaba Sanga Droysk.

—¡Sanga! —exclamó el joven al ver a la mujer, cuyo aspecto era lamentable por la palidez del rostro, las sombras amoratadas de sus ojeras, las manchas de sangre que ensuciaban su blusa y los jirones de la falda.

—¡Caramba, Slatter, no creía que fueses tú! ¡Compruebo que la suerte no me ha abandonado del todo! —dijo Arnold, sonriendo cínicamente, apuntándole con una «*browning*».

Como de costumbre, el astuto «gángster» vestía elegantemente, su cabellera plateada estaba repeinada y sus zapatos negros no presentaban la menor mácula de polvo. Alto, esbelto, elegante y sonriente, «

m'sieur

» Arnold daba la impresión de estar en una fiesta concurrida por la «élite» francesa, correspondiéndole el «papel» de anfitrión.

—Tienes ganas de correr a abrazarla, ¿verdad, Slatter? Tu corazón sufre al encontrarla en tal estado. Realmente, su aspecto no es como para enamorar ni al hombre de peor gusto. La pobrecilla ha sufrido mucho. Y, antes que se me olvide, te aconsejaré sobre un particular, tomándome esta libertad de amigos. No te cases con ella, Slatter, porque es terca como una mula. ¿Querrás creer que, a pesar de nuestra insistencia, no ha cedido ni un palmo? No, no te conviene como esposa, amigo mío; te haría la vida insoportable una mujer así.

Rodman Slatter, cuya indignación alcanzaba el límite, se volvió a mirar al bandido. Sus ojos cargados de ira se clavaron en el enjuto rostro, en la máscara que sonreía sin cesar, aun cuando su cerebro estuviese ya sentenciando la muerte.

—Mira adelante, Slatter, o sentiré verme obligado a enderezarte el cuello de un balazo. No me fió de ti, en absoluto, y al menor gesto que hagas, sin habértelo ordenado yo, dispararé y tú pagarás las consecuencias. Recuerda que soy campeón de tiro con pistola.

Y como Arnold notase que los brazos de Rodman comenzaban a bajar, un poco, le aplicó con mayor dureza el cañón de la pistola en la columna vertebral, recomendándole siniestramente:

—¡Quieto! Sé que llevas encima algún arma más. Lo adivino. Te has dejado coger demasiado fácilmente, y me extraña en ti. Te conozco bien, Slatter, no en balde guardo el recuerdo de una noche repleta de aventuras, en la que, realmente, todo hay que decirlo, te portaste como un hombre. Lástima que no hubieses sido un desertor del Ejército americano o un canalla de la categoría de Amos Nugent, De haberlo sido, hoy estarías en mis filas y yo no tendría que permanecer oculto aquí, como el zorro en la madriguera, esperando que me echen un cable para salvarme:

Y mientras hablaba, el «gángster» palpaba con la mano izquierda las axilas del inspector, y terminó encontrándole el revólver. Sintió tentaciones, Rodman, de agarrar la mano que lo estaba desarmando, pero el contacto del cañón en la espalda, lo contuvo. El conseguiría asir aquella muñeca que le rozaba el estómago, pero su enemigo tendría más del tiempo necesario para apretar el gatillo.

—No te escaparás, Arnold. Tienes los minutos contados. La casa está rodeada de policías que, de un instante a otro, comenzarán el asalto. Si no cometes una imprudencia, es posible que te salves. Al fin y al cabo, no se te podía demostrar que hubieses matado a alguien. Escaparías bien con unos años de cárcel.

—Muy interesantes tus razonamientos, pero no me convencen, amigo mío. No soy un niño que se crea cuanto le cuentan los mayores. Ya sé que no hay hadas buenas, ni sirenas, ni países como Jauja. Tampoco creo, en absoluto, que la casa esté rodeada de policías. A lo más, estarán dando vueltas por ahí, tus dos agentes, o uno de ellos solo, o ninguno, porque imagino que no habréis salido muy bien parados de la casa de Vaugirard. Sí hubiese tiempo, tendría un gran placer en preguntarte cómo te has enterado del emplazamiento de este refugio. Te vi pasar al jardín, por una de las ventanas, y en cuanto trepase por el pino, deduje el camino que emprenderías. En la oscuridad me fue imposible identificarte. ¡Bah!

Aunque estén fuera tus amigos, poseo las mejores cartas. No se atreverán ellos a ser la causa de la muerte del inspector del F. B. I.,

Rodman Slatter. En Washington les harían acusaciones muy enojosas.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? No vas a permanecer aquí encerrado toda la vida.

—Estoy esperando ayuda, amiguito. Por el teléfono he solicitado que me echen una mano, y la ayuda no tardará en venir. Hasta que llegue ese momento, viviréis; después, lamentándolo mucho, me veré en la obligación de eliminaros.

A esta pobre mujer, ya se la ha suavizado bastante. Es a ti, al que yo deseo trabajar un poco. Tenemos varias cuentas pendientes, y es mal asunto irse al otro barrio, debiendo algo en éste. La paz del espíritu exige pagar a nuestros deudores y conforme hablaba, el tono de Arnold se fue endureciendo hasta convertirse en incisivo, mordaz y amenazador, prueba del odio que guardaba al servidor del F. B. I.

—Me impaciento por tenerte atado. Doy por bien empleada esta noche y la pérdida de tantos hombres, teniéndote a merced mía. Lo que pasaste, la vez anterior, no fue nada comparado con lo que ahora te aguarda. Has sido el único hombre capaz de conmover mi jefatura, y eso merece su castigo.

—Tú no eres el jefe, Arnold; estoy enterado de todo. Sé quién es el jefe.

—¿Es posible? ¿Te importa decírmelo? —preguntó Arnold, burlándose.

—Lesbros —dijo Rodman, eligiendo al azar entre los que consideraba con probabilidades de ser el «big boss» de la criminal banda.

—¿Lesbros? ¿Por qué no? Puede ser y no puede ser —fue la respuesta irónica de Arnold, que calló un momento al oírse el motor de un coche en el exterior y el chirrido de unos frenos—. Ahí están mis amigos, Slatter. Los suyos no deben ser, porque hacen demasiado ruido. Ahora lo veremos.

Abrió más la puerta de la estancia.

A los pocos minutos, escucharon un portazo y unas pisadas subiendo la escalera.

—¡Arnold!

Y Lesbros, el coronel de la Resistencia, el mutilado del brazo izquierdo, apareció bajo el dintel, sofocado y bastante nervioso. Ojeó a los prisioneros y, luego, interrogó a Arnold:

—¿Qué ha pasado? En cuanto terminé de hablar contigo, me eché a la calle. No pude localizar a ninguno de los muchachos. Estuve en Vaugirard y aquello está lleno de policías. Son todos cadáveres.

—¿Viste quiénes eran? ¿Descubriste a alguno que no fuese de los nuestros?

—No perdí tiempo en examinarlos uno a uno. En cuanto conocí el desastre, vine a todo gas.

—¿No has notado nada raro por los alrededores? ¿Has visto a alguien dando vueltas por el jardín?

—No.

—Pues, entonces, no te sirven de nada los ojos. Ya que has venido, hazte cargo de éstos y ten mucho cuidado con él. Ya sabes cómo las gasta. Tenlo encañonado y tira a matar en cuanto respire algo fuerte. Bajaré a echar un vistazo. Me temo que alguno de sus amigos esté acechando en el jardín.

Quedaron Sanga, Lesbros y Slatter en la habitación. Sanga continuaba sin moverse, fija su vista en el rostro de Rodman. A no ser por la mordaza, habría hablado, sin duda alguna, animándole o expresándole su desesperación por haber sido ella la causa de que cayese en poder de los «gángsters».

El mutilado empuñaba, con su única mano, el revólver arrebatado a Slatter. Éste, observando el nerviosismo de Lesbros, quiso adelantar los acontecimientos. Aun cuando quedaban escasos minutos para cumplirse el plazo de espera dado a sus subordinados, no le satisfacía ser liberado por ellos. Y, además, si Arnold se percataba del asalto, su primera acción sería atrincherarse tras los prisioneros y los mataría apenas se convenciese de que llevaba las de perder. Existía demasiado odio entre ellos para perdonarse.

Aun cuando no conocía con exactitud la posición de Lesbros, por estar a su espalda, sabía con plena certeza que el arma la empuñaba con la mano derecha, la única. Si él se desplazaba velozmente a la izquierda, el mutilado perdería tiempo en reaccionar y en describir un arco con el brazo sano. Todo era cuestión de distraerlo y de

actuar a una celeridad de relámpago. Comenzó a hablar:

—¿Cómo es posible que usted se haya confabulado con estos canallas, Lesbros? ¡Usted! ¡Un héroe de la Resistencia francesa! ¿Qué necesidad tenía de manchar su gloria?

—Mucha gloria, pero pocos cuartos, joven —replicó el coronel, en broma, tomando la actitud de Slatter como signo de su temor y de su deseo de buscar una solución pacífica—. El sueldo no me permite ni limpiarme los zapatos a diario. A los que luchamos de verdad durante la guerra, se nos ha engañado. Y nosotros tenemos que...

Rodman dio un salto de costado, a la izquierda, y antes de caer al suelo, dio un latigazo al aire con la pierna derecha, alcanzando en el bajo vientre al mutilado, que, perdiendo el equilibrio, chocó contra la pared. Disparó una vez y el proyectil fue a incrustarse en la pared, a unas pulgadas de la cabeza de Sanga.

Rodman no dejó que el mutilado se rehiciese y enmendase la puntería. Ferozmente se arrojó sobre él, aplastándolo con su peso y dedicando todo su esfuerzo a arrebatarse el arma. Tenía que vencer antes que subiese Arnold, atraído por la detonación. Retorcía la muñeca de Lesbros, cuando sintió como una cuchillada en la mejilla derecha; el coronel le había atacado con los garfios del brazo ortopédico. El ardor de Slatter se convirtió en furia y redobló sus esfuerzos en retorcerle la muñeca, en una llave de lucha, que le permitía, a la vez, sujetar con un hombro el brazo postizo de su adversario.

A efecto del dolor, el coronel soltó el arma, y cuando iba a gritar, en petición cobarde de socorro, un par de puñetazos a la mandíbula inferior, lo pusieron «knock-out».

Levantándose rápidamente, el inspector empezó por quitar a Sanga la mordaza, y mientras deshacía los nudos de las ligaduras, escuchó las frases cariñosas, de ella, que, al fin, podía expresar la dicha que la embargaba.

—¡Rodman! ¡Rodman! —exclamaba ella, pronunciando su nombre con deleite y mirándole amorosa, olvidada ya de sus heridas, del peligro pasado y del que aún pasarían—. ¡Qué alegría siento, Rodman! No han conseguido nada de mí. La esperanza de volver a verte me ha sostenido todo este tiempo.

—¡Calla, Sanga! Todavía no estamos a salvo. Termina tú de

desatarte las cuerdas de los pies. Y espérame aquí. Cierra la puerta y no abras hasta que te llame.

El inspector del

F. B. I.

salió al pasillo y se asomó por el hueco de la escalera, tratando de divisar a Arnold, en medio de las tinieblas. Le estremecieron dos detonaciones, en la planta baja. Sus compañeros hablan empezado el asalto y Arnold los estaba conteniendo.

A toda prisa descendió, sin pensar siquiera en que el «gángster» lo descubriría por el ruido. Pero Slatter prefería exponerse a dejar que los agentes consiguiesen matar a Arnold. Lo necesitaba vivo para arrancarle como fuese el nombre del «jefe grande».

Por los disparos, que continuaban sin interrupción, se guió, y los fogonazos le delataron la posición del forajido. Desde la puerta que daba al jardín, Bugs y Mains disparaban.

Guardándose el revólver, Rodman se deslizó en cuclillas, hasta situarse a la espalda de Arnold, que no se había percatado del peligro que le acechaba por detrás. Las detonaciones de su propia arma le habían impedido oír la detonación del revólver de Lesbros.

Con un salto de pantera, el inspector se abalanzó sobre el criminal y juntos rodaron por el suelo, forcejeando, luchando el joven por inmovilizarlo y pugnando Arnold por encañonar al hombre que lo había derribado. Bugs y Mains, al no tener respuesta a sus disparos, creyeron que el enemigo había sido aniquilado, y entraron corriendo. El ruido de la pelea, los golpes, las respiraciones agitadas y las maldiciones, les atrajeron junto a los combatientes. Los rayos de sus linternas iluminaron la cruenta escena.

No necesitaba el inspector de la ayuda de sus compañeros. Habiendo hecho presa en los brazos del «gángster», logró inmovilizarlo, a trueque de descoyuntárselos si Arnold trataba de seguir resistiéndose.

—¡Quieto! —le conminó el joven, apretando más—. Date por vencido.

No es que el bandido se resignase a perder la partida; obedeció porque no le quedaba otra solución. Tenía aprisionados todos sus miembros.

—¡Arriba con él, Bugs! Y tú, Mains, estate aquí, de guardia, por si viniese alguien.

Sanga abrió la puerta al oír la voz de Slatter llamándole por su nombre. Aun viendo impotente a Arnold, no daba crédito a sus ojos. Había estado demasiado tiempo soportando su despotismo y sus torturas. Se abrazó, jubilosa, al inspector, el cual correspondió cariñosamente, acariciándole el cabello.

—Sangras mucho, Rodman —le advirtió ella, limpiándole con su pañuelo la herida que le causaron los garfios de Lesbros.

—No es de importancia. ¿Te encuentras tú bien? Abajo tenemos un coche, y enseguida nos marcharemos. Primero quiero aclarar algo con éste. Vigila a Lesbros, Bugs y dirigiéndose a Arnold, que permanecía desafiante, con la cabeza erguida y los labios firmemente apretados, le preguntó: —¿Quién es el verdadero Jefe?

El «gángster» no contestó. Su mirada daba a entender que ni con los mayores tormentos le arrancarían la respuesta. En el fondo, y por su carácter de cínico, le habría importado un bledo denunciar a su jefe, toda vez que él estaba derrotado, pero el orgullo le animaba a mantenerse firme, despreciativo e impasible a cuánto le sucediese en adelante. Conociendo la «madera» de que estaba hecho Arnold, el inspector dijo a Bugs:

—Dejadme a solas con él. Salid al pasillo. Ata a Lesbros, entre tanto.

Obedecieron Sanga y Bugs, que arrastraba al inanimado Lesbros. Aguardaron, intrigados.

De súbito, a través de la cerrada puerta, escucharon golpes, amenazas y silencios que sonaban más violentamente que los golpes, por su terrible significado. Se oyó un grito de dolor y, luego, no hubo más ruidos en el interior del despacho.

Al rato, Rodman Slatter aparecía, pálido, sudoroso, con un rictus cruel deformándole los labios. Bugs pudo ver, de una ojeada, que Arnold yacía inmóvil en el suelo.

—Vamos abajo. Tráete a Lesbros —dijo el inspector, ayudando a descender a Sanga.

—¿Se va a quedar aquí ése, solo? —interrogó el agente a su superior.

—Nunca podrá dejar de estar solo —fue la respuesta lacónica de Rodman Slatter.

AVENTURAS DEL F. B. I.
La enciclopedia del
ARTE
EMOCION
VALOR
y AMENIDAD

X

EL «BIG BOSS»



L mozo de uno de los ascensores del Mennechet Hotel contemplaba boquiabierto al hombre que le había pedido subir al tercer piso. El mozo miraba alélado la herida que el individuo tenía en la mejilla derecha. Mecánicamente, cuando el ascensor se detuvo, abrió la puerta. Y en cuanto el hombre se apeó, él dio a la palanca de bajada, deseoso de contar al detective del hotel lo que acababa de ver.

Rodman Slatter, inspector especial del F. B. I. norteamericano, llamó a la puerta del apartamento 54. Como no obtuviese pronta respuesta, volvió a pulsar el timbre,

ininterrumpidamente.

Se disponía ya a sacar sus ganzúas, cuando la puerta se abrió. En bata, revuelto el escaso pelo que rodeaba la calva de su cabeza, cabalgándole torcidos los lentes en la nariz, con un aire de estúpido mayor que nunca, Govain, comisario de la Prefectura de Policía, apareció en el umbral.

—¿Qué desea? ¿Qué forma de llamar es ésa, y a estas horas?

—Vengo a visitarle. Es una visita de cortesía. ¿Me invita a pasar?

—No. ¿Quién es usted? ¿Sabe con quién está hablando? Soy el comisario Govain. Si no me da explicaciones ahora mismo, ordenaré que lo arresten, por molestar.

—Es muy posible, Govain, que me permita usted pasar, si le digo que vengo de parte de su buen amigo Arnold. Por el contrario, si desea que haya testigos, podemos hablar aquí, delante de la camarera y cuántos vayan asomándose.

El razonamiento pareció convencer al comisario, que permitió la entrada a Slatter, con un ademán. Pero Rodman no pasó, sino que dijo:

—Usted, primero.

Govain, seguido del joven, entró en un saloncillo, menos lujoso que el del apartamento alquilado por Arnold. Sin dar explicaciones de ninguna clase, Slatter, con la mano diestra hundida en el bolsillo de la chaqueta, pronunció lenta y solemnemente:

—Comisario Govain, en nombre del Gobierno de la República francesa, queda usted detenido, bajo la acusación de asesino.

Govain se estremeció de pies a cabeza. Cuando reaccionó, quiso protestar contra lo que le parecía una actitud absurda respecto a él, el comisario principal de la Prefectura de Policía. Y se acercó presuroso a tomar el teléfono, para llamar al detective del hotel.

—Hágalo, si quiere. Se enterará todo el mundo de lo que es usted. Arnold acaba de confesar la verdad. Usted era el jefe de la banda. Ya no queda ninguno de los suyos.

—Pero ¿quién es usted?

—El hombre que mató a su fiel Ram. ¿Le basta con eso?

—Le detengo yo a usted, por asesino; lo acaba de confesar. Telefonaré a la Prefectura.

—¿Por qué a la Prefectura? —Interrogó el joven, burlonamente

—. Usted, que conoce el número del domicilio particular del ministro del interior, llámelo. Háblele de mí. Dígale que está encañonado por el inspector norteamericano. El ministro me conoce. Nos presentó el embajador de los Estados Unidos. Fue justamente él quien me recomendó mucho que lograrse detener al jefe de la banda que robaba el material regalado a Francia en virtud del plan Marshall.

Govain empalideció, tembloroso. Soltando el aparato, propuso, suplicante, a Rodman:

—Escúcheme: los dos somos hombres de experiencia y podríamos llegar a un acuerdo particular. ¿Qué le importa a usted este asunto? Yo le entregaría un montón de dólares si regresase a su país. ¿Qué le va a usted en esto? ¡Piénselo!

—No se rebaje, Govain. Usted es un canalla acostumbrado a comprar las conciencias, y cree que con todos se puede hacer igual. Se ha equivocado. El deber y el recuerdo de Royce, al que usted mandó apuñalar, me mandan detenerlo. Seré yo el que llame al ministro. Y sepa usted que, al menor movimiento, lo mataré como a un perro, y sentiría hacerlo, porque le anticiparía el final.

Seguidamente, conseguida la comunicación con el ministro del Interior, Slatter le dijo quién era y el resultado obtenido. La respuesta fue una felicitación y el consejo de que guardase a Govain, sin escándalo, en el hotel, hasta que enviase a varios policías de su entera confianza. Después, mientras Govain, hombre astuto, pero de ningún valor personal, meditaba sobre el trágico final que le aguardaba, Rodman llamó su casa de la calle Gardinet. Oyó la voz de Bugs, al otro extremo del hilo telefónico.

—Bugs: di a Sanga que se ponga al aparato. Y tú, consigue una confesión amplia de Lesbros. Todo está arreglado.

Y, por último, Sanga escuchó una clara declaración de amor y la promesa de que, muy pronto, se casaría con ella en Washington.

Y el alba llegó tras de la noche, y la felicidad tras del dolor.



1.^{er} CENTENARIO TRIUNFAL del

F. B. I.

EDITORIAL ROLLAN celebrará cumplidamente
la publicación del número 100 de su magnífica
e inigualable

Colección F. B. I.

y hará partícipe del éxito a sus lectores asiduos,
brindándoles la mejor novela que nunca se ha
editado, con las siguientes características:

TÍTULO: **YO, DIRECTOR del F. B. I.**

AUTOR: **ALF MANZ**

Presentación: **DIBUJO EN CUBIERTA COMPLE-
TA Y A TODO COLOR.**

Páginas: **DOSCIENTAS VEINTICUATRO.**

Precio: **OCHO PESETAS.**

Tema: **LA VIDA INTIMA DEL ASTUTO Y
AUDAZ DIRECTOR DEL F. B. I.,
JOHN EDGAR HOOVER, DESCRIBIENDO
FIEL Y EMOTIVAMENTE EL FUNCIONAMIENTO INTER-
NO DEL F. B. I.**

ENCARGUE ANTICIPADAMENTE A SU LIBRERO EL GRAN
EXTRAORDINARIO DEL F. B. I.

YO, DIRECTOR del F. B. I.

por

ALF MANZ

EL INVOLVIDABLE AUTOR DE ¡CULPABLE!

EDDIE THORNY

el escritor que no se borra de la memoria
de los lectores amantes de la intriga y de
la buena literatura, presentará en el próximo
número:

CAZA MAYOR

Bajo este título se encierra la más escalofriante de las persecuciones. Los servidores de la Ley, encarnados por los bravos agentes especiales del F. B. I., luchan a muerte contra los forajidos modernos que osaron cometer un delito...

JOVENES:

*ADQUIRID EN LOS BUENOS QUIOSCOS LOS
NUMEROS QUE OS FALTEN DE*

AVENTURAS DEL F. B. I.

JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIO de

AVENTURAS DEL F. B. I.

*SI NO LOS ENCONTRASEIS, SOLICITADLOS
DIRECTAMENTE A*

EDITORIAL ROLLAN - S. Bernardo, 68 - MADRID

Se os servirán a su precio y a reembolso

NOTAS

[1] Policía Internacional compuesta por agentes de varias naciones.

< <

[2] Aun cuando la presente obra posea un argumento completo, el lector podrá conocer las anteriores aventuras del agente Slatter, en París, leyendo el número 92 de esta Colección, la emocionante novela del famoso ALF MANZ, titulada CRIMEN Y JUSTICIA. (N. del T.). < <